
HOTEL
PROVINCIANO
MOTIVOS PERUANOS
manuel
gonzález
barandiarán

HOTEL PROVINCIANO

MOTIVOS PERUANOS

manuel gonzález barandiarán

INDICE

PREAMBULO

PREAMBULO

La vida en las provincias peruanas es suave y agradable. Aún no ha llegado hasta ellas la angustia y complejidad de las grandes poblaciones, donde las exigencias del confort moderno, la aguda lucha por el dinero y las posiciones, han puesto una nota de dureza y de frío cálculo y egoismo a su inevitable realidad. En las provincias aún se respira un amable aire de libertad é independencia. Se vive sin apuro ni urgencia, sin la medida implacable del tiempo, a veces con una dulce sensación de abandono perezoso, henchido de optimismo y casi siempre impregnado de alegría. La vida provinciana transcurre con largos años de atraso, en actitud hacia el mundo y sus cada vez más intrincados problemas. Las gentes provincianas son sencillas, quizás hasta candorosas. Sus acciones y reacciones son en general casi instintivas, aunque también por lo mismo algunas veces surgen fuertes brochazos pasionales en su vivir cotidiano.

Y entre las regiones provincianas, quizás es el Sur y en especial su sierra, donde la vida adquiere mayor colorido y tonalidad, está más llena de sugerencias y atractivo y hasta cierto misterioso hechizo para algunos seres. En su ambiente, en general apacible y placentero, saturado de un singular encanto, aunque también a veces es bravío y agreste, imponente y desolado, pero siempre impregnado de una profunda belleza, cósmica, trascendental; convive en abigarrada mezcla una inquieta y pintoresca población. Entre las fragosidades de los Andes, en sus altas planicies y sus profundas y ubérrimas quebradas, en sus fértiles valles, a la vera de sus turbulentos y espumosos ríos, junto a sus quietas y cristalinas lagunas, en

el flanco de sus imponentes montañas y hasta al pie de los majestuosos nevados, están asentadas las pequeñas ciudades, sus pueblos y villorios, los caseríos y las haciendas, las solitarias cabañas. En ellos moran, dentro de una especial convivencia, conseguida a costa de largos años de lucha y fuertemente enlazados en un constante mestizaje, el blanco descendiente de los criollos españoles de la Colonia y los primitivos pobladores indígenas, el auténtico quechua y el kolla o aimara. Los matiza una variada proporción de extranjeros, con cierto aire de misterio en sus vidas. La mayoría comerciantes, junto a aventureros y trotamundos.

Región plena de honda emotividad y atractivo, bellos paisajes y pintorescas costumbres, las vibraciones y fluir de su vida intensa y multicolor, producen impresiones indelebles. Son tan peculiares su modalidad é idiosincrasia, tan llenas de un propio y singular sabor, quizás único, que bien puede considerarse una de las más fuertes é interesantes expresiones del alma americana. En la sierra del Sur, enclavada en las entrañas mismas de los Andes, entre majestuosas é impresionantes montañas; sigue forjándose incansable, dentro de esa vida multicolor y sugerente, el nuevo arquetipo que acaso sirva alguna vez para perfilar con caracteres propios y definidos el Hombre Americano.

Tal región ha sido y sigue siendo, no cabe duda, escenario de profundos y trascendentales procesos históricos y de ella arranca, con marcado sabor mítico y legendario, la trayectoria de la Cultura de mayor influencia en la formación del hombre de América. En Puno, desde el fondo de las azules y límpidas aguas del Titicaca surgió —al decir de la tradición— la pareja fabulosa que al mandato del padre Sol, fueran los fundadores del Tahuantinsuyo y desde el Cuzco, la capital de aquel Imperio, la estirpe Inca extendió hasta el mar y la selva, hasta Quito y Tucumán, su dominio y su organización, su sentido de vida. Allí es donde, en el mismo corazón del que fuera orgulloso Imperio, la Conquista y el Coloniaje

establecieron firme y decididamente sus baluartes de influencia y predominio, tratando de perennizar é imponer sus costumbres y formas de vida. Allí es donde España sufrió sus pruebas de fuego, en etapas de dura lucha para contener y aplastar las postreras manifestaciones del poderío de los Incas y allí mostró la tenacidad, el valor y la voluntad de sus hombres en largas é intensas jornadas de labor constructiva, para afirmar y establecer la Civilización europea.

El proceso continúa, sigue en forja, incansable. Las características é idiosincrasia del indígena subsisten. Se mantienen fuertemente definidas y prendidas a la tierra con profundas raices, en la pureza de su sangre primitiva, en su mentalidad propia y en su desdén é ignorancia por todo aquello que no son ellos; mientras la civilización occidental que llegó con los Almagro y los Pizarro, sigue infatigable su labor de penetración y preponderancia. Y tal proceso, la amalgama, rozamiento y encaje continuo, en un constante mestizaje, en una fusión que en sí ha significado un fuerte choque; ha dado por resultado la formación de una clase de seres de atributos desconcertantes. En ellos coexisten, profundamente entrelazados, en intraducible mezcla, en algo así como una dualidad; dos concepciones muy distintas del mundo y la vida, sentido artístico y religioso, moral y sensibilidad diferentes, de lejanos orígenes , muchas veces paradójicos. Como consecuencia, sus gestos y actitudes tienen las mismas características, indefinidas, con frecuencia aquellas que podemos llamar poco comunes, inexplicables.

Es evidente. La Conquista y el Coloniaje en América, adquirieron todas las características de una tragedia racial cuyas etapas se han ido suavizando, dentro de un proceso de mestizaje, tal vez a veces doloroso, hasta llegar al tono de pacífica convivencia que se percibe actualmente en la Sierra peruana. Sin embargo, se puede afirmar que, pese a tal apariencia, una lucha sorda y tenaz aún se sigue librando entre el primitivo indígena, huraño, algo sentimental y tozudo y el

blanco preñado de pasiones y ambición, materialista, altivo y dominante. El remoto orgullo kechua del Incanato, el resentimiento y la rebeldía que acaso existe todavía latente en los repliegues más profundos del alma indígena, están en pugna permanente con la definida tendencia avasalladora y prepotente, la arrogancia del lejano Conquistador que subsiste en el blanco actual. Pugna en la que ponen ambos en juego sus fuerzas vitales é impulsos más agudos, sus mejores facultades, en una convivencia convencional, que si no tuviera los tonos suaves y a veces agradables a que ha llegado, sería extraña é incomprensible, como fué en el pasado, en el que bien sabemos se definió muchas veces trágicamente.

En tan sugestivo escenario, en este multicolor y atrayente ambiente, entre tan interesante conjunto de seres; el autor ha residido largos años, recibiendo su influencia y adaptado a sus usos y costumbres. Muchas son las impresiones recogidas, múltiples las experiencias vividas, innumerables los recuerdos que cual extrañas aves acuden a la mente en inacabable bandada. Entre todo ello, afloran y surgen, como fuertes y llamativos brochazos en un gran panorama, ocupando un plano preferente, los hoteles que hay en sus ciudades, pueblos y villorrios. No sabría explicar concretamente las singulares circunstancias o las ocultas y sutiles razones que existen para esto; pero debe convenir en que para tal apreciación ha influído decisivamente el que tuviera que permanecer en ellos con frecuencia. Unas veces de paso, brevemente y otras en largas estadías. Aparte de esto, juzga también que esos hoteles están entre los aspectos más típicos é interesantes de la región. Son una muestra del constante fluir de su vida, reflejan la mezcla de costumbres y mentalidad y quizá resumen la inquietud de sus moradores. Los califica de "provincianos" y han servido de inspiración para titular este volumen.

Por cierto que hay muchísimos otros aspectos de la vida provinciana peruana, en la sierra del Sur, que acaso impresionan más fuertemente, interesan en mayor grado y pue-

den ser motivos para especulaciones intelectuales de diversa índole; pero estos hoteles provincianos tienen un sabor peculiar único é inconfundible. Intentar describirlos certeramente o expresar a satisfacción con palabras o conceptos precisos lo que son y significan, es tarea harto difícil. Tal vez se esté en lo cierto al pensar que bien se puede decir que la impresión que producen es intraducible.

Comerciantes, agentes y representantes, funcionarios del Estado, burgueses y empleados, estudiantes y profesionales, militares, hacendados y negociantes, turistas, artistas y deportistas de indefinidas nacionalidades, mujeres de dudosa calificación y en fin toda la inmensa gama humana, pasan por ellos en pintoresco, sugestivo y activo desfile, en un ir y venir incansable. Todos, casi siempre, con cierto aire exótico en sus gestos, actitudes y vestimenta, dentro del sutil é inquietante misterio que encierra su lugar de origen y su rumbo, sus llegadas sorpresivas, inesperadas y sus partidas silenciosas é inexplicables. En la mayoría de los casos, seres a los que jamás se volverá a ver. El Hotel Provinciano es de múltiples categorías, según donde estén ubicados, lo que cobran y el servicio que proporcionan. Desde el pretencioso de calle céntrica de ciudad, hasta el humilde de pueblo que por ignoradas razones se disfraza con el nombre de pensión. La mayoría llevan el adjetivo de "Gran", que aparece en el letrero que ostentan en el frente del local y es rara la población por donde pasa la vía férrea en que no haya uno que no se llame "Ferrocarril". Pertenece, en gran parte de los casos a algún extranjero de problemática personalidad, llegado quien sabe por qué tortuosos procesos en pos de "hacer la América". Explota concienzudamente el negocio, tratando de obtener las mayores utilidades, con una melosa amabilidad para con los clientes, entre un falso confort y comidas lugareñas desfiguradas con pomposos nombres europeos y los servicios de inexpertos y pícaros indígenas improvisados de mozos.

Este interesante y pintoresco ambiente de hotel provin-

ciano, entre el incesante desfilar de variadísimos personajes, brinda la oportunidad de percibir las más extrañas y a veces íntimas manifestaciones de la vida. Encuentros con viejos amigos, charlas con conocidos y a veces relatos de desconocidos, nos ofrecen jalones de existencia llenos de atractivo y llegan hasta nosotros episodios novedosos, impresionantes y gestos y actitudes a veces desconcertantes, en los que casi siempre está presente la nota dramática.

Es el ambiente que se ha descrito, al través de narraciones y experiencias, de noticias, charlas y comentarios, de observación y estudio, el que ha proporcionado, de su variado, sugestivo é inagotable venero, los motivos y materiales principales, en hechos, costumbres y personajes, de hace largos años ya, que han servido para componer los relatos que forman este volumen. Todos llevan en el fondo un dramatismo insólito.

A ellos se ha agregado tres estudios sobre motivos cuzqueños.

———:-:———

EL CINSI MARTIN

EL CINSI MARTIN

Mientras almorzaba con bastante apetito en el indefinible comedor del Hotel Colón, un clásico hotel provinciano, improvisado en una vieja casona colonial denominada "El Cuadro", en la ciudad del Cuzco, famosa por mil motivos; contemplaba una extraña y popular figurilla de confección casera, salida de manos de desconocido artífice. Siempre me había inspirado viva curiosidad é interés y hacía unas horas que la había adquirido en el también muy mentado "Santoranticuy", que es algo así como una feria típica. El nombre auténticamente mestizo de tal feria significa "compra de santos" y es la fusión de dos vocablos, el uno español "santo" y kechua el otro "ranticuy". De origen netamente colonial, se realiza en la plaza de armas, en especial en el atrio de La Catedral y los portales cercanos, la víspera de Navidad todos los años. Se inició en la intención de proveer de adornos y figuras a los "Nacimientos" que se arreglan en la mayoría de los hogares para esa fecha. Con el tiempo fué creciendo y tomando importancia y para la época a que se refiere el presente relato ya hacían muchos años que había adquirido los caracteres de una verdadera feria. Se lleva a cabo con inmensa concurrencia y entre alborozados repiques de campanas, en los que se destaca la voz potente y sonora de la tradicional "María Angola".

La susodicha figurilla, representa un varón exageradamente flaco y enjuto de rostro, vestido a la usanza española de fines del Coloniaje, ceremoniosamente sentado en un sillón de corte antiguo. Sombrero de copa, amplia capa, calzones cortos, medias de seda y zapatillas con hebillas de plata,

completan su pintoresca indumentaria. Pero, lo que más llamaba mi atención era el cuello, que estaba hecho de alambre en forma de espiral, por lo cual la cabeza le temblaba continuamente, dándole cierta animación grotesca. Tal cuello era simbólico, ya lo sabía. De un terrible significado.

La había colocado sobre la mesa y no me cansaba de observarla con atención, analizando sus detalles, mientras recordaba casi palabra por palabra, la extraordinaria historia que sobre el personaje que representa me contara, hace largos años ya, cierto talentoso amigo, cuzqueño de pura cepa, gran conversador, amante de su tierra y por tal cultor de sus tradiciones y leyendas; historia obtenida de fuentes que ignoro, que entonces no me interesó inquirir y de cuya completa veracidad, dicho sea de paso, no me arriesgo a dar fé.

Parece que corrían los últimos años coloniales. Vientos revolucionarios, llevando como enseña el grito de libertad, pronto conmoverían, haciéndolo tambalear hasta caer despedazado el viejo Imperio Colonial español en América.

El Cinsi Martín, tal el nombre del aludido personaje, ha llegado hasta nuestros días, con su pintoresca figura, perennizada por manos de ingeniosos y anónimos artífices —me decía mi cuzqueño amigo, con palabra fácil y galana, en su enjundioso relato salpicado de ocurrencias y frases agudas— gracias a lo que podemos calificar de su extraña y conmovedora historia, con un trágico final. El mote de "Cinsi", debemos interpretarlo de algo así como una contracción popular, muy ingeniosa por cierto, de la palabra "incensarista", mote que se aplica actualmente, en general, a todos los que forman el coro de cantores de la Catedral y que en las ceremonias religiosas también portan y manejan los incensarios.

No han llegado mayores datos sobre la singular personalidad del Cinsi Martín, al que se suponía de noble origen, pese a su humilde condición. Apenas su nombre de pila y el haber transcurrido gran parte de su existencia desde muy niño, en La Catedral, donde fué creciendo entre Te-Deums,

Reseñas, Misas de Fiesta, Procesiones y otras ceremonias. Su vida se redujo durante largos años, a los cantos sagrados y a la asistencia del Obispo y los Canónigos en los Oficios, portando el incensario. A pesar de esto, parece que dentro de él bullía un corazón ampliamente humano y se agitaba un espíritu sentimental, romántico, tal vez demasiado sentimental. Por cierto que su temperamento fuertemente religioso, como resultado del ambiente y de la época, rendía culto ferviente a todas las formas de la Divinidad y a los Santos, Vírgenes y Beatos de la Iglesia Católica. Concretando su fé, tenía especial devoción por la imagen de la Virgen Inmaculada que existe en la Catedral, a la que por sus bellas facciones llaman "La Linda". Martín pasaba largas horas contemplando la Efigie, entre oraciones é intensas muestras de veneración. Si no temiera cometer una irreverencia, me atrevería a decir y bien podemos pensarlo, que estaba enamorado de la hermosa Imagen, ya que su contemplación llegaba al éxtasis. Y así transcurrían sus días, tranquilos y humildes, oscuros y tal vez sin mayores preocupaciones. Sin embargo, tenía que cumplirse su Destino, que por cierto no eran esos días tranquilos y oscuros.

Cierta mañana, sintió conmoverse su existencia, sacudirse su alma hasta las fibras más recónditas y cambiar en forma insospechada el panorama a su rededor. Mientras estaba sumido en un mundo interior intraducible, mascullando fervorosamente por milésima vez sus oraciones de alabanza y adoración, arrodillado delante del altar en cuya hornacina se halla la Imagen que era objeto de su devoción; sintió, cual leve aleteo de mariposas, el rozar suave de sedas y rasos y un tenue y exquisito perfume llegó hasta él como hálito maravilloso. Volvió la cabeza y se encontró cerca a una dama elegantemente ataviada, que se arrodillaba en acolchado reclinatorio. Santiguándose en actitud contrita y luego agachando la cabeza, se puso a orar con gran devoción. Martín quedó paralizado. No quería dar crédito a sus ojos. Lo que veía era

tan insólito y sobrepasaba en tal forma todo lo que podía haber imaginado su modesta mentalidad que, de pronto, creyó ser víctima de una alucinación o de un sueño. Tardó en serenarse y cuando adquirió pleno dominio de la realidad y evidencia de lo que veía, el corazón le dió un vuelco. Ahí estaba en persona, de carne y hueso, La Linda, orando ante la Imagen de yeso, la verdadera Linda, colocada en la hornacina del altar. El parecido entre ambas era asombroso.

Y una tremenda confusión de ideas se desató en el cerebro del Cinsi Martín, al mismo tiempo que una extraña mezcla de sentimientos agitaba su corazón. Ya no pudo seguir orando, con su profunda fé religiosa, abstraído del mundo, a la imagen inmóvil del altar. Desde ese momento sintió que comenzaba a rendir un vehemente culto humano a la Linda viviente, que todas las mañanas acudiría a la misma hora y al mismo lugar.

De las miradas furtivas, tímidas, Martín fué pasando a un estado de muda contemplación o adoración. Y una violenta pasión terminó por encenderse dentro de él. Todo el vacío de su ya larga vida, pasada entre cantos litúrgicos con música de órgano, Misas y Ceremonias religiosas, balanceando el incensario de plata, que esparcía vaharadas de humo; fué compensado con un incontenible fuego pasional, que irremediablemente lo consumiría. Cuán lejos estaba de poder pensar que aquella bella y delicada dama, con un rostro asombrosamente parecido al de "La Linda", aquella dama tan ricamente ataviada y deliciosamente perfumada, que cubierta con una fina mantilla de encaje, acudía todas las mañanas, con el rosario y el devocionario en la mano, a orar arrodillada en un reclinatorio acolchado de felpa; lo conduciría, sin saberlo, irremediablemente a la realización de su Destino. Y cuán terrible era su Destino.

Largo tiempo transcurrió. La bella dama, indiferente al mundo que la rodeaba, sin haberse dado cuenta de la existencia de Martín, acudiendo todas las mañanas —rara vez

dejaba de ir— a orar ante el altar, a la Imagen de su devoción y algunas veces asistiendo al templo en compañía de su esposo, un elegante é importante funcionario de la administración colonial, a las Misas de Fiesta en las grandes celebraciones, a los Oficios de Semana Santa o a los Te-Deums solemnes con diferentes motivos. Y Martín, siempre tratando de estar cerca a ella, contemplándola embelesado, consumiéndose en una fiebre intensa, en una pasión confusa pero terrible, casi dolorosa, mezcla de su ferviente fé religiosa y su contextura humana, su incontenible sentimentalismo, hasta el extravío; pasión en la que se entremezclaban en forma extraña, la adoración que durante largos años brindara a la inmóvil Imagen de "La Linda" y los vehementes anhelos, profundamente humanos, que despertara en él la presencia de la bella dama. Unas veces arrodillado cerca a ella, fingiendo o también orando delante del altar y otras desde lejos, mientras asistía dentro de su vestimenta de Cinsi a los canónigos en las ceremonias o aromaba el ambiente batiendo el turíbulo de plata; la contemplaba emocionado, anhelante, sintiendo vibrar todo su ser y latir violentamente su corazón. Pero siempre lejos, muy lejos de ella, a distancias inconmensurables, sin que existiera ninguna posibilidad de acercamiento, ni la más remota esperanza de convertir en realidad los sueños que su imaginación trastornada, febril, iba forjando mientras la contemplaba.

Después de largo tiempo, se atrevió a seguirla muy discretamente. Cuando concluída su habitual oración la dama se retiraba, Martín la seguía con mucho disimulo hasta la puerta del templo. Y veía con profunda tristeza, cómo con paso menudo y gracioso, se alejaba por el amplio atrio, bajaba las escalinatas y luego de cruzar el ámbito de la plaza se perdía por una callejuela. Mientras él tornaba lentamente al interior del templo y entregado a sus ocupaciones cotidianas, se ponía a esperar lleno de inquietudes el día siguiente para volverla a ver. Por último, una mañana empujado por un

irresistible impulso, la siguió fuera del templo a prudente distancia. La vió entrar a una clásica casona de portada blasonada, amplio zaguán y espacioso patio. Y desde entonces la siguió todos los días, muy discretamente, con la mente perdida en un insensato y vago afán, aspirando el aroma que a su paso esparcía, bebiendo con los ojos la gracia de sus movimientos, el encanto que emanaba su delicada figura...

——:-:——

Cierto día, mientras estaba entregada a su tranquilo ritmo cotidiano, la ciudad entera fué conmovida. Sacrilegio ¡...Sacrilegio!.

La noticia se difundió como reguero de pólvora, poniendo una nota de alarma y espanto en la suave vida provinciana, que se agitó en conjeturas y comentarios. Los vecinos se visitaron en busca de noticias, los transeuntes se paraban unos a otros inquiriendo nuevas, las Iglesias se llenaron de fieles que se santiguaban y golpeándose el pecho elevaban sus preces al cielo y los campanarios desparramaron plañideras rogativas. Todo el mecanismo eclesiástico y la administración pública estaban en movimiento. Las autoridades y funcionarios se entregaron con gravedad a una minuciosa investigación, redoblando sus esfuerzos en averiguaciones y largos interrogatorios. Todos estaban espantados. Había sucedido algo insólito, increíble. Las joyas de "La Linda" de la Catedral habían sido robadas.

Por la mañana, al hacer su habitual recorrido, el conservador del templo, notó algo anormal en el altar donde estaba la hornacina que guardaba la hermosa Imagen. Uno de los floreros estaba caído y roto. Al fijar su atención en la Efigie se dió cuenta, con terrible asombro, que el valioso collar de perlas ya no envolvía el cuello, los bellísimos pendientes de esmeraldas no colgaban de los lóbulos, ni los anillos de rubíes y diamantes adornaban las manos. Casi gritó y

levantando los brazos en alto corrió lleno de espanto a dar cuenta de tan increíble suceso al Chantre. Este escuchó estupefacto, abriendo enormente los ojos, la tremenda noticia y después de constatar el hecho, media hora más tarde, luego de un severo interrogatorio a los sacristanes, cinsis, porteros y campaneros del templo; llegó todo agitado, sudoroso, al Palacio Episcopal. En medio de una emoción profunda, casi con terror puso el grave suceso en conocimiento de su Ilustrísima el Obispo. Este frunció el ceño con gravedad. Jamás esperó tan desconcertante noticia. Invocó a María Santísima y plugió al cielo ayuda para afrontar tan terrible contingencia. Había que actuar con celeridad. Envió inmediatamente emisarios al Presidente de la Real Audiencia y al Corregidor, pidiéndoles ayuda. Estos recibieron la noticia con grandes muestras de sorpresa y enojo. Presas de inmenso desconcierto y mayor preocupación, luego de graves deliberaciones con sus consejeros y secretarios, pusieron en marcha todos los resortes a su alcance para dar con el ladrón y recuperar las joyas. El hecho, grave en sí y los tiempos que se vivían, de una profunda fé religiosa, rayana en el fanatismo; hicieron que la ciudad comenzara a vivir momentos de intensidad indescriptibles, casi de angustia, sintiendo profundamente herida su fé. No podía concebirse lo acontecido. Todo el mundo se puso activamente a tomar parte en la averiguación. El suceso empezaba a adquirir pavorosos caracteres de misterio y ya hasta se hablaba de haber intervenido el demonio.

———:-:———

Mientras tanto, la mañana de aquel memorable día se había desarrollado una singular escena, en la residencia de la hermosa dama, que todos los días, por especial promesa de devoción, acudía a orar ante el altar de "La Linda" en la Catedral. A poco de haber vuelto de su acostumbrada visita al templo, un desconocido —al decir del servidor que lo anunciara— había preguntado por ella é insistía en ser recibido.

Se trataba de algo importante y muy reservado, decía, y sería sólo cuestión de un momento. Rogaba humildemente a la señora que le concediera audiencia. La dama, algo sorprendida, con no poca reserva pero con bastante curiosidad, accedió, debemos admitir que imprudentemente, en recibir al extraño visitante, el que fué introducido a la sala. Entonces, se encontró ante un original personaje: El Cinsi Martín de nuestro relato, que humilde y tímidamente balbuceó palabras de saludo y respeto. Lo invitó a sentarse, hecho lo cual escuchó de este una asombrosa proposición. Con frases un poco confusas, le decía que estaba enterado que la señora no poseía joyas dignas de ella y que esto no era justo, siendo tan encumbrada, joven y hermosa. Por esto le había traído —y al decirlo extrajo de entre su capa un pequeño envoltorio— las que merecía para adornar su bello rostro y sus finas manos. Además, pensaba que el encanto de su persona daría nueva vida a las perlas y más brillo a las gemas. No pedía nada a cambio.

La dama fué tomada en forma tan sorpresiva, lo que acababa de escuchar estaba tan lejos de cualquier cálculo que pudo haber hecho sobre los motivos que tuviera para insistir en ser recibido y el asunto que fuera a tratar aquel desconocido; que, de pronto, no tuvo qué decir ni contestar. Quedó desconcertada. Cuando reaccionó de su sorpresa y pensó que lo que estaba sucediendo era algo absurdo y que ella no podía aceptar nada en esa forma y mucho menos de un desconocido; ya este se había despedido muy ceremonioso y bajaba las escaleras, luego de dejar el envoltorio con las joyas sobre una mesa y agregar que si no le agradaban, tendría oportunidad de devolverlas. Y salió a la calle, dejando a la dama presa de una inmensa confusión, sin atinar qué hacer. Después de algún momento y luego de ligera vacilación, ésta terminó por guardar el paquete en un cajón de un mueble en su dormitorio.

Nuestra dama estuvo preocupada todo el día con el

extraño suceso. No sabía cómo interpretarlo, temerosa del rumbo que pudiera tomar y más aún el pensar que su esposo podía enterarse, ya que reconocía el haber cometido una imprudencia. El asunto tomó caracteres pavorosos para ella, cuando su marido a la hora de la comida le hizo saber que el día transcurrido había sido muy desagradable y pesado, ya que algo insólito hubo acontecido en la ciudad. Las joyas de la Efigie de la Inmaculada de la Catedral, a la que llamaban "La Linda", habían desaparecido en forma misteriosa. Tal cosa lo tuvo muy atareado y preocupado, así como a las demás autoridades civiles y eclesiásticas. El asunto era bastante grave y todos estaban alarmados ante tamaño sacrilegio. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la dama de nuestra historia, cuando después de escuchar a su esposo y sentir que se conmovía su fé religiosa, ya que se trataba de la Imagen de su predilección; relacionó la noticia con el raro y desconocido visitante de por la mañana y el paquete que le dejara. No podía ser ¡Sería terrible! —pensó—. ¿Acaso ella, inocentemente, tenía ocultas en su dormitorio las joyas robadas?... Después de una breve vacilación, convino en que lo mejor era aclarar el asunto y contarle todo lo sucedido a su marido. Antes que las cosas se complicaran más y siguiera siendo víctima, al parecer, de su debilidad y curiosidad, al haber accedido en la mañana en recibir al desconocido.

Entonces, toda compungida, casi llorosa, relató a su esposo el raro suceso. Este, más maduro que ella, experimentado hombre de mundo, tomó con la debida calma, aunque justamente asombrado, el relato de su esposa y comprendió la situación. Luego de un razonable cambio de ideas y después de abrir el envoltorio y constatar que, efectivamente, dentro de él habían valiosas joyas, que podían ser muy bien las robadas; resolvieron afrontar la realidad de los hechos. Deberían actuar con rapidez, pero con cordura, para que ninguna duda ni sospecha recayera sobre ellos y además, para que el culpable recibiera el justo y merecido castigo. La condi-

ción de alto funcionario de la Real Audiencia, permitía al caballero de nuestra dama el poder entrevistarse directamente, en cualquier momento con el Obispo. Resolvieron visitarlo.

Efectivamente, a la mañana siguiente, muy temprano, fueron anunciados y conducidos a la presencia de Su Ilustrísima, a quien pusieron al tanto, minuciosamente, de todo lo ocurrido el día anterior en su residencia. Este escuchó con la mayor atención é interés la importante noticia que le llevaron y dando gracias al cielo, les prometió guardar la debida reserva, para no mezclarlos públicamente en tan grave suceso. Abierto el envoltorio, las joyas fueron reconocidas como pertenecientes a la Imagen, sin que faltara ninguna. Pero, cuando el Obispo oyó la descripción del personaje que las había llevado en forma tan singular, su asombro fué inmenso. No quería dar crédito a sus oídos al escuchar los detalles, ya que todos coincidían, sin lugar a duda, con alguien harto conocido por él: El Cinsi Martín!...

———:-:———

Nada podía haber sido capaz de salvar a Martín. Su suerte estaba echada. No habría piedad. Fué encarcelado y confesó ante los jueces, abiertamente, haber tomado las joyas; confesión hecha en medio de frases oscuras y explicaciones incomprensibles, que sólo pudieron demostrar que era víctima de un tremendo desequilibrio. Que una confusión espantosa, producida por alguna desconocida fuerza, lo había conducido a la consumación de tan inexcusable delito. Los comentarios populares, estoy seguro, culparían al diablo. El Pobre Cinsi tenía que estar endemoniado. Y no estaban muy lejos de la verdad.

Nunca he logrado, a pesar de haberlo intentado repetidas veces —remarcaba mi amigo en su tan sugestivo relato— reconstruir el escabroso proceso mental que debió seguir Martín, para llegar a lo que hizo, porque es lógico suponer

que tal cosa fué consecuencia de un largo é intrincado proceso. Sólo he podido convenir en que fué un resultado monstruoso de su exagerado fanatismo religioso, en terrible mezcla o choque con la fuerte y profunda pasión humana surgida ante la presencia de la bella dama, de un asombroso parecido con la Imagen de su devoción.

Martín debía pues ser castigado y el castigo sólo era uno.

Cuando poco después, se anunció por los pregones de las autoridades civiles en las calles y plazas y por los sacerdotes desde los púlpitos, la aparición de las joyas y la identificación y captura del sacrílego; la indignación popular se calmó y su sentimiento religioso tomó un nuevo rumbo. Había que desagraviar a La Linda y tenía que castigarse al culpable con toda la fuerza de la Justicia. Y así sería. Se hicieron preparativos para que ambas cosas se realizaran el mismo día.

———:-:———

Dos semanas después, se cantaba solemnemente en La Catedral, un Te-Deum para desagraviar a La Linda, que con tal objeto había sido trasladada al Altar Mayor y ataviada con sus mejores galas.

Mientras se celebraba un lento y largo ceremonial especialmente preparado, entre cánticos y homenajes, con todo el impresionante aparato de los rituales católicos, para restituir las joyas que nuevamente adornarían la Imagen; la bella dama de nuestro relato, que estaba presente con su esposo entre la concurrencia que asistiera al acto, que dicho sea de paso era lo más granado y selecto é importante de la ciudad, pensaba en su sorprendente intervención en aquellos sucesos, cuya esencia oculta ignoraba. Nunca conocería la verdad del hondo y doloroso drama que, inocentemente, su presencia había originado bajo las macizas y solemnes naves del gran templo. Jamás sabría que el alma romántica y sentimen-

tal de aquel personaje desconocido para ella y que la visitara en tan singulares circunstancias, se había consumido lenta é inexorablemente en una pasión incontenible. En un proceso en el que una absurda superposición de imágenes, una compleja mezcla de fanatismo religioso y pasión humana, lo habían precipitado, fatalmente, a la consumación de un hecho cuyos alcances y significado, posiblemente, en ningún momento estuvo en capacidad de medir y comprender. Todo su edificio interior se había desequilibrado hasta perder la visión de la realidad.

Sin embargo, mientras el órgano acompañaba con solemnes y sonoros acordes, que retumbaban en forma impresionante bajo las amplias bóvedas, el coro de voces que elevaban al cielo el Te-Deum Laudamus; nuestra dama volvió a sentir un nuevo escalofrío en su cuerpo y una dolorosa impresión que encogió su corazón, cuando su esposo le hiciera notar, después de contemplarla con atención, el gran parecido que había entre su rostro y el de la Imagen de La Linda.

Poco después, concluída la ceremonia religiosa, en la Plaza de Armas, delante de La Catedral, ante una inmensa y espectante muchedumbre y entre un lúgubre redoblar de tambores, luego de agitarse en el aire con los espasmos de la muerte; colgaba de la horca, cuan largo era, balanceándose macabramente grotesco, el cuerpo magro del Cinsi Martín.

———:-:———

NOTA.—El mote de "Cinsi", por otra parte, es probable también que sea una derivación o deformación de "Seise", nombre con que se conoce a los monaguillos que conforman coros de cantares en algunas Catedrales españolas.

LA ISLA DEL DIABLO

LA ISLA DEL DIABLO

Aquel auténtico hotel provinciano, de bien definidas características y con todas las notas peculiares de su género, tiene para mí algo imborrable y hondo. Conservo de él un vivo é intenso recuerdo y su evocación remueve impresiones imperecederas. Entre ellas hay algunas inconfundibles y tal vez de un valor único. En él he sentido cosas que no he vuelto a sentir con igual intensidad en ningún otro sitio y en verdad que no sabría explicarlo bien por qué. Cuando rememoro aquel singular hotel de la histórica y tradicional ciudad de Puno, la muy famosa ciudad lacustre, suavemente extendida a orillas del legendario lago Titicaca; pienso que allá es donde más cerca me he sentido del Cosmos y además que en ninguna otra parte, por paradójico que parezca, juzgo haber estado en mayor contacto con la vida y percibido con más fuerza su constante fluir.

Situado frente a la estación del Ferrocarril, me daba una continua sensación de movimiento é inestabilidad con el constante afluir de gentes que origina la salida y llegada de trenes, que, entre la vaga emoción de las despedidas y las bienvenidas, los abrazos y los adioses y un inquietante misterio en su destino, vaciaban por las noches enjambres de pasajeros fatigados o recogían por las mañanas viajeros apurados, de aspecto friolento, castigados por la inclemencia del tiempo. Por otra parte, casi en contraste con este movedizo partir y llegar, este vaivén sugestivo, la circunstancia de tener aquel hotel un gran balcón o corredor sobre la calle en su fachada principal, hacía que al asomarme a él sintiera que el inmenso y grandioso panorama que a la vista se despliega,

me comunicaba una fuerte sensación de inmutabilidad, casi de Eternidad. Bien puedo decir que a esa visión casi desaparecía todo lo Humano y me encontraba en presencia únicamente de lo Cósmico, el Infinito. Desde tal balcón, no muy lejos se divisa bajo el inmenso dombo del cielo, una gran parte del legendario lago, del que emana un misterioso atractivo, casi un hechizo. Se muestra unas veces terso y brillante, otras turbio y plomizo y generalmente azulado o verdoso, levemente rizado por un suave oleaje. Completan el cuadro las islas de Estévez, Amantani y Taquili, la península de Capachica, la punta de Ilave, los roquedales y el canal de Chimu y sus hermosos totorales bordeando la ribera o formando algo así como una enigmática jungla cruzada por enredados canales naturales con un maravilloso tapiz de plantas verdes en el fondo; jungla entre la que habitan en increíbles islotes artificiales, familias de primitivos pobladores indígenas, los Uros. Todo bajo un cielo unas veces límpido de un azul profundo y otras gris y oscuro cubierto de negras y amenazadoras masas de nubes tempestuosas.

Cuántas veces, acodado largamente en aquel balcón, escuchando el ulular del vientecillo frío del altiplano en las copas de los árboles, he sentido dilatarse mis pupilas y expandirse mi espíritu, ante el indescriptible espectáculo de una salida de Sol llena de matices, multicolor, en las luminosas mañanas o cuando en las claras noches collabinas, en un límpido cielo, miríadas de estrellas parecían enviar, en su continuo titilar, misteriosos mensajes desde el fondo de los lejanísimos espacios siderales. Y el surgir de la Luna, serena y majestuosa, por detrás de las colinas de Capachica, desvaneciendo con su claridad brumosa las sombras nocturnas. Riela sobre las aguas lacustres, poblando de alargados fantasmas el campo y las calles. Las negras y pavorosas noches de tempestad, cuando la lluvia y el granizo azotan con fragor de batalla la ciudad, ésta parece sobrecogerse de temor, el viento ruge y brama, los rayos hienden zigzagueantes como sierpes

de fuego el espacio y van a hundirse en las profundidades del lago o se pierden sobre la cuchilla de los roquedales, mientras el trueno retumba en cadena impresionante de ecos por todos los ámbitos. La Naturaleza desata sus potencias y la tempestad pasa y se aleja para ir a perderse aún más violenta, en furioso relampaguear y tronar allá a lo lejos, al otro lado del lago, en los formidables macizos de la cordillera de Sorata. Y torna a reinar la calma y la noche parece poblarse de misterio y embrujo. Nos envuelve con una sensación intraducible que al fin deja un hondo y dramático sabor de pequeñez, casi de insignificancia.

———:-:———

Un encadenamiento de pequeños sucesos, que no vienen al caso relatar, hicieron que conociera a don Emilio. Era uno de esos personajes a los que apenas vemos no vacilamos en calificar de extraños, no podríamos decir ni definir bien por qué. Bastante maduro, tendría alrededor de sesenta años muy bien llevados, alto, robusto, casi impresionante, se conservaba recio y fuerte, dueño de una admirable vitalidad. Huraño, de modales un poco rudos, el color de su piel, la calidad de sus cabellos negros aún y las bien marcadas facciones de su rostro, delataban a primera vista la fuerte dosis de sangre Aymara que corría por sus venas; pese a su nombre y apellido, sus vestiduras y su aspecto, sus costumbres de un clásico descendiente de los criollos españoles, adinerado, con una selecta educación moderna y dueño de una sólida posición y de los consiguientes privilegios. Sin embargo de esto último y a más de aquellos definidos rasgos que mostraban al mestizo, en el fondo de sus vivaces ojillos pardos, había algo que decía que su alma, su esencia, el fondo más recóndito de él, estaba enraizado profundamente a la tierra de sus antepasados, a sus tradiciones y leyendas, era irremediablemente aymara, con un agudo sentido telúrico y una dua-

lidad irreconciliable de vida y que las fuertes pasiones, los ocultos y complejos procesos de su mestizaje, seguían latentes y bullían inciertos en él.

Algo que no sabría explicar ni pretendo analizar, ha hecho que con frecuencia logre una fuerte amistad con personas mayores que yo y les inspire confianza. Y esto me pasó con don Emilio. Nos hicimos amigos y largas horas platiqué con él, en tal forma que pude entrever muchas y muy interesantes facetas de su personalidad nada común. Al poco tiempo comprendí que un admirable dominio de sus facultades lo mantenía centrado y en equilibrio y que una soberbia disciplina espiritual conducía su vida. Conservo de él un vivo y amable recuerdo é ignoro si aún pueda leer este relato, en el que es primera figura.

Cierta mañana, muy temprano, llegó al hotel en mi busca. Nunca supe el motivo. Subió y me encontró hacía ya rato levantado. Estaba yo en el largo balcón, acodado tomando el agradable sol mañanero y viendo alejarse lentamente por la bahía el barco de itinerario que acababa de zarpar rumbo a Guaqui en Bolivia.

Don Emilio conocía mis aficiones y tendencias, por lo que, bonachón, parecía de magnífico humor, me saludó con una frase alusiva:

—Ud. es incorregible —me dijo—. ¿No se cansa de contemplar el panorama dejando, seguramente, que su mente forje cuanta fantasía se le antoje?

—No, ya lo ve. Bien sabe Ud. que desde que llegué estoy hechizado por la grandeza del ambiente y por esta maravillosa orgía de sol. Además, hoy día hay un motivo especial.

—¿Se puede saber cuál es?

—Muy simple. El barco que sale para Bolivia. ¿Lo vé?. Ya enfila por el canal de Chimu.

—¿Y qué tiene de especial?

—Cuando veo salir un barco, sueño más que de costumbre.

¿Tiene Ud. idea de todo lo que encierra un barco que se vá, por pequeño que sea?

Mi amigo sonrió con un gesto indefinible y no contestó. Callamos un largo rato, mientras contemplábamos cómo la pequeña nave se alejaba de la bahía muy lentamente, dejando una movediza estela y un oscuro penacho de humo.

De pronto, al recorrer con la vista la amplia extensión del lago, algo con que tropezó mi mirada hizo surgir una extraña ansiedad en mi cerebro y no sabemos impulsado por qué oculto proceso, una pregunta salió de mi boca:

—¿Dígame don Emilio, me puede explicar si sabe qué es ese punto blanco que aparece en el lago, muy cerca a la isla Estévez?

La respuesta se hizo esperar. Mi amigo fijó un momento la mirada en el lago, en dirección al punto indicado y enseguida, lentamente, volviendo hacia mí su rostro, en el que me pareció notar una frialdad cortante, me dijo casi con aspereza:

—¿Realmente no lo sabe Ud.?

Aunque lo que acababa de escuchar me hizo una rara impresión y se prestaba a muchas interpretaciones, repuse tranquilamente:

—Realmente no lo sé. Hace días que me intriga y pensé aprovechar la primera oportunidad para preguntárselo a Ud. No olvide don Emilio que casi todo lo que sé sobre Puno se lo debo a Ud.

—Bueno... —me contestó tranquilo— es un pequeño islote rocoso que le llaman "la isla del diablo".

—Caramba ¡ ... qué interesante! ¿Y por qué le llaman así?

—Parece que el nombre es bastante antiguo y posiblemente de origen indígena. Los indios muy difícilmente se acercan a tal lugar.

—La verdad que el nombre es muy intrigante y suficiente para explicar el temor o superstición que pudiera inspirar.

—El nombre que acaba Ud. de calificar muy certeramente

de intrigante, bien podríamos intentar explicarlo o interpretarlo por el hecho de que cuando hay tempestad, una gran parte de los rayos que descargan las nubes sobre el lago, van a caer en el islote por un muy natural fenómeno físico. Y como siempre se ha relacionado al diablo con el fuego y la electricidad, ahí tendríamos lógicamente la explicación del remoto origen del nombre.

—La explicación es muy sutil y sugestiva y efectivamente, hasta cierto punto, lógica.

—Además, parece que en verdad allá habitara el demonio —agregó mi amigo en desconcertante frase y en un tono que me llamó la atención.—

—¿Y por qué? —pregunté con cierto asombro ante tan extraña afirmación.—

Mi pregunta diría que sorprendió a mi amigo y algo le detuvo un momento y me hizo pensar que acaso estaba arrepentido de su expresión. Pero no tuvo más remedio que contestarme:

—Se me ocurrió decirle eso por algo que sucedió hace muchos años.

Entreví un sabroso y atrayente relato en perspectiva y ante esto, suavemente, con maña, traté de conducir a don Emilio a hacerlo.

—¿Se puede saber qué fué? —pregunté con cierta indiferencia.—

Don Emilio aún vaciló un momento antes de decidirse, pero terminó por contestar:

—Sí... ya lo creo.

—Oigámoslo...

Y mi amigo ya no pudo evadir el hacerme el relato.

Es así cómo, sin movernos de aquel balcón, en una luminosa mañana, con la vista perdida en el horizonte, escuché en frases tajantes, frías, la siguiente narración:

—Hace de esto muchos años. —decía don Emilio— Es la historia de un amor desgraciado y de una traición. Los pro-

tagonistas: el clásico y fatal triángulo amoroso. El, algo maduro, puneño y ella muy joven y agraciada, boliviana, paceña para ser más exacto. Se conocieron en Copacabana, en una romería a la famosa Feria. El se enamoró perdidamente y poco después hizo un viaje a La Paz. Consiguió el apoyo de los padres de ella y en un segundo viaje se casaron y la trajo consigo a Puno. El otro, boliviano, paceño también, había permanecido hasta ese momento en la sombra. Parece que se amaban ocultamente desde muy jóvenes y el matrimonio de ella frustró y contrarió aquel amor. Aunque no mantuvieron correspondencia, un año después él se presentó en Puno, se supone que dispuesto a recuperar a cualquier costa a su amada, a la que posiblemente no había podido olvidar. El esposo sorprendió una carta de él y rugió de furor. Tuvo una amarga explicación y una dolorosa escena con su esposa. Todo su ancestro pasional primitivo y su orgullo español de privilegiado, lo cegaron. No pudo situarse a la altura de las circunstancias, ni entrevió el hondo drama. No vió sino un hecho frío é intolerable: un hombre tratando de arrebatarle su esposa. Frenético amenazó con matarlos. Posiblemente esto precipitó la situación y los románticos enamorados planearon ya de acuerdo una fuga. No tenían otra alternativa, puesto que no podían luchar contra la pasión que los empujaba el uno hacia el otro irremediablemente, ni deshacer el lazo que la tenía atada a ella. Estuvieron al acecho de la primera oportunidad. Esta no tardó en presentarse. Hados invisibles, silenciosos é inexorables, iban marcando las etapas de aquel proceso, despiadadamente. El esposo viajaba con frecuencia, a caballo, hasta una hacienda que poseía a pocas leguas de la ciudad. Partía muy de mañana y volvía al anochecer. Cierto día en uno de estos viajes, una violenta granizada le impidió volver a tiempo y llegó a su hogar ya muy tarde de la noche. Cuando entró en este, la esposa no estaba. Había desaparecido. Su ira y su despecho no tuvieron límites. Llegó al paroxismo. Ciego de impotencia, ya que no sabía qué hacer, mal-

dijo y juró venganza. Del fondo más recóndito de su alma, el fiero ancestro aymara invocó los manes de sus antepasados, los Dioses tutelares y clamó desesperadamente castigo para los culpables, mientras una terrible tempestad azotaba furiosamente la población.—

Aunque en algunos momentos había delatado en las inflexiones de su voz cierta vehemencia, mi amigo que hasta entonces hablara con frases bien medidas, claras, precisas, al llegar a este punto de su impresionante relato, se detuvo ante mi asombrada expectativa. Luego volvió su rostro hacia mí y en desconcertante actitud me dijo:

—¿Quiere Ud. saber lo que esa noche sucedió?

—Sí... ya lo creo... —contesté.—

—Bueno... vaya, si gusta ahora mismo, al muelle y pregunte por Pedro Catari. Es un viejo balsero que desde hace cincuenta años realiza viajes nocturnos por el lago hasta Capachica. Si tiene Ud. suerte y lo encuentra y además consigue que lo conduzca a conocer la isla del diablo y logra también llevar un intérprete; acaso puede Ud. llegar a saber exactamente lo que aquella noche sucedió con los románticos amantes en fuga.

Sin esperar que le contestara, me alargó la mano para despedirse, al mismo tiempo que me decía:

—Le deseo buena suerte. Nos veremos más tarde en el club y allá trataremos el asunto que me trajo a visitarlo ahora. Hasta luego.

Y se marchó dejándome perplejo, poseído de una frenética curiosidad, haciendo la mar de conjeturas y pensando en lo complicado que resultaba llegar a conocer el final de aquella historia de amor y traición.

———:-:———

Sin poder contener mi curiosidad que iba en crescendo, decidí rápidamente seguir las indicaciones de don Emilio. Pe-

netré a mi habitación y me dispuse a salir. Mientras me arreglaba, repetía mentalmente, con una curiosa aunque explicable insistencia: Pedro Catari... isla del diablo... Pedro Catari... isla del Diablo...

Me dirigí resueltamente hacia el puerto. Había una esplendorosa mañana, bajo un tibio y brillante sol. Dominado por una desconocida inquietud y presa casi de una obsesión, me fuí calmando en el trayecto hasta que adquirí un pleno dominio de aquella situación que iba resultando de lo más sugestiva.

Me encontraba totalmente tranquilo cuando llegué al muelle. Sus grúas a vapor, los almacenes é instalaciones, una draga y un pequeño barco acoderado, ponían una nota petulante de civilización en la placidez del primitivo y casi salvaje panorama. Encaminé mis pasos a un costado del muelle, donde aparecían muchas de las típicas balsas de totora, unas junto a otras, apiñadas, flotando suavemente sobre las tranquilas aguas del lago. A la orilla se veía un gran número de indígenas con sus clásicas vestimentas oscuras, los hombres emponchados y con gruesas bufandas y las mujeres con largos mantos que las cubrían desde la cabeza. Hablaban animadamente en su primitivo idioma, el aymara y hacían transacciones comerciales con productos agrícolas, aves y peces lacustres.

Parándome en un sitio dominante, llamé en voz alta repetidas veces:

—Pedro Catari... Pedro Catari...

Parecía que nadie me hacía caso. Alguno volvió a mirarme indiferente. Después de un momento y luego que repetí el llamado en voz aún más alta, ví que de una balsa se alzaba un indio recio, de facciones angulosas. Saltó a tierra y se acercó a mí. Con gesto y mirada ladina, en un español mal hablado, me preguntó:

—¿Para qué busca Ud. señor a Pedro Catari?

—Quiero que me lleve a conocer la isla del diablo —contesté concretamente y sin vacilar.—
—El no vá nunca a la isla del diablo —repuso el indígena secamente—
—¿Y cómo lo sabes?
—Cómo no voy a saber — me contestó cachazudamente, sonriendo— si Pedro Catari es mi padre.

Estaba de suerte, no había duda. Reflexioné un momento y luego le propuse:
—¿Puedes venir tú con nosotros?
—Tal vez. . .
—Les pagaré bien.
—Eso es otra cosa.
—¿Y dónde está tu padre?
—Está durmiendo en su balsa.
—¿Puedes llamarlo?
—Lo voy a despertar y podemos ir ahora mismo.

Y así fué. A poco rato, luego de haber convenido el precio del viaje, Pedro Catari, un auténtico aymara, de rostro seco, curtido por el sol y el frío, enfundado en un largo poncho, con una gruesa bufanda al cuello, un chullo que le cubría toda la cabeza y parte de la cara y con un sombrero de lana de oveja, silencioso y sereno, mientras yo lo observaba con una atención tal vez exagerada y poco usual; hundía lentamente en el fondo de las aguas la "llocana", impulsando suavemente la balsa, en tanto que su hijo alistaba en la popa el remo que serviría de hélice a motor para el viaje.

El lago se mostraba terso y brillante. Apenas una leve brisa rizaba suavemente sus límpidas aguas, en las que aparecían movedizas estelas que dejaban las parejas de patos silvestres al nadar. A lo lejos, entre los verdes y amarillentos totorales, graznaban las chocas y las gallinetas y croaban extrañamente los sapos.

Después de un momento, mientras la frágil embarcación enfilaba hacia la isla del diablo, ya impulsada por el re-

mo, diestramente manejado en la popa por el hijo de Catari, no pude contener más mi curiosidad y pregunté:

—Dime Pedro... ¿qué sucedió cierta noche hace mucho tiempo acá en el lago, con unos viajeros que tú llevabas?

Intervino el hijo.

—Señor, mi padre no sabe hablar castellano.

—Pregúntale tú entonces —le contesté.—

Habló a su padre en aymara y luego me repuso:

—Dice que no le gusta hablar de eso.

Pensé en utilizar el infalible recurso. Extraje un par de monedas de plata y las hice tintinear. A su vista brillaron los ojillos de Catari y le dijo algo a su hijo. Este me tradujo:

—Dice que por excepción le vá a contar, pero que le pague Ud. por adelantado.

Alargué las monedas a Catari, que las tomó con avidez y las hizo desaparecer rápidamente entre las profundidades de su vestimenta. Luego, se entabló entre nosotros tres una singular y extraña conversación, mientras la balsa navegaba suavemente al impulso del vaivén del remo. Catari hablaba en aymara a su hijo y este me traducía en su pintoresco castellano, duro, con un constante repetir de vocablos, aunque lo suficientemente claro para comprender bien el relato de lo que sucedió en el lago, hace muchísimos años, con personas que aquel jamás supo quiénes fueron.

—Aquella noche —decía Catari traducido por su hijo— esperaba como de costumbre en su balsa pasajeros para trasladarlos al otro lado de la bahía, a Capachica. De pronto se presentó un caballero que le habló y lo contrató con la condición expresa de que sería el único pasajero. El aceptó, contento, previo ajuste del precio del viaje y convino en esperarlo. Ya llegada la noche, vino acompañado de una señora y ambos se embarcaron rápidamente y urgieron a Catari a partir. Este, recordaba que se mostró algo temeroso, porque antes de emprender el viaje y dirigir la mirada al Cancharani — un cerro cercano a la ciudad— para consultarle como de costumbre

sobre el tiempo, vió que por encima de él aparecían densas y oscuras masas de nubes.

Hay un inmemorial adagio puneño que dice:

Cancharani con montera.
llueve aunque Dios no quiera.

—Efectivamente —continuó Pedro, siempre traducido por su hijo— a poco de haber salido del muelle, todo el cielo se cubrió de grandes nubarrones, el viento comenzó a silbar y gruesas gotas de lluvia anunciaron la inminencia de una granizada. No tardó esta en presentarse con caracteres violentos, entre furiosas ráfagas de viento, deslumbrantes y continuas descargas eléctricas y un horrendo reventar de truenos. El viento arrastró impetuosamente, como una pluma, la frágil embarcación de Catari. Por más que hizo el indígena, no pudo gobernarla y el vendaval la desvió de su ruta hacia la isla del diablo. Chocó contra esta duramente y se volcó. La pareja de viajeros aterrorizada trató de ponerse a salvo y se refugió en el rocoso islote. Catari, dominado por un miedo inmenso, se abrazó a su volcada balsa que siguió siendo arrastrada por la furia del temporal y terminó por embarrancar toda maltrecha en los totorales cercanos. El indio recordaba que por nada del mundo habría abandonado su balsa y mucho menos quiso poner el pie en la pequeña isla. El sabía que allí habitaba el diablo. La tempestad desencadenada avanzó por encima del lago, entre ráfagas de viento, turbiones de lluvia y rachas de granizo. Los rayos comenzaron a caer como lenguas de fuego, uno tras otro, sobre la isla del diablo, mientras Catari abrazado a su balsa, presa de indecible terror, invocaba a todas las divinidades que le salvaran la vida.—

Entretanto, habíamos llegado a la misteriosa "isla del diablo" que por natural asociación de ideas me hacía recordar aquella otra tristemente famosa isla presidio del mismo nombre en la Guayana francesa y a la que en nada se parecía.

Interrumpido el relato, Catari con el gesto me invitó a bajar cuando la embargación tocó tierra. Bajé agilmente, de un salto. Era un islote rocoso de unos ochenta metros cuadrados, desolado y sin ninguna vegetación. Una masa informe de rocas blanquecinas, calcinadas y destrozadas ocupaba el centro. Se notaba a primera vista las hendeduras y fracturas producidas por el impacto de miles de rayos, al través de incalculables años. La idea inspiraba algo de temor. Levanté los ojos a lo alto y un cielo brillante, azul, purísimo, me llenó de confianza. Recorrí y dí la vuelta al islote con una extraña impresión.

Ya nuevamente cerca a la balsa, ví que Catari, parado, hablaba nerviosamente y me señalaba un lugar en el islote. Su hijo me tradujo lo que expresaba:

—Dice que allí, justo donde señala, al día siguiente muy de mañana, cuando después de dar grandes voces y que viniera en su auxilio una balsa de la isla Estévez, volvió acá en busca de sus pasajeros, los encontró muy juntos, abrazados y horriblemente quemados, achicharrados por los rayos durante la noche.—

Quedé terriblemente impresionado ante tan espeluznante desenlace. Me detuve largo rato, pensativo, con una dolorosa angustia, tratando de imaginar la horripilante escena. Aquellas horas pavorosas, el indecible terror de aquellos amantes abrazados, muy juntos, temblando de espanto y de frío, ateridos, pegados a la tierra, mientras del cielo descendían una tras otra cual cintas de fuego las centellas, zigzagueantes, cárdenas, lívidas, rojas, como endemoniadas sierpes, con enceguecedor resplandor y horrísono reventar, vengadoras, buscando sus frágiles cuerpos... hasta que los encontraron una y otra vez...

Salté nuevamente a la balsa. Hice una señal y Catari y su hijo, silenciosos, dieron vuelta a la embarcación y enrumbaron hacia el puerto de regreso, mientras en mi cere-

bro danzaba y se fijaba aquella inconcebible tragedia y en mi alma quedaba grabada una amarga y dolorosa impresión.

Ya momentos después, sereno, en medio de la placidez y grandeza del paisaje, recostado en una típica embarcación lacustre de totora, navegando suavemente sobre aquellas hermosas aguas que iban tomando un extraño color cobalto; algo intraducible, algo que no sabría decir qué fué, tal vez una profunda fuerza intuitiva, me impulsó a imaginar que uno de los protagonistas de aquella dolorosa historia de amor y traición, conforme la calificara él mismo, había sido mi buen amigo don Emilio.

———:-:———

EL RAPTO DE FLOR DE LUNA

EL RAPTO DE FLOR DE LUNA

La Meseta del Titicaca, aparte de su impresionante belleza cósmica, tiene un fuerte sabor evocativo, además de la inmensa gama legendaria que sugieren y hay en todas sus cosas. No sólo que allá todo está saturado de Historia y el pasado surge a cada momento, sino que el ambiente parece emanar leyenda y mito. En el extenso y misterioso lago, en el fondo de sus frías y transparentes aguas, en sus islas y ensenadas, en los totorales y en los cerros y roquedales que lo rodean, en los ríos que lo alimentan, en las amplias planicies y en las macizas montañas, parece morar todo un mundo mítico y fabuloso que excita la imaginación, conmueve el espíritu y a veces transporta a lejanísimas épocas y mundos de fantasía.

Es por esto que, después de haber conocido aquel extraño islote llamado "isla del diablo", luego que cierto amigo puneño me relatara una dramática historia; pensaba que el inquietante nombre de tal islote acaso arrancaría en alguna remota leyenda.

En la época a que hago alusión, el pequeño y desolado islote aparecía a una escasa milla del puerto de Puno y entonces el lago ofrecía un aspecto diferente al de hoy. A sus orillas existían espesos totorales y eran notables los llamados de "Ccapi", de enorme extensión y cruzados por largos y laberínticos canales naturales. Entre ellos habitaban en islotes artificiales, especie de palafitos fabricados con haces de totora, familias de primitivos "Uros". Hoy, el panorama es otro. Los totorales han desaparecido. Un extraordinario des-

censo de las aguas los ha secado y el islote de nuestro cuento ahora forma parte de la tierra firme.

———:-:———

Una feliz circunstancia confirmó mis suposiciones, haciendo que llegara hasta mí, con intervención de ese mi buen amigo puneño Don Emilio, una hermosa leyenda aymara que se relaciona con aquel islote y en la que acaso podíamos encontrar el remoto origen o razón del extraño é intrigante nombre.

En un pequeño corredor, a la puerta de una vivienda rústica asentada en el flanco de una colina nombrada Orcopata, muy cerca a la ciudad de Puno, oí de boca de un singular personaje de muy difícil descripción, la sugestiva leyenda a la que él mismo tituló "El rapto de flor de Luna". En un tono evocativo, en el que había una buena dósis de fruición y goce íntimo, nuestro narrador nos decía, sentados a la puerta de su vivienda, mientras transcurría una serena y apacible tarde plena de sol:

—En la época a que se refiere lo que les voy a relatar, era yo muy joven y alegre é inquieto en grado proporcional a mi juventud. Amaba como hoy mi tierra y todas sus cosas y en especial este hermoso lago que estamos viendo. Tentaba mi espíritu aventurero y con frecuencia hacía excursiones y viajes por él. Muy en particular por esa especie de inmensa jungla salvaje, preñada de un misterioso hechizo y de un indescriptible encanto que son los totorales de Ccapi. Cierta noche, rebosante de Luna, tomé una balsa en compañía de dos amigos y nos dirigimos hacia esos hermosos canales que hay en el totoral nombrado. Allá, las noches de luna tienen una fascinación indecible, comunican una honda y delicada emoción y producen tal sensación de encantamiento que las palabras no pueden expresar. Las notas de una guitarra que uno de mis amigos pulsaba y el

contenido de una botella que el otro destapó agudizaron nuestra sensibilidad. La majestad de la noche y la belleza imponente del paisaje poco después callaron la guitarra. Silenciosos, con recogimiento, nos íbamos deslizando sobre las tranquilas y reverberantes aguas en aquellas frágil embarcación. Pronto estuvimos en el "callejón" o canal principal. La noche estaba serena y quieta. Sólo por momentos una leve brisa movía ligeramente los totorales que se alzaban como altos muros a ambos lados. El suave rozar de las largas hojas producía un extraño murmurar. La luna rielaba las cristalinas aguas y el fondo de ellas aparecía cubierto por un tapiz de plantas verdes. Se oían el graznar de las chocas y gallinetas y el áspero croar de los sapos y uno que otro chapoteo de algún pato silvestre que se zambullía. Todo tenía un recóndito dejo de misterio y un toque sutil de grandeza. Por momentos parecía en suspenso y había una honda sensación de quietud. Creeríase haberse detenido la vida, el tiempo no tenía significado y las cosas y los hombres se diluían en el plácido encanto del ambiente y en la cósmica grandeza del panorama. De pronto, observé no muy lejos una azulada columna de humo. Pregunté a nuestro balsero que significaba. Me contestó que posiblemente era que un viejo "laika" —(brujo)[1]— estaría "quemándole" a la Luna. La respuesta me intrigó y volví a preguntarle si conocía el lugar y podía conducirnos hasta él. Respondió que sí y entonces le indiqué que allá nos llevara. A poco nos desviamos del canal grande y tomamos uno lateral más estrecho. Luego de avanzar unos quinientos metros, el canal se ensanchó bruscamente y apareció un gran espacio libre en cuyo centro había un islote artificial, encima del que se había construído una rústica cabaña de palos y totora. A la puerta de ella ardía una fogata de la que se elevaba la azulina columna de humo. Junto al fuego estaba un hombre parado, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud hierática y con el rostro levantado hacia el cielo en donde aparecía en toda su plenitud el disco bri-

llante de la luna. Cuando el balsero le saludó, volvió de su ensimismamiento sin demostrar asombro ni extrañeza, contestó el saludo y nos invitó a bajar y gozar del fuego. La noche estaba intensamente fría y la invitación nos tentó. Un hermoso fuego ardía en un brasero de barro cocido, alimentado por gruesos troncos. Bajamos y nos sentamos en cuclillas al rededor de la hoguera. Servimos de la botella y convidamos al laika. Bebió ceremonioso, luego de arrojar al aire con la punta de los dedos algunas gotas en silencioso homenaje a alguna deidad. Comprendí que su actitud era amistosa. Mantenía una serena dignidad y en su rostro enjuto había un gesto suave é impasible. Movido por la curiosidad, luego de haberle convidado una nueva copa de licor, le pregunté si el fuego tenía en aquella noche algún significado y si podía decirnos qué hacía él en una actitud poco usual. La respuesta fué tan extraña que ante ella traté de situarme plenamente en la realidad. Entonces me dí exacta cuenta de que lo que estaba sucediendo era tan insólito, que no había duda que me encontraba viviendo una extraordinaria aventura. Con voz suave y en tono solemne, con palabras escogidas, me dijo:

"—Recordaba que una noche como esta fué el rapto de "Riksa Pankara" —(Flor de Luna)[2]— y el fuego que arde es un homenaje a la "Mama Quilla" —(Madre Luna)[3]— que mis antepasados me enseñaron debía hacerle cuando como ahora se muestra en toda su belleza.—"

Impresionados con aquellas palabras callamos y nos sentimos actores también de aquel ritual. En la plácida noche había una quietud solemne y en aquel ambiente sólo turbado por el graznar de las aves, sentí algo hondo é intraducible, mientras los leños chisporroteaban y los hombres parecian sumergidos en un asombroso recogimiento. Percibía algo así como una emotiva grandeza en aquel momento y el laika apareció como rodeado de un enigmático halo. Inspiraba reverencia y respeto. Me pareció que escapaba a todas las for-

mas y niveles conocidos de lo humano. Oscilaba como suspendido entre la realidad y la fantasía y hubo un momento en que creí estar asistiendo a un remoto ceremonial, resucitado por un raro prodigio. Mi curiosidad excitada por su respuesta, me impulsó a decirle:

"—¿Y nos podrías contar quién era Flor de Luna y cómo fué su rapto?.—"

La contestación fué simple:

"—Sí... ya lo creo. Escúchenla.—"

Y en aquel lejano paraje, dentro de un fascinante ambiente y en una solemne y misteriosa noche de luna, de labios de un extraordinario personaje, capaz de haber sido creado por la más encendida imaginación, que parecía poseído de un sortilegio o en un indescifrable estado de trance o embriaguez; escuchamos, en hermosas frases llenas de desconocidos é intraducibles giros, esta narración:

"—Flor de Luna, bella entre las bellas, pura como las blancas y eternas nieves de las más altas cumbres del Sorata, hija de un poderoso y noble Curaca, descendiente de los más antiguos señores de los Lupacas, que habitaran al pie del legendario Capía, en la comarca de los Chucuitos; había sido ofrecida al Padre Sol y estaba en la Casa de las Escogidas en el Gran Templo de la Isla Titicaca. Allí dedicaría su vida al servicio del Pacha-cámac o acaso alguna vez un noble Inca la desposaría. Ya se acercaba el Gran Raymi. Todos los Curacas y sus más nobles parientes, los grandes Capitanes y los más famosos Guerreros se aprestaban a concurrir a la solemne Fiesta en la Isla. Se alistaban las armas y las enseñas, se escogían las ofrendas y los presentes, se afinaban los instrumentos musicales, ensayaban las comparsas y se construían y engalanaban nuevas balsas. En el Gran Templo, también se hacían los preparativos. Las Escogidas disponían lo necesario para el pan y la chicha ritual y el Sumo Sacerdote ordenaba los vasos sagrados y el altar para los sacrificios... Pronto, innumerables balsas cruzaron el lago hacia la Isla,

conduciendo a los Curacas con sus séquitos, portando las ofrendas y los presentes, para asistir al Gran Raymi. Los Canas y los Ayahuires, los Collas y los Chucuitos, desde Pucará Huancané y el Desaguadero, de Tiahuanacu y Chayanta; traían lo mejor y lo más valioso para el Padre Sol y sus Escogidas. Maíz y papas, ocas y ollucos, quinua y cañihua, moraya y chuño, perdices, quibios y vizcachas, charqui de taruca y llama, tejidos y fina lana de vicuñas, sabrosos frutos de Cochabamba y las Yungas, vajilla y objetos de oro y plata de Potosí y esmeraldas del valle del Chuquiapu... El Raymi se inició solemnemente, con el mismo ceremonial que se realizaba en el lejano Haucaypata, en la sagrada ciudad del Cosco. Cuando ese día apareció el Padre Sol por encima de las cumbres del horizonte, fué saludado y reverenciado por una inmensa muchedumbre en cuclillas en la amplia explanada delante del Gran Templo. En seguida, el Sumo Sacerdote bebió con el Sol la chicha en los vasos sagrados y convidó a beber a los Curacas. Luego se depositaron las ofrendas y se repartieron los presentes, se encendió el fuego sagrado y se hicieron los sacrificios. Los adivinos escrutaron el porvenir en las entrañas de la llama negra. Después, todos tomaron del pan ritual y se entregaron al regocijo y la alegría y se convidaron de beber y comer... Entre los concurrentes al Raymi, en el séquito del más poderoso Curaca de los Collas, el llamado Jatun Colla —(Colla Grande)[4]— había acudido un famoso guerrero. Era fuerte, valiente y audaz. No obstante, en el fondo de su alma era ambicioso y había un incontenible orgullo que le causaba pesar y tristeza, pues no quería resignarse a su condición de vasallo ni a no poder participar de las fiestas y regocijos junto a los nobles. Vagaba por las noches solitario y melancólico, mientras en el Templo se realizaban los ritos, danzaban las comparsas de disfrazados y los convites continuaban... Una noche brillaba la Luna como ahora, esparciendo una suave claridad y reflejándose en temblorosos cabrilleos en las aguas del Lago sa-

grado. Todo era paz y recogimiento. La Isla dormía silenciosa después de la celebración del día y el Gran Templo mostraba su sólida y hermosa arquitectura y sus macizos muros junto a la Casa de las Escogidas. Sin embargo, allí en esa Casa, alguien velaba confiada entre sus protectores muros. Y soñaba bellos sueños, mientras su corazón latía al impulso de delicados anhelos. Flor de Luna, contemplaba la noche blanquecina y rendía homenaje a la Mama Quilla en uno de los extensos patios. El guerrero colla, aquella noche caminaba también meditando en lo que juzgaba su injusto destino. Como atraído por un oculto poder dirigió sus pasos hacia el Gran Templo. Ya junto a la Casa de las Escogidas, sintió que algo superior a sus fuerzas, algo por encima de sus creencias, una especie de insana y terrible curiosidad, lo lanzaba a escalar en inexplicable impulso los muros que la protegían. Y cuando dominó la alta valla, lo que vieron sus ojos lo dejaron atónito. Mudo de asombro y admiración contempló a la luz de la luna una doncella, la más hermosa que sus ojos nunca vieran: Flor de Luna. Dió un vuelco su corazón y súbitamente se sintió poseído por un ardiente amor. Su alma indómita de guerrero y su altivez colla, vibraron de pasión por la bella "Aclla" —(Escogida)[5]— y todos sus anhelos se resumieron en un inmenso deseo: llevar consigo hacia su lejana cabaña, oculta entre agrestes peñolerías en la región de los Cutimbos, a la hermosa doncella. Su razón ofuscada y su mente turbada por la fuerza de aquel repentino amor, no le permitieron pensar, calcular, ni medir lo monstruoso é imposible de sus deseos y la magnitud de su quimérica empresa. Y es entonces que, en un osado y temerario arranque, atravesó sacrílego los muros prohibidos, profanando con su presencia aquel sagrado lugar, y se acercó a Flor de Luna. El silencio de la noche se hizo más hondo y la bella Escogida tembló, muda de espanto, a la vista del guerrero colla. Intentó huir, pero quedó paralizada como por oculto mandato. Y poco a poco, tal si fuera por arte de extraño

sortilegio o maravilloso hechizo y como si estuviera presa de un sueño o alucinación, ante la varonil figura, el vigor y la fortaleza de aquel apuesto y soberbio guerrero, su corazón latió aceleradamente, su alma se sobrecogió asombrada, huyó el temor y se sintió invadida de una suave y dulce emoción, también herida por súbito y violento amor. Cuando el mozo, en irrefrenable impulso, se acercó a ella y le tomó de la mano, Flor de Luna ante aquel contacto que hacía latir violento su corazón, habló y le dijo:

—¿Quién eres desconocido guerrero, que vienes a turbar la paz de mi vida y a hollar este sagrado recinto?

—¿Y tú, quién eres hermosa y pura doncella, que apareces ante mí de tan extraña manera y haces agitar mi pecho en ansia incontenible y arder mis venas con fuego desconocido? —repuso vehemente el guerrero.—

—¿No sabes que la muerte aguarda a quién como tú osara profanar este sagrado lugar y fijara su mirada en las Escogidas del Sol? —tornó a decir Flor de Luna.—

—¡Oh, bella y dulce Aclla, mil muertes soportaría después de haber conocido la dicha de contemplar tus encantos bajo la apacible luz de nuestra Madre Luna!

—¿Por qué no huyes antes de que alguien descubra tu osadía y te condenen al suplicio?

—No huiré de acá sino contigo, hermosa Aclla. Te llevaré lejos y te guardaré en mi cabaña. Mi poderoso brazo te defenderá y cuidará de miradas extrañas y nuestra dicha verá pasar impasible los días y las noches.

—Huye... huye desconocido y temerario guerrero, antes de que flaqueen mis fuerzas y quebrante mis votos y me haga acreedora de la muerte como tú.

—Vendrás tú conmigo...

Y el guerrero enlazó por el talle con el vigoroso brazo a la bella y delicada Aclla y esta siguió al guerrero y juntos traspusieron los altos muros y huyeron de la sagrada Casa de las Escogidas del Sol... Estremecióse el Universo, tem-

blaron la Tierra y el Cielo, la Naturaleza enmudeció y los Dioses Tutelares y los poderosos Apus quedaron espantados ante tan monstruoso acontecer. Sólo la Luna, madre de los enamorados sonrió complacida y lanzó sus rayos más brillantes y trató de protegerles. El guerrero condujo a Flor de Luna hasta su balsa y luego la empujó aguas adentro, mientras la hermosa Aclla, arrobada, casi sin conciencia, parecía estar viviendo un maravilloso sueño. Alzó la vela, pero el viento se negó a ayudarlos y el aire permaneció inmóvil. Entonces tomó el remo y lo batió resuelto y animoso, con la mente fija en su cabaña, allá lejos en la región de los Cutimbos. . . Al amanecer, la espaciosa explanada del Gran Templo en la Isla presentaba un impresionante aspecto. Precedidos por el Sumo Sacerdote, se habían reunido todos los Curacas y sus séquitos, los Grandes Capitanes y los Guerreros más famosos. Anoticiados de la desaparición de la hermosa Aclla y también del más apuesto guerrero de la guardia del Jatun Colla, esperaban recogidos y silenciosos que el Padre Sol se mostrara para implorarle ayuda y justicia. Sólo El, con su infinito poder, podría conocer la verdad y ponerle remedio. Los hombres estaban anonadados. Y apenas el Padre Sol asomó sus primeros rayos por detrás de las altas cumbres del lejano horizonte, inundando con su dorada luz el Lago sagrado; todos se postraron de hinojos y prorrumpieron en palabras de alabanza é hicieron ademanes de homenaje. Tañeron las zampoñas, sonaron los pututos y redoblaron las tinyas. El Sumo Sacerdote ofreció la chicha en los vasos sagrados y sacrificó en el altar una tierna llama negra. Luego invocó la Omnipotente intervención ante el inexplicable suceso. Y el Cielo y la Tierra, los Dioses Tutelares y los Poderosos Apus, quedaron en suspenso pendientes del fallo de la voluntad divina. . . Mientras tanto, el guerrero colla, acaso aún ignorante de su enorme culpa, extasiado ante la presencia de Flor de Luna, que se había quedado dormida ya bajo la pálida luz del amanecer, seguía remando incansable y desesperadamen-

te. La Mama Quilla se había escondido detrás del Cancharani y las avecillas del lago dentro de los totorales anunciaban el nuevo día con delicados gorjeos. Ya la balsa había salido del gran canal y se acercaba a las playas de Puno, que se divisaban no muy lejos. Fué en tal momento que cuando el Padre Sol surgió por detrás de las lejanas cumbres de Capachica, sus rayos descubrieron la embarcación y a Flor de Luna, su Aclla preferida y el guerrero colla en su huída. Su infinita sabiduría comprendió lo que había sucedido. Y la cólera divina no tuvo límites. Fué inconmensurable. Todas sus leyes habían sido desobedecidas, su culto estaba ultrajado y el orden y las normas de vida entre los hombres estaban rotos. Sólo la intervención del maldito "Supay" —(diablo)[6]— habría sido capaz de inducir a tal acción. No habría piedad, pero tampoco los hombres debían saber lo que había sucedido. Que el misterio y el olvido cubrieran para siempre aquel delito. Y es entonces que los Omnipotentes rayos del Padre Sol, símbolos de poder y sabiduría, portadores de la Vida, aquella vez iracundos, fulguraron y convirtieron la balsa en un islote y los cuerpos de los enamorados en dos informes rocas sobre él. Y su voluntad dispuso que cada vez que el fuego de los Cielos se derramara sobre la Tierra, cayera copioso sobre aquellas rocas y aquel islote, para purificarlos... Es por eso, que desde aquella vez en los grises días o en las lóbregas noches de tempestad, cuando el rayo rasga el espacio en sierpes de fuego, cae una y otra vez, incansable, sobre la pequeña isla en la que yacen destrozadas y calcinadas las rocas en que fueron convertidos los cuerpos de Flor de Luna y el bravo é insensato guerrero colla, cuyo nombre ha sido olvidado por mandato divino.

---

1 — 3 — 4 — 5 — 6. Quechua.
2. Aymara.

——:-:——

CELOS

CELOS

El cementerio de aquel pintoresco pueblo serrano, al que cierto amigo, de alma sutil y delicada, me condujera aquella alegre y espléndida mañana de sol; era, bien puedo decir, un modelo en su encantadora rusticidad, en su enternecedora humildad y tal vez en su bella y suave tristeza.

—Quiero mostrarle —me dijo— algo muy interesante y relatarle una extraña historia, si es que tiene ánimo y disposición para acompañarme en un pequeño paseo.—

Mi permanente inquietud en pos de emociones, captando trozos de vida y observando el ambiente, se puso en guardia. Proposición más tentadora y sugestiva no podían haberme hecho. Disponía de tiempo, por lo que me preparé de inmediato a aceptar la invitación, pero antes pregunté:

—¿Y puedo saber hacia dónde será el pequeño paseo?.—

—Sí... Y no le extrañe. Es el cementerio, al que voy con frecuencia. Vagas sensaciones y un especial estado de ánimo, difícil de explicar, pero de sencilla interpretación, hacen que sea para mí un lugar favorito. ¿Me comprende?.—

—Sí... por supuesto...—

—Entonces estarían demás mayores explicaciones. ¿Vamos?—

Nos pusimos en camino, bajo un cielo intensamente azul y un espléndido y tibio sol, mientras se desplegaba a nuestros ojos un hermoso y multicolor panorama andino. En tanto, mi amigo me hacía un emocionado elogio de la belleza de la región y me describía el paisaje haciendo sutiles observaciones, con palabra certera y expresiva. Era un magnífico conversador, un poco soñador y no menos romántico. Tal vez en esta forma daba más atractivo a su charla. Me

producía una definida impresión de que en el fondo de él se agitaba, ansioso por mostrarse, un delicado poeta. Acaso en verdad lo era.

—En la sierra —me decía entre otras cosas— el hombre vive en contacto íntimo con la naturaleza, forma parte de ella, de su belleza y trascendencia y a veces también de su rudeza. Por eso, el serrano posee una fuerte contextura espiritual. Aguda sensibilidad, profunda emotividad y violentas pasiones. Tiene el alma hecha, preparada para las emociones más delicadas y es capaz de percibir la belleza que emana y hay en las cosas más simples a su rededor, así como es susceptible de agitarse al estímulo de impetuosas pasiones.—

———:-:———

Llegamos al cementerio. Un humilde cementerio pueblerino. Una pared no muy alta, de adobes carcomidos por el viento y la lluvia, cubierta de tejas musgosas de arcilla, lo encerraba. Por encima de la pared aparecían, como decoración obligada, unos cuantos añosos sauces llorones.

Penetramos a su interior por un portalón de verja de madera. No había nadie. Unas tortolillas silvestres que picoteaban por el suelo, levantaron el vuelo con bullicioso batir de alas.

Rústicos túmulos de adobe y piedra, con cruces de madera descoloridas y coronas de flores secas, señalaban las tumbas en el suelo. A un costado, aparecían hileras de nichos, unos sobre otros, de cal y piedra. Allá nos encaminamos. Yo, ya con la espina de la curiosidad, pensando en lo que me mostraría mi amigo.

Lápidas de mármol. Algunas tras una rejilla de fierro. Otras pintadas sobre planchas de zinc. Todas decoradas con motivos religiosos y sentimentales. Y nombres, nombres y fechas con dedicatorias o frases alusivas a las virtudes y posición en la vida de los difuntos, perennizando el lapso de exis-

tencia de hombres y mujeres. Nació el... y murió el... Todos con el inevitable Q.E.P.D. ó Q.D.D.G.

No sabría expresar bien por qué en aquel momento como en otros similares, me pareció que flotaba en el ambiente algo de solemne y amargo. Una sensación de acabamiento é inutilidad, de pesadumbre. Los cementerios producen una especial é intraducible emoción. Algo así como una leve angustia para convertirse en una paz y serenidad profundas. Esa suave paz que el alma vá buscando, continua y ansiosamente, al través de la dura batalla de la vida. Allí es donde uno cree percibir esa vaga sensación, ese imposible con el que tal vez nunca deje de soñar la Humanidad. Allí parece que el tiempo se hubiera detenido en su inexorable carrera. Hay algo así como una convicción de Eternidad. Allí los seres ya no son. Ya dejaron de ser. Pero, sin embargo siguen siendo algo, seguirán siéndolo eternamente. Un recuerdo o una sombra, perdidos en la inmensidad del Tiempo. A veces una inscripción con un nombre y una fecha, que indican su paso fugaz por el mundo, marcan el final de algo transitorio, nada más.

Es por esto, tal vez y por muchas otras sutiles razones muy difíciles de expresar, interpretar o analizar, que parece que los cementerios tienen cierto atractivo irresistible para algunos seres. Hacen de ellos lugar favorito de paseo cotidiano, predilecto, para reflexionar o soñar. Muy en especial, cuando vientos y tempestades los zarandean. Acaso atormentados que buscan, vanamente en la mayoría de los casos, paz para sus vidas. Tal vez encuentran allí o consiguen, que ese soplo de calma inmutable que emana o trasunta el ambiente, pleno de serenidad y olvido, les dá valor para seguir la lucha, muchas veces inútil de la existencia.

A una señal de mi amigo, nos detuvimos frente a un nicho, al parecer muy antiguo y descuidado. Acaso ya no existía nadie que se ocupara de él. Tenía el vidrio de la lápida

roto y el mármol polvoriento y descolorido. Un nombre de mujer y una fecha casi ilegibles. No sabría recordarlos.

Algo me llamó la atención, cosa que mi acompañante hizo resaltar al decirme:

—Ahí está lo que quería mostrarle —y me señalaba con un dedo tres pequeñas perforaciones que habían roto el mármol de la lápida—. Esos agujeros, son el impacto de tres balazos con los que podemos suponer se quiso matar un muerto.

—Algo terrible —dije impresionado.—

—Por cierto.

—¿Conoce Ud. la historia? ¿Es la que me ofreció relatar?

—Sí. ¿Quiere Ud. oirla?

—La estoy esperando.

—Es la historia de un matrimonio. La esposa cuyos restos reposan tras esa lápida, murió estando ausente el marido, quien hacía frecuentes viajes a la Capital, donde permanecía largas temporadas. Cuando él volvió, ya hacía tiempo que la habían sepultado. Llegó y al día siguiente visitó la tumba. Extrajo del bolsillo un revólver y descerrajó tres tiros sobre ella. Después desapareció y no ha vuelto más por acá. Ahí, desde entonces, están los impactos.

Quedé largamente callado. No encontré palabras que pudieran expresar la impresión que me causara tan extraña historia. Después de un momento, exclamé, como hablando conmigo mismo:

—Dramático...

—Sí, —contestó mi amigo— de una dramaticidad escalofriante.

—¿Y los motivos?

—Dejo a su imaginación que trate de hallarlos.

—Difícil...

—Le completaré la historia cuando lleguemos de vuelta al hotel.

—¿Entonces, qué le parece si volvemos?

—Cuando guste.

Y mientras, de regreso, mi amigo me relataba menudos sucesos y costumbres lugareños, fuí pensando en el singular drama al que acababa de asomarme, tratando de desentrañar los motivos y circunstancias que habían impulsado a aquel marido para balear la reciente tumba de su esposa. Fuí dando vueltas en mi cabeza al asunto, sin prestar la debida atención a la entusiasta conversación de mi amigo. Es evidente —pensaba yo— que tenía que ser un violento gesto de venganza. No podía ser otra cosa. ¿Pero, por qué? ¿Qué descubrió aquel marido mientras estuvo ausente, o qué supo a su retorno, ya muerta su esposa, que lo impulsó a tan terrible acto?.

Por fin llegamos de vuelta al hotel en que me encontraba alojado. Invité a mi amigo a tomar un aperitivo, en tanto descansábamos de la larga caminata y también, mientras conforme a lo prometido, me completaba el relato. Pasamos al bar, nos sentamos y pedimos dos pisco-sour. Tuve que explicar al mozo la forma de prepararlo. A poco volvió este con la bebida. Después del primer trago y mientras encendíamos un cigarrillo, mi amigo me dijo:

—Supongo que está Ud. impaciente por conocer el final de la tumba baleada.

Mientras sus últimas palabras parecía que me sugerían un posible título para el relato que ya me proponía escribir, contesté:

—Sí, por supuesto. Sobre todo tengo gran curiosidad por conocer los motivos que impulsaron al marido para disparar su revólver sobre la reciente tumba de su esposa.

—¿No ha tejido Ud. alguna posible versión, o elaborado una teoría sobre el motivo que pudo haber tenido aquel marido para hacer lo que hizo?

—Pienso que tal vez un fuerte estado de celos haya sido el impulso, que pudo haberse descargado en esa forma un poco tardíamente. Quizás a su vuelta descubrió que la mujer

no había sido leal con él. Pudo haber encontrado unas cartas o alguna otra prueba delatora y entonces...

Mi amigo sonrió cuando callé esperando sus palabras, y moviendo la cabeza, me dijo:

—¿De modo que Ud. cree que aquellos balazos, en aquella tumba, fueron resultado de un fuerte proceso pasional de celos?

—Es lo que se me ha ocurrido como lo más probable.

—Bueno. Ha acertado Ud. en parte. Efectivamente, aquellos balazos fueron originados por un proceso de celos. Pero no en la forma casi romántica, diremos la usual, que se le ha ocurrido a Ud. imaginar, sino un poco diferente, tal vez algo prosaica.

Mi amigo, que parecía empeñado en darle carácter a su relato, hizo una pausa.

—¿Cómo fué? —le apremié.—

—No hubo tal marido engañado y celoso —contestó marcando las palabras.— Hubo una esposa engañada. El marido, posiblemente un aventurero, había llegado a la región de no sabemos donde y por qué circunstancias. Ella, la esposa, ya algo madura, mucho mayor que él y muy poco agraciada, era única heredera de valiosos bienes, haciendas y estancias, una fortuna. El matrimonio se realizó sin base verdadera. Por interés de parte de él. Los primeros años, las cosas marcharon más o menos bien. No tuvieron hijos. El, que actuaba con cálculo, logró conseguir que su mujer hiciera un testamento a su favor, designándolo heredero de todos sus bienes. Pero,... pronto apareció el desliz. Los frecuentes viajes que hacía a la Capital, con diversos pretextos, dieron lugar a que la esposa entrara en sospechas. No sabemos por qué medios, logró ésta descubrir que eran para reunirse allá con otra mujer, su amante. La esposa calló, se dió perfecta cuenta de la situación y vió todo claro. Ahogó dolorosamente su decepción, pero planeó su venganza, pensando que lo probable era que ella moriría antes que él. Posiblemente lo

intuyó, porque así sucedió, acaso más pronto de lo que esperaba.

Mientras estaba ausente el marido, en uno de sus acostumbrados viajes a Lima, la esposa murió víctima de una violenta tifus.

Cuando el hombre volvió, suponemos lleno de entusiasmo, con la sensación de haber resuelto su difícil vida y solucionado todos sus problemas una vez liberado de aquel ingrato matrimonio, a la vez que ansioso por recoger la herencia que le dejera su mujer; se encontró con la más grande sorpresa de su existencia. En su ausencia, la esposa después de revocar el testamento hecho a favor de su marido, había extendido otro nuevo, por el cual toda su fortuna pasaba a incrementar los recursos de cierta Institución religiosa de caridad y beneficencia.

—......

—¿Se dá Ud. cuenta lo que pudo haber sentido aquel marido, cuando a su vuelta se enteró de tal cosa?

—......

Mi amigo, concluyó el relato sonriendo con cierta ironía, mientras levantaba lentamente su copa, cuyo contenido apuró después:

—Debemos suponer que la reacción de su despecho y odio fueron aquellos tres balazos sobre la tumba de la esposa.

———:-:———

LA PECADORA

LA PECADORA

El encuentro con aquel viejo amigo, en uno de los portales de aquella hermosa plaza, me causó una grata impresión. No sé si influyó en esto también mi estado de ánimo, que era muy bueno en esa alegre mañana, plena de sol, brillante, con un aire suave y transparente.

Nuestro abrazo tuvo esa efusión franca, plena de entusiasmo, con que los provincianos expresan sus afectos. Nos veíamos después de muchos años y apesar de ello, comprendí que los vínculos que nos unieran en lejanos días, subsistían intactos. Habíamos pasado juntos horas de juventud de sabor inolvidable.

Me invitó a almozar a su hotel, también él como yo, estaba de paso. Acepté con placer, prometiéndome unas horas de amena charla, llena de reminiscencias y evocaciones. Mi amigo era un magnífico conversador y tendría mucho que contar de sus años de ausencia.

Llegamos al hotel, nos dirigimos al bar y pedimos un coctel. Vinieron luego las consabidas preguntas sobre nuestra vida, nuestros familiares y negocios. Cada uno exageró un poco sus éxitos y ocultó sus tropiezos y fracasos. Comprendí que la vida había prodigado equitativamente a ambos, su dosis conveniente de placer y dolor.

Terminamos el coctel y pedimos otro. Encendimos un cigarrillo.

De pronto, luego de un breve silencio en que ví a mi amigo reconcentrarse en forma algo extraña, me interrogó sorpresivamente:

—¿Recuerdas a Yolanda Morales? —me preguntó.—

Confieso que soy certero y de una memoría extraordinaria para recordar hechos y rostros, lugares, nombres y apellidos. Aquel nombre me sonó algo conocido, pero no pude precisar el recuerdo esta vez. Escapaba de mi memoria.

—Me parece conocer el nombre, pero no puedo concretar el recuerdo —contesté— ¿Quién es?

—No recuerdas que la conocimos juntos, hace muchos años, muy jóvenes, en una noche alegre? —aclaró mi amigo.—

—No sería cuando por primera vez, como humorada o curiosidad, después de un menudeo de copas, fuimos a cierto lugar de diversión de dudosa categoría?

—Justamente. Entonces, en un sórdido mercado del amor, la conocimos. Había llegado allí no sabemos por qué intrincado proceso, lanzada por el destino y ejercía su mezquina profesión, al parecer resignada.

—No era una morena alta, de ojos profundos, muy bien formada, alegre y atractiva?

—Sí, con un atractivo que bien se podía calificar de diabólico. Tremendamente femenina, era uno de esos tipos capaces de despertar las pasiones más violentas. Y sin embargo de eso, le tocó vivir una trayectoria dolorosa y desconcertante. . .

—Veo que has guardado un vivo y especial recuerdo de ella.

Mi amigo no hizo caso ni recogió la observación. Continuó:

—Yolanda era una de tantas. Uno de esos innumerables seres precipitados en un camino de abyección, lanzados por azares indescifrables y perdidos en un torbellino de vicio y flaquezas, dentro de una vida sin base de sustentación, sentido, ni orientación.

—Víctimas de taras dolorosas, sin mentalidad ni cultura para poder enfrentarse a sus instintos primarios y tal vez obligados a seguir ese camino como el único posible para dar solución a sus problemas en la dura y desigual lucha por la vida. —agregué continuando el hilo del pensamiento de mi amigo.—

—Por lo menos —agregó este— como la solución más fácil a sus problemas económicos. Bien sabemos que la mujer sola, de cierta condición social, por estos lares, no tiene ahora y menos tenía antes oportunidades ni educación suficientes para afrontar la existencia con dignidad. En algunos casos, la fuerza de las circunstancias no les brinda otra alternativa.
—Es una de las grandes lacras de la Humanidad !...
—Al parecer inevitable.
—Así parece, por lo menos hasta ahora. Pero ... por qué me has hablado de Yolanda Morales? —dije, reaccionando después de haberme dejado arrastrar por la charla y el tema, ya que aquella mujer era uno de esos insignificantes seres, se puede decir, con quienes se tropieza una sola vez y cuyo recuerdo apenas queda grabado en la mente.—
—Mira— me contestó, mostrándo un diario que llevaba en la mano —acá hay algo con respecto a ella. Y como yo, por circunstancias especiales, llegué a conocer una parte de su vida, con este motivo la he recordado y evocado, no sabría explicarte bien por qué, con cierta emoción.
—Ahora me explico. Comprendo...
—Vamos al comedor, qué te parece? Mientras almorzamos te relataré lo que sé de ella y después verás lo que he encontrado en el diario.
—Estoy a tus órdenes.

Concluímos nuestras copas y nos dirigimos al comedor.

Mientras almorzábamos ... mejor diré mientras yo almorzaba, dicho sea de paso con magnífico apetito —una buena cazuela de cordero, sabrosos camarones con mayonesa, tierna y blanca pechuga de pollo con lechugas y una tajada de melón— ya que mi anfitrión, que me parecía bastante impresionado, apenas probaba los alimentos; escuché el siguiente relato:
—Hay muchos vacíos y largos años ignorados en lo que te voy a contar, pero que los podemos suponer o reconstruir dentro de lo que era la vida de Yolanda. Rodando de acá para allá,

quemando su juventud y atractivos entre jaranas y borracheras, consumiendo su vitalidad para, amarga ironía, poder vivir. Era una de esas mujeres fuertemente femeninas, ante cuya presencia la sangre bulle y el deseo surge imperioso. Tenía un atractivo irresistible y la mayor parte de los hombres que la conocían solicitaban su amor. Muchos, estoy seguro, sintieron a su presencia surgir en el alma pasiones impetuosas y trataron de conseguirla sólo para ellos. Le hicieron propuestas tentadoras y hasta hubo alguno que quiso casarse con ella. Pero Yolanda, las rechazaba, al parecer sistemáticamente en forma inexplicable. Sin embargo, estoy seguro, porque lo demostró en diferentes oportunidades, en el fondo de ella había una buena mujer. El caso es frecuente por demás y hasta podríamos llamarlo vulgar. Lo encuentras a cada paso, es tema de canciones, de novelas y hasta versos de poetas románticos. Además, esto explicaba perfectamente, esa su actitud de rechazo permanente. Sentimental, soñadora y sencilla, que acaso esperaba la llegada del verdadero amor en medio del torbellino de su vida perdularia. La aparición de aquel a quien ella pudiera llamar "mi hombre".

Cuando cierta vez la encontré, no recuerdo bien si acá o en otra parte, para el caso dá lo mismo; observé algo desusado en ella. No sabría explicarte bien que fué. Acaso su rostro o su mirada lo delataban, pero era algo que me hicieron pensar que, posiblemente, en la vida de Yolanda había aparecido el amor soñado y llegado el hombre que esperaba. Este parecía ser cierto estudiante de derecho, alegre y divertido, asiduo concurrente de salones de baile y las llamadas con eufemismo hipócrita "casas de tolerancia", a las que yo también en esa época, por extraño que te parezca, acudía con cierta frecuencia, tal vez sin una causa que pudiera explicar o justificarlo. Cuando los ví juntos, bailando entusiastamente y luego bebiendo con no menos ánimo, me causaron una especial impresión. Comprendí que entre ellos había una de esas raras armonías que une profundamente a los seres. Lanzados el

uno en brazos del otro por un incontenible impulso, formaban una pareja que muy bien podía simbolizar la pasión humana en sus formas más exaltadas. Se había establecido entre ellos un nexo que los uniría fuerte y largamente. En la flor de la edad, bien formados, ella femenina en grado superlativo, sensual y ardiente y él vigoroso, vehemente y apasionado, sin trabas ni prejuicios, darían rienda suelta a la potencia de sus pasiones...

—......

—Largos meses transcurrieron, entre los remolinos de la pasión, en una orgía de placer y exaltación. Pero al fin ese vínculo definidamente pasional, aunque es cierto que muy humano, no tendría mayor significación ni sabría estabilizarse. Eran lazos poderosos es cierto los que los unían, pero era verdad también que nunca llegarían a ser permanentes. Se alzaba entre ellos, inexorable, con la fría elocuencia de la realidad, el pasado de ella y el porvenir de él. No podrían unir sus existencias y su destino se reducía a esperar que se agotara y quemara en su propio fuego el impulso pasional que los ataba. Podíamos recordar aquella sentencia bíblica que dice: "toda pasión lleva dentro de sí el gérmen de su propia destrucción". Por cierto que tal cosa ellos ignoraban y dentro de la plenitud del goce y la satisfacción a que habían llegado, no estaban en capacidad de hacer reflexiones profundas. Al contrario, podemos estar seguros que ella soñaba con una felicidad permanente y la liberación definitiva de aquella vida perdularia, para hacer otra vida diferente, de paz y dulzura, en un hogar, tal vez con hijos; sueños que posiblemente él llegó a compartir, ya que el paso que dieron y la decisión que tomaron en cierto momento de crisis aguda, bien lo hizo ver.

—......

—Grande fué mi sorpresa cuando transcurrido algún tiempo en que los perdí de vista y mis andanzas me llevaron a la Capital, encontrara a Yolanda y su estudiante instalados bajo las mejores apariencias en una pensión donde acostumbraba

alojarme. Por boca de ella supe la historia. Era simple y corriente, dentro del proceso de las vidas sacudidas por el vaivén de las pasiones y víctimas de las circunstancias. Los padres del estudiante, enterados de los escabrosos amores y la vida desordenada de este y alarmados al ver su porvenir en peligro, ya que había perdido el año de estudios universitarios; habían decidido enviarlo a Lima a continuar su carrera. Así, seguramente pensaron, también lo alejarían de aquel amor insensato y peligroso y tal vez lograrían devolverlo a la senda normal del estudio. No contaban que eso para ellos resultaba una posible tabla de salvación en la angustia de sus vidas, que comenzaban a sentirlas desesperanzadas y sin rumbo. Era la oportunidad para lograr escapar del ambiente y acaso ensayar una nueva vida. Aceptó él de inmediato el plan de sus padres y al poco tiempo partió hacia una nueva vida. Pero partió de acuerdo con Yolanda, quien lo siguió pocos días después. Se reunieron en la discreción de aquella pensión a la que yo llegara. Iniciaron una existencia que tenía todas las apariencias de ser feliz. Debemos aceptar que por lo menos los hizo felices una temporada. El dedicado a los estudios y ella consagrada a atenderlo y prodigarle sus cuidados y su amor, tal vez redimida, tratando de olvidar para siempre su escabroso pasado. Sin embargo, dentro de la fría é inevitable realidad de sus vidas, habían muchos factores decisivos para que esa felicidad no pudiera ser duradera. Se esfumaría más pronto de lo que ellos pudieran pensar o esperar. No tenía base sólida y el proceso de la vida de él iría interponiéndose lenta é inexorablemente, hasta concluir por separarlos. El mundo no perdona y aquel amor que había roto con todos los prejuicios, esa unión ilegal no aceptada ni permitida dentro de las normas usuales de la convencional sociedad en que vivían, tendrían que desaparecer. No podrían soportar el embate de fuerzas sutiles pero poderosas, que en todo momento estaban presentes. Esa existencia oculta y sin porvenir no tenía posibilidades de ninguna clase de perdurar. Por más pre-

cauciones que tomaron, pronto llegó a conocimiento de los padres del estudiante la forma de vida de este, quien además, con el correr del tiempo, había tenido que afrontar una difícil situación económica. La falta de dinero parecía poner en peligro, nuevamente, el porvenir de sus estudios y su carrera profesional. Tenía que buscar una fuente de ingresos, pues la cantidad que le enviaban mensualmente sus progenitores, no alcanzaba para él y Yolanda, por más que estos se sometieron a un severo régimen de economías. Ella, no estaba preparada para una lucha leal por la vida y no podía hacer nada para ayudar a su amante. La realidad, fría é indiscutible, con su muda y en este caso amarga elocuencia, comenzó a imponerse. Nuestro estudiante luchó, bien puedo decir que desesperadamente, para sostener la situación. Consciente de su realidad, sin pensar en abandonar los estudios que significaban el porvenir, empleó todos los ardides que pudo para conseguir que sus padres le hicieran envíos extraordinarios de dinero. Aún no estaba preparado ni capacitado para obtener dinero por sus propios medios y la situación llegó a convertirse en angustiosa.

—. . . . . .

—Después de algún tiempo, el padre que posiblemente ya estaba sobre aviso, debió sospechar las dificultades y el trance en que se encontraba su hijo. Tal vez recibió un informe confidencial. El hecho es que actuando con firmeza y rapidez, se presentó en la Capital y sorprendió en su refugio a los amantes. La conversación que tuvo con su hijo, en presencia de Yolanda, fué decisiva. Por los resultados podemos juzgar que los rindió a la evidencia de la situación. Posiblemente invocó honor y dignidad, el nombre de la familia y el porvenir, su carrera y su posición social y no sabemos cuántos menudos prejuicios o convencionalismos más, cosas que todas estaban por encima de una pasión dudosa, difícil de calificar y menos de comprender. Tal vez tenía razón. No había alternativa. Lo real es que el padre consiguió que el hijo aceptara, bajo palabra, volver a la ciudad natal a continuar sus estudios

que otra vez corrían el peligro de frustrarse. Yolanda, acaso se sacrificó noblemente o mal de su grado tuvo que aceptar la solución planteada. Recibió a cambio una suma de dinero que le ayudaría a afrontar, nuevamente sola, la existencia, junto con una vaga promesa del estudiante de volver a reunirse. Ambos sabían que esta vez la separación era definitiva.—

Mi amigo hizo una pausa é interrumpió su relato. Tomó con indiferencia, mientras yo lo observaba con una imprecisa sensación, algunos bocados del plato que tenía delante, bebió de su copa un largo trago de vino, se pasó ligeramente por los labios la servilleta y luego continuó:

—Los años que siguieron en la vida de Yolanda, mientras nuestro estudiante continuaba su carrera profesional, esta vez decidido a no abandonarla, tal vez con el alma atormentada por los recuerdos y el corazón cargado de una irremediable angustia; sólo podemos suponerlos o imaginarlos. ¿Qué caminos escogió? Nunca lo sabremos y tal vez así sea mejor. No nos serviría de nada ¡ . . . Podemos imaginar con espíritu romántico que, a pesar del dolor natural y la decepción que le causara el abandono de su amante, la vida buena que entrevió en los cortos meses de existencia junto a éste; pudo haberla redimido y apartado para siempre de la senda tortuosa que había seguido anteriormente. La felicidad que vivió fugazmente y vislumbró por un momento en aquella sencilla pensión capitalina, pudo haber tenido la fuerza suficiente para hacerla emprender el camino, muchas veces duro y difícil del bien. Luchó denodadamente y trabajó como pudo, en los menesteres más humildes quizá, para subsistir, esperando, ya sabemos que vanamente, que su amante alguna vez volviera a su lado o la llevara junto a él. Agarrada con desesperación a una dulce é imposible esperanza, a un sueño que jamás se tornaría en realidad, mientras los años transcurrían inexorables, lentos y amargos . . . O podemos pensar, con un frío sentido realista, de acuerdo con la torva trayectoria que había seguido su vida hasta que conociera al estudiante, violentamente despechada por el abandono,

acaso sin poder vislumbrar una esperanza, decepcionada, con todos sus sueños derrumbados; que había vuelto a las andadas, reanudando su triste y fácil existencia. Entregada a una vida de desenfreno, rodaría de amante en amante, de borrachera en borrachera, orgía tras orgía, cada vez más bajo hasta la total destrucción. Trataría de olvidar, hundiéndose en el vicio, intentaría consolarse refugiándose en el alcohol y así acaso iría quemando su juventud y agotando sus atractivos, sin rumbo y sin esperanza, mordiendo su angustia, sola, terriblemente sola... —

Mi amigo volvió a interrumpir su relato. Sirvió dos cubitos de azúcar a la taza de café que tenía delante y después de disolverla removiendo con calma, lo bebió a sorbos lentos, reconcentrado, mientras yo seguía observándolo en silencio. No quise quitar con algún comentario, que cualquiera que fuese habría estado de más, la emoción y el tono agudo a que había llegado su relato. Luego extrajo de un bolsillo un paquete de cigarrillos. Me convidó uno y se sirvió él otro. Encendí un fósforo y dí fuego para ambos.

Después de lanzar unas bocanadas de humo, mientras las volutas azules se disolvían en el aire y la fragancia del tabaco se esparcía por el ambiente, continuó su relato:

—Y así, no sabemos si en la senda del bien, luchando valientemente por la existencia o en el torbellino del mal, perdida en el vicio y la abyección, pasaron muchos y largos años. Hasta que podemos suponer que se encontró definitivamente sola, sin ninguna ilusión o esperanza, perdidos para siempre su juventud y atractivos y ganándose el sustento diario en una humilde ocupación. La última noticia que tengo de ella es aquello que te anuncié había encontrado en este diario, al comenzar nuestra conversación y el relato que te he hecho. — Y al decir esto tomó y extendió ante su vista el diario que hasta ese momento había permanecido doblado sobre la mesa— Escucha:

Y lentamente, acentuando las palabras en tono que puedo

calificar de amargo, con un dejo doloroso, mientras una honda angustia, la angustia de la tragedia, se apoderaba de mí, haciéndome cerrar los ojos y arrugar la frente, leyó:
—"Esta mañana fué encontrado, cerca del sitio denominado "el cangrejal", flotando en el mar, el cadáver de una humilde mujer llamada Yolanda Morales. Ejercía el oficio de pescadora de mariscos, en el que encontró la muerte. Se supone que haya sido un accidente, aunque por ciertas circunstancias podía juzgarse también como suicidio. Según informes obtenidos de personas que la conocieron, atravesaba una difícil situación económica y además se encontraba algo enferma. Las autoridades y . . . etc. . . . etc.".

Y mientras mi amigo, después de concluída la lectura me miraba con un gesto interrogativo, doloroso, apenas pude decir dos palabras que resumían el efecto que me había producido el impresionante desenlace de la vida de aquel ser que juzgara insignificante y que llamaban Yolanda Morales:
—Terrible ¡ . . . amargo! . . .

Callamos largamente. No dijimos más. No cabía. Luego reaccionando en común impulso nos levantamos de la mesa. Dirigiéndonos al bar, mi amigo pidió dos copas de coñac. Lo bebimos íntegramente de un solo trago. En seguida de unos cumplidos y haber convenido que mi amigo aceptara, en retorno, una invitación mía, me despedí.

Y mientras lentamente me dirigía a mi alojamiento, por las calles inundadas de luz por un radiante sol de mediodía; algo que no sabría explicar bien que fué, me hizo pensar que, acaso, el estudiante del relato de mi amigo, era él mismo. . .

———:-:———

PASION

PASION

Aquel hotelucho parecía una caja de sonoridad. Estaba construído en tal forma, que el más pequeño ruido se agrandaba y las voces y los pasos resonaban en extraños ecos.

Era algo así como un inmenso galpón de planta baja y alta, techado con planchas de calamina. En los bajos estaban instalados el comedor y la cantina, junto a un salón de fumar con una anticuada mesa de billar. En los altos, se habían arreglado las habitaciones para alojamiento dividiendo pequeños espacios con delgadas paredes de quincha. Todo estaba hecho de tal modo, que era muy difícil que hubiera un momento de verdadero silencio o que se consiguiera la sensación de estar solo. El caminar en los altos, retumbaba desagradablemente en el piso enmaderado de los corredores y habitaciones. Durante la noche, el techo metálico sonaba continuamente con las contracciones producidas por el frío. Se escuchaba las conversaciones de los vecinos, aún cuando fueran en voz baja y su roncar y fuerte respiración cuando dormían. Era una promiscuidad de vida un poco rara, que a veces llegaba a crispar los nervios y causaba incomodidad. Siempre se oía un confuso rumor, golpes y murmullos. Con todo, se lograba cierto momento en que los ruidos bajaban al mínimun, cesaban las conversaciones y podía uno entregarse más o menos tranquilo al descanso.

Cierta noche, hacía ya un buen rato que dormía plácidamente, cuando fuí despertado por fuertes y airadas voces que venían de una habitación vecina. Al comienzo no pude darme cuenta exacta de lo que sucedía, pero al prestar mayor atención comprendí todo. Era una pareja que disputaba. El pa-

recía embriagado, cosa de la que me convencí cuando oí claramente que le decía a la que yo juzgué su mujer, con voz gangosa y dura, en tono amargo me pareció, casi mordiendo las palabras:

—Quisiera verte muerta... comprendes? ...muerta!

La frase resonó extrañamente en medio del silencio de la noche. La impresión que me produjo fué tan desagradable, que bien podría decir que me encogió el corazón. Teníian esas palabras una dolorosa aspereza.

La mujer contestó con voz suave, casi tímida:

—Por Dios Julio, cállate. Vas a despertar a todos los del hotel.

El replicó brusco, brutal:

—¿Y qué? Mejor! Que oigan y que sepan lo que pasa. Por tí estoy arruinado, perdido. Por tí he tenido que huir de mis amigos y alejarme de mi familia, de mi ambiente. Tú tienes la culpa de todo lo que me sucede...

Mientras el hombre hablaba, en palabras entrecortadas, implacable, con voz nasal de ebrio, sentí que ella sollozaba. Continuó él hablando alrededor de lo mismo, con frases incoherentes, durante un buen rato. Por último, en cierto momento, oí que ella le decía:

—Pero Julio, ya te he dicho muchas veces, déjame y haz tu vida como quieras, vuelve a tus amigos y tu familia. Déjame!

El contestó amargo:

—No puedo ¡...Ya sabes que no puedo. Por eso es que tengo que verte muerta! ¿Comprendes? ¡Muerta! —repitió con crueldad, casi con odio.—

Ella no habló. Percibí que sollozaba. Después callaron largamente. Luego ella le dijo:

—Acuéstate Julio, te vas a resfriar.

El no contestó. Momentos después comprendí que él se deslizaba al lecho, junto a su compañera. No escuché palabras, pero imaginé la escena. Percibí un abrazo pasional, las frases balbuceantes, entrecortadas de amor, el chasquido de los besos, la angustia de la posesión...

Al poco rato todo quedó en silencio. Me fuí adormeciendo con una extraña y penosa impresión.

Al día siguiente, salí temprano y en mis quehaceres casi olvidé el asunto de la noche anterior. Al volver a la hora del almuerzo, me encontré con el propietario del hotel. Un italiano de ojos azules y nariz roja, amable y bonachón. Debió sentirse obligado a darme una explicación. Después de saludarme, me dijo:

—Disculpe señor lo de anoche. Debe haber pasado Ud. un mal rato.

—Me despertó y quitó el sueño unos momentos —contesté indiferente ocultando la impresión que me produjera. Pero mi curiosidad por saber algo más, me empujó a preguntar:—¿Quiénes son?.—

Parece que el italiano buscaba esta oportunidad para soltar todo lo que sabía. Contestó al momento, sin vacilar:

—El ingeniero Julio del Pozo y su querida. Hace varios meses que llegaron. El trabaja en las minas de Santa Eulalia y ella vive acá en el hotel. El ingeniero viene a verla dos veces por semana y casi siempre se embriaga, unas veces en el club y otras acá en la cantina. Al retirarse por la noche, parece que desfoga sus nervios en una pequeña disputa a grandes voces con su amante y nada más. Al día siguiente, después de almorzar juntos, él vuelve a la mina. Mientras está ausente, ella no sale de su habitación.—

—Extraña pareja —comenté cuando mi relator hizo una pausa.—

—He oído raros comentarios sobre ellos —continuó éste.— No pueden casarse porque ella no es de su clase o por alguna otra circunstancia desconocida. Pero él tampoco puede dejarla. Parece que está muy enamorado. Como dicen "encamotado" —acentuó con picardía.—

Como no contesté nada y quedara pensativo: el italiano, no recuerdo bien si se llamaba Giuseppe o Giovanni, aún agregó:

—El es muy buena persona a pesar de que bebe mucho y ella bastante buenamoza. Ya la verá Ud., aunque dicen que con un pasado escabroso y un poco turbulento —Y me guiñó el ojo en forma que no pude comprender su significado.—

——:-:——

Al entrar al comedor, a la hora de almorzar, lo primero que ví fué una pareja, que al punto comprendí eran el Ingeniero y su amante. Sentados frente a la mesa que yo ocupaba, pulcramente arreglados, estaban almorzando en una paz de las mejores apariencias, aunque hablaban muy poco. No pude evitar el observarlos atentamente durante el almuerzo y hasta hacer algunas conjeturas sobre ellos.

El tendría alrededor de cuarenta y cinco años, de facciones suaves, un poco ajadas y extremadamente pálido. Me hizo pensar que acaso una tuberculosis incipiente lo obligaba a vivir en la sierra y también podía explicar su temperamento exaltado y tal vez su inclinación a la bebida. De todos modos, tenía el aspecto definido de un neurótico.

Ella, algo vulgar, me pareció extraordinariamente femenina. Un tipo mestizado, posiblemente arequipeña, con todas las características de la hembra atractiva é incitante. Mucho más joven que él, estaba en la flor de la edad. Cuando más treinta años. Bien formada, fresca, de grandes ojos, descubrí un pequeño gesto de amargura en su expresión y algo de tristeza en su mirada.

Era evidente, al menos al juzgar por las apariencias, que eran diferentes y que había cierta distancia social entre ellos. Pero estaba también manifiesto que algo profundo, posiblemente superior a sus voluntades y a las circunstancias normales de sus vidas, los tenía atados. No pude menos que pensar en que algo así como un destino indescifrable, a través de quién sabe qué situaciones o singulares procesos, había unido aquellos seres.

——:-:——

Después, pasaron tres o cuatro días en que casi eché al olvido aquella extraña pareja. La mujer hacía vida muy retraída mientras él estaba ausente y apenas salía de su habitación. Por las noches al recogerme, ya no la sentía y alguna vez por la mañana, sólo la oí hablar con el mozo que le servía.

Una noche, comprendí que había vuelto el ingeniero. Les oí conversar, parece que después de haber asistido a una función de cine, aunque esta vez usaban suma discreción y hablaban en voz muy baja. Al día siguiente volví a verlos almorzar juntos. Mientras los observaba, esta vez tornó a mi mente la fuerte y amarga disputa de hacían varias noches. Recordé con una claridad que me llamó la atención las dolorosas, crueles, palabras de él. ¿Qué inexplicable complejo había en el alma de aquel hombre para que, cuando el alcohol hacía desaparecer el control de la razón, le hiciera desear desde lo más profundo de su ser, la muerte de su compañera? ¿Qué insano é intraducible anhelo le hacía decirle: "Quiero verte muerta ...! ¿comprendes? ¡...Muerta!

Por la tarde él tornó a ausentarse.

———:-:———

Al subsiguiente día, por la mañana muy temprano, sentí ruido y voces en la habitación de mi vecina. Un activo entrar y salir y por último un silencio absoluto.

Cuando salí de mi habitación, eché una mirada a la puerta de mi vecina. Me llamó la atención. Estaba cerrada.

Al dirigirme al comedor en busca del desayuno, encontré al dueño del hotel, don Giuseppe o don Giovanni no recuerdo bien, a quién sin poder contener mi curiosidad, después de saludarnos, interrogué:

—¿Qué ha sucedido con la amiga del ingeniero?

—¿No sabe? Una desgracia! La han llevado al hospital muy grave, con bronco-neumonía. Parece que antenoche fué al cinema. En esta época hace mucho frío por acá y a la salida,

posiblemente agarró un mal aire. Ayer la vió un médico y ordenó que esta mañana la llevaran al hospital.

No podría explicar bien, qué hizo que me estremeciera y sintiera algo así como un profundo malestar con lo que acababa de oir.

—¿Y... el ingeniero? —pregunté.—

—Ya he mandado avisarle. Posiblemente llegue esta noche o mañana temprano. A las minas hay seis horas de camino.

No supe qué decir. Me retiré un poco bruscamente, con una palabra de despedida, en una forma que seguramente causó extrañeza.

———:-:———

Por la tarde de ese día, tomaba el té en el club, en compañía de dos conocidos míos. Uno viajante comercial de una fábrica limeña y el otro agente de una compañía de seguros. Uno de ellos comentó:

—Me han dicho que la querida del ingeniero del Pozo está gravísima, en el hospital con neumonía.—

El otro agregó:

—En esta época, con el frío que hay, las neumonías son muy peligrosas.—

Sentí una aguda preocupación y un oculto impulso, que no sabría explicar, hizo que llamara un muchacho para decirle:

—Comuníquese con el hospital por teléfono y pregunte cómo sigue la señora —era natural que hubiera ingresado como tal— del ingeniero del Pozo.—

Y me quedé esperando con una indefinible angustia. La respuesta que trajo el muchacho, me dejó helado:

—Señor, del hospital dicen que la señora del Pozo hace una hora que ha muerto.—

Sentí una honda amargura. Apreté los dientes con fuerza, cerré los ojos y arrugué la frente, con todo el sabor acre de la tragedia en el alma. Sólo yo sabía lo honda que era!.

Cuando recuperé la calma y abrí los ojos, ví que mis acompañantes me observaban atentamente, con algo de asombro, Dios sabe qué clase de pensamientos cruzaban por sus mentes, aunque al parecer estaban confusos, ya que mi actitud no tenía explicación para ellos. No pude menos que expresar:

—Es una lástima. Era una magnífica persona, aunque muy poco la conocía, aún siendo mi vecina.—

—Sí, —dijo el otro— y además era muy buenamoza.—

—Qué golpe para el ingeniero —agregó el otro.—

No dijimos más. Hubo casi un homenaje en nuestro silencio ante lo irremediable.

Cuando mis conocidos se retiraron, quedé pensando hondamente en aquella cadena de sucesos dolorosos de que iba siendo testigo, por inexplicable azar. Más pronto de lo que él pensara —me decía a mí mismo— habrá satisfecho sus enfermizos deseos de verla muerta. Se había liberado de ella . . . ?

———:-:———

Durante dos días traté de despreocuparme del asunto. Dedicado a mis quehaceres, escapé a la oportunidad de saber o conocer algo más, aunque sentía gran curiosidad. No dejó de golpearme el cerebro, con cierta insistencia un desagradable pensamiento: "Ya la había visto muerta", "Ya la vió muerta". Y hacía mil conjeturas sobre lo que aquel hombre, el ingeniero, podía sentir al recordar sus crueles palabras de hacían pocas noches. Qué pronto había visto satisfechos sus morbosos deseos.

El siguiente día, al volver al hotel a almorzar, me encontré con el agente vendedor de seguros. Parece que veía en mí un posible cliente. Después de saludarnos me invitó a tomar un aperitivo. Propuse jugarlo al "cacho" y nos acercamos al mostrador de la cantina. Pedimos que nos proporcionaran cubiletes y dados y ordenamos que nos prepararan

un coctel. Cuando nos disponíamos a una reñida partida de "capitán manda"; don Giuseppe o don Giovanni, no recuerdo bien, que andaba por ahí, se acercó al punto y dirigiéndose a mí exclamó abriendo los brazos:

—Sabe señor una noticia?

—¿Cuál es?

—Me dicen que el ingeniero del Pozo, lo recuerda?, está gravemente enfermo con bronco-neumonía en el hospital.—

Lo que acababa de escuchar me impresionó con fuerza. No sabría explicar bien por qué, pero una angustiosa sensación me apretó el corazón. Dejé el cubilete y los dados y pregunté con ansiedad:

—¿Conoce Ud. los detalles?—

—Vea. Al recibir el aviso que le mandé cuando su compañera estaba grave, el ingeniero se vino de la mina inmediatamente. Pero llegó ya tarde. La encontró muerta. Parece que fué un golpe muy fuerte para él. Me dicen que se abrazó desesperadamente del cadáver y no quería dejarlo. Lloró amargamente sin poderse contener. La besaba continuamente en el rostro, en la boca y los ojos. Cuando al fin lo apartaron, se puso a beber y pasó la noche junto a ella. Después del sepelio, siguió bebiendo en gran cantidad. Se emborrachó. Siguió así durante dos días y no hubo forma de sacarlo del hospital. Esta mañana se puso a delirar. Lo vió un médico y ha diagnosticado bronco-neumonía. El caso es grave y desesperado. Parece que la única posibilidad de salvación está en que lo cambien de altura y clima. Proyectan conducirlo a Arequipa en el tren nocturno de esta noche.—

—¡Qué sensible! — exclamé tratando de reaccionar de la angustiosa y desagradable impresión.—

—¡Tremendo! —comentó el agente de seguros.—

—Eh ¡. . . así es la vida! ¡Qué le vamos a hacer! —concluyó sentencioso el italiano, levantando los hombros en un gesto intraducible. Impotencia, resignación o indiferencia, quién lo sabe.—

Continuamos disputando el aperitivo al cacho. Luego de algunas alternativas lo perdí. Bebimos, firmé un vale por su importe y nos dirigimos al comedor. Me sentí un poco sombrío.

Mientras durante el almuerzo mi acompañante me hacía algunas concienzudas explicaciones sobre las ventajas de las pólizas de seguro de vida, las que yo comentaba con monosílabos; contemplé largamente, ocupada por otras personas, aquella mesa frente a la mía, en la que viera almorzar, hacían unos pocos días esa singular pareja que formaban el ingeniero Julio del Pozo y su amante. Rememoraba a la vez, la extraña cadena de sucesos, parte de su vida, que por especiales circunstancias, habían llegado a mi conocimiento. Qué amarga me parecía la tragedia de que iba siendo testigo.

Por la noche, cuando sentí a lo lejos el silbato del tren nocturno, volví a pensar en esos mismos personajes. Ese convoy, cuyo acompasado resoplar llegaba hasta mí en el silencio de la noche, estaba conduciendo a uno de ellos, acaso en lucha desesperada entre la vida y la muerte, mientras el otro descansaba para siempre en el cementerio local.

———:-:———

Dos días después, tomaba mi desayuno acostumbrado en el comedor del hotel: Café con leche, pan tostado y mantequilla. Un muchacho entró ofreciendo algunos diarios llegados de Arequipa en el tren nocturno hacía una hora. Contra mi costumbre, ya que leía los diarios en el club social por las tardes, llamé al vendedor, extraje una moneda del bolsillo y compré un ejemplar de uno de ellos. Después me dí cuenta que acaso había seguido un oculto impulso, cuya explicación encontraría en seguida.

Fué entonces que al abrir el periódico y repasar las noticias, al llegar a la sección "Sociales", llegó a mí el epílogo, frío, escueto, desconcertante y amargo de la tragedia

que pocas noches antes había comenzado en la vida del ingeniero Julio del Pozo.

Mientras un sol mañanero, radiante, inundaba el ambiente con una algazara de luz y la vida se agitaba bullanguera por las calles como todos los días; con ojos que reflejaban todo mi asombró, leí:

Sensible.— A la altura de Pampa de Arrieros, falleció en el tren nocturno que venía del interior, víctima de violenta neumonía, el ingeniero Julio del Pozo... etc....etc...

———:-:———

DESAFIO

DESAFIO

Uno de los aspectos más interesantes, una de las facetas más agudas que perfila claramente la vida del hombre sud-americano y que sirve para delinear su personalidad, posiblemente es la política. Y es el Perú, tal vez uno de los Países donde la actividad y las contiendas políticas, la pasión política, llegan a adquirir su más elevado tono y provocan las más extrañas y a veces desconcertantes situaciones.

Sin tratar de hacer un análisis crítico, minucioso o demasiado profundo de la trayectoria de la política, podemos decir con visión panorámica, que el largo proceso histórico, al través del cual ha alcanzado su presente contextura espiritual, quizá pueda explicar el clima álgido, candente, preñado de pasión, en que se desarrolla con frecuencia la pugna política en la vida peruana. En las jornadas y procesos políticos contemporáneos, en los bandos que se enfrentan, nos parece reconocer el choque racial y la lucha de clases o castas que la Conquista y el Coloniaje y tal vez el proceso de Emancipación, fatalmente originaron. Acuden a nuestra mente las masacres de indígenas y españoles, el encono de las primeras guerras civiles que precipitaron los Almagro y los Pizarro, la implantación de la esclavitud, las rebeliones de indígenas y las revoluciones contra el régimen español y su feroz y despiadada represión. Y si a todo esto agregamos la desigualdad social y económica producida por el mestizaje, estamos seguros de así poder explicar quizá certeramente, las irreductibles posiciones tras las cuales se parapetan y las violentas actitudes que adoptan, los diferentes bandos o grupos en busca del poder. Aparte, por cierto, de ocultos intereses

colectivos y conveniencias personales, que por lo difíciles no deseo ni siquiera intentar calificar.

Por otra parte, una serie de circunstancias especiales, bastante difíciles también de definir claramente, entre las que acaso podríamos citar las pocas oportunidades para empresas de alto vuelo y el escaso desarrollo técnico, industrial y comercial; hacen que al rededor de la política giren el éxito o el fracaso de la mayoría de los hombres y que la actividad política sea, casi siempre, la obligada culminación de la trayectoria individual, por diversa que esta sea. A la política llegan, desembocan o derivan, como final de vida una inmensa mayoría de los profesionales. Médicos, abogados é ingenieros, militares y marinos y hasta comerciantes é industriales afortunados, que si es verdad que en su carrera consiguieron buenos rendimientos, es cierto también por otra parte, que muchos de ellos obtuvieron escasos éxitos profesionales o personales que halagaran su vanidad o lograran satisfacer sus ambiciones. A estos, debemos agregar obligadamente, hacendados ricos o herederos afortunados, con apellidos de los que se titulan ilustres, que se juzgan con cierto derecho a ocupar situaciones dirigentes en política. Para completar el panorama, no podemos dejar de contar con audaces aventureros o arribistas, de los que se dicen sin oficio ni beneficio y que esperan un golpe de suerte o un cambio favorable que les dé oportunidad para el desquite en sus vidas vacías y sus insatisfechas ambiciones.

Acaso sea por todo esto, aparte del verdadero aspecto de interés colectivo que tiene, que vemos que nada altera más la vida de los pueblos, especialmente de aquellos alejados de la Capital, que un proceso eleccionario para designar representantes ante las Cámaras, en el que se ponen en juego la comodidad, influencia y a veces el porvenir de una gran mayoría. De todos aquellos que han estado esperando su oportunidad o la de sus amigos y que les tocara el turno para lograr sus aspiraciones y una situación espectable.

Convocadas las elecciones, se inicia una gran actividad. Los candidatos surgen a docenas, se multiplican. Aparecen los partidos en número parecido. Generalmente cada candidato representa uno y hay algunos que fundan el suyo, aunque entre los ya existentes hay para todos. Llevan los nombres más variados y rebuscados y exhiben a veces extraños idearios. Por cierto que los hay de muy elevados y universales principios. Los candidatos desarrollan su campaña electoral dentro de ciertos moldes y métodos que podemos llamarlos clásicos y con procedimientos es verdad que ya muy conocidos y manoseados, pero no por eso menos eficaces. Hacen el recuento de sus títulos y pregonan sus méritos y propósitos, con programas que a veces pecan de optimistas o fantásticos y promesas que saben muy bien que jamás podrán cumplir.

El candidato provinciano, lo primero que hace es un viaje a la Capital, para sondear el ambiente y buscar el apoyo de los grandes dirigentes. Mueven todos los resortes é influencias, hacen visitas a granel, agasajan viejos amigos, gastan dinero y son todo amabilidad y sonrisas con tal de poder obtener ventajas que puedan contribuir a hacerles lograr el triunfo sobre sus contendores. La lucha es vehemente, aunque sorda y podemos calificarla quizás hasta de sin escrúpulos. Se echa mano a todos los recursos y medios, sean cuales fueren, con tal de aumentar las posibilidades de buen éxito.

La campaña local, en la Capital del departamento o provincia que se pretende representar, que, dicho sea sin malignidad, es generalmente pintoresca, adquiere calor y vehemencia. Casi siempre a base de "pachamancas" y comilonas donde la abundante libación de chicha, cerveza y aguardiente, dá por resultado "espontáneas" manifestaciones cívicas con vivas estentóreos y discursos de ocasión, a favor del candidato esta vez invitante. Como consecuencia, se producen incidentes callejeros colectivos y también personales, con

batallas campales en las que con frecuencia el garrote y la pedrada dejan un buen saldo de heridos y contusos. Otras veces, los incidentes personales adquieren caracteres graves, que en muchos casos tienen que ser zanjados en otro terreno.

———:-:———

El duelo, costumbre de remotos orígenes, importada por los españoles en su larga etapa de colonización de tierras americanas, es en muchos casos, el corolario final de las disputas políticas. Regido por un código de honor —el del Marqués de Cabriñana— fué instituído y subsiste con todo su rigor. A él recurren en busca de reparación para las afrentas y como solución de conflictos y antagonismos, todos aquellos que se dicen o llaman caballeros. Y a fé que es muy difícil encontrar alguien que no se crea tal.

Con frecuencia pues, en un proceso eleccionario se registran duelos, casi siempre pactados en condiciones severas, en los que a menudo resultan heridos y a veces también, como es lógico, muertos. La rivalidad política, en su tenaz pugna, lleva a los hombres a la exaltación y como resultado se juegan la vida, tal vez fría y serenamente. El orgullo, el quijotismo y la arrogancia españoles, muestran en estos casos sus mejores facetas.

———:-:———

Durante mi permanencia en aquella alejada provincia serrana, alojado en un clásico y esta vez muy acogedor hotelucho, se realizó un proceso eleccionario para designar un Diputado, el que tuve oportunidad de observar muy de cerca y con todos sus detalles.

Un proceso electoral provinciano, dicho entre paréntesis y sin malignidad y ampliando lo expresado líneas atrás, admite todos los calificativos. Se desarrolla dentro de tales

circunstancias y adquiere tales caracteres, que irá realmente mucho más allá de lo interesante, novedoso y pintoresco. Por cierto que, como tenemos dicho, dejando completamente a salvo todos los aspectos serios y la importancia que tal cosa pueda tener en sí.

Los candidatos, esa vez sólo dos, antiguos condiscípulos de colegio, organizaron y dieron comienzo a su campaña con entusiasmo y decisión. El uno, ingeniero recibido en Lima, donde residía, llegó portando algunas recomendaciones para las autoridades y funcionarios influyentes. Le acompañaba un compadre suyo, hace tiempo también radicado en la Capital. Al parecer era su mentor político y me dió la impresión de que perseguía algo a base del éxito político de su candidato. El ingeniero, recordó viejas amistades y lejanos parentescos y con la experiencia y aplomo que da la vida en la Capital, empleó sus recursos de hombre de mundo y su personalidad para buscar partidarios. El otro, hacendado, heredero de una sólida fortuna, con fama acaso bien ganada de gamonal, conocedor profundo del medio; estaba más cerca del pueblo y en contacto directo con la masa de electores. Hacía tiempo que venía preparando el terreno, por lo que parecía gozar de popularidad y tenía más probabilidades que su rival.

Pronto se aclararon las posiciones y se definieron los dos bandos en la capital de la provincia. El ingeniero hizo su centro de operaciones del hotelucho, donde banqueteaba a todos los que podía y la cerveza y el whisky se consumían generosamente. El hacendado abrió su casa política en la plaza principal y dió pachamancas en su hacienda. Corderos y cabritos asados, huatias y lechón al horno, cuyes y choclos, se rociaron con abundante chicha y aguardiente del mejor.

Oportunamente, cada uno de los candidatos hizo circular su manifiesto impreso, exponiendo su programa político y con una autobiografía exhibiendo títulos y exaltando méritos. Después, hicieron sus mítines con despliegue de ban-

deras, carteles de propaganda, vivas y palmas y hasta quema de cohetillos, donde pronunciaron pomposos discursos. Ofrecieron como se dice el oro y el moro. Obras públicas a granel, reformas trascendentales, mejora de servicios, en fin progreso para la provincia y bienestar para todos. Fueron coreados con entusiastas hurras y al final entonaron con sincero fervor patriótico la canción nacional, acompañada por la banda popular de cachimbos, que no podía faltar. Los asistentes eran los mismos en una proporción inmensa.

Las intrigas y forcejeos por ganarse partidarios y electores, adquirieron los caracteres de una verdadera batalla y las manifestaciones "espontáneas", como resultado de las copiosas libaciones se sucedieron con frecuencia, a veces con desagradables consecuencias. Los consabidos choques de bandos adversos, por las calles y plazas, en los que los insultos y las trompadas menudeaban, amén de los garrotazos y las pedradas, con el consabido saldo de cabezas rotas y contusiones. Todo, por el candidato de sus simpatías.

Hasta que llegó la votación. Aquel día, los ánimos se contuvieron y los electores, bien controlados por los capituleros y personeros de los candidatos, desfilaron por las mesas y depositaron solemnemente su voto. Luego, se produjo un compás de espera mientras se realizaba el escrutinio.

El resultado fué favorable al hacendado. Este obtuvo las credenciales y se dirigió inmediatamente a la Capital. El candidato derrotado, también volvió siguiendo los pasos al otro, en compañía de su compadre que lo había acompañado en toda la campaña. No estaban satisfechos del resultado. Iban dispuestos a impugnar la elección, llevando actas de protesta y documentos con los que, decían, probarían la ilegalidad de la votación, la que, según ellos, adolecía de irregularidades y grandes fallas. La lucha al parecer no había concluído y todo hacía suponer que en la Capital, a donde se trasladara, adquiriría su más agudo tono.

Entretanto, la provincia quedó tranquila. Hubo una es-

pecie de descanso y alivio, en espera de las noticias definitivas. Los ánimos exaltados se fueron serenando, los amigos distanciados se reconciliaron y se olvidaron agravios y ojerizas. La paz provinciana con su dulce sabor y su tranquilo transcurrir volvió a reinar.

——:-:——

Esa paz provinciana, fué severamente conmovida poco después con una noticia escalofriante. De la Capital habían comunicado, escuetamente, sin mayores detalles que, se suponía como trágico corolario de la contienda política, el candidato triunfante había dado muerte de un certero balazo al candidato derrotado, al batirse en duelo.

——:-:——

Mucho tiempo me dejó impresionado aquel dramático final, cuya gestación bien puedo decir había presenciado. La curiosidad é interés que, con una buena dosis de sano humorismo, hizo que asistiera a la contienda política, con todos sus pintorescos detalles; se tornó en un amargo y casi doloroso recuerdo. Me habían unido magníficos lazos de amistad a ambos candidatos. Concurrí a sus reuniones y agasajos y hasta tuve oportunidad de intervenir con algunas opiniones y consejos discretos en su campaña electoral.

Por eso, cuando meses después un viejo compañero de aulas llegado de la Capital, me habló del asunto, mi interés fué inmenso. Quise conocer, en todos sus detalles si era posible, las circunstancias que condujeron al trágico final que había segado la vida de uno de ellos y cortado la carrera política del otro. Sin embargo, pese a todo lo que sabía, cuán lejos estaba de mi mente el sutil y oculto proceso que, en verdad parecía haber provocado aquel desenlace y las fuertes pasiones que lo precipitaran. Todos ellos, bien puedo decir,

ajenos a la contienda política, esta vez y de la que sólo parecían haber aprovechado la fase final.

Mientras tomábamos un vaso de rubia y espumante cerveza, la más popular de las bebidas en las provincias peruanas, en el bar de aquel mismo acogedor hotelucho, que meses atrás fuera cuartel general político del desaparecido candidato derrotado; mi condiscípulo me puso al tanto de los insólitos detalles que habían rodeado la tragedia en la lejana Lima.

—Durante la vista del proceso electoral —me decía— por la Corte Suprema de Justicia, se cambiaron, además de la beligerante actitud que asumieron, fuertes frases y subidos adjetivos entre ambos candidatos y los ánimos se caldearon al rojo. Cuando el ingeniero se convenció de que el triunfo de su adversario era definitivo, al salir de la última sesión en que éste fuera proclamado, le provocó y abofeteó en plena calle. Parece, no podría asegurarlo, pero esas voces corrieron por allá, que empujado y por consejo de cierto amigo íntimo que siempre lo acompañaba. Trataba de este modo, tal vez, en desesperada maniobra, de desbaratar el triunfo del otro, ya que como consecuencia del incidente, se produciría inevitablemente un duelo, de consecuencias muy difíciles de prever. Y así fué. La reacción del candidato triunfante, ya diputado reconocido, fué inmediata. Dos horas después, el ofensor recibía la visita de los padrinos del ofendido. Aquel a su vez eligió los suyos, uno de los cuales fué el amigo íntimo aludido. Las instrucciones que recibieron los padrinos parece que fueron terminantes. El despecho del candidato derrotado y el orgullo del ya diputado triunfante, no admitirían sino la reparación por las armas. Debían ir al terreno del honor. Aunque los padrinos del diputado, que era el ofendido, no reclamaron la elección del arma ni plantearon las condiciones, no se sabe cómo ni por qué, el duelo fué pactado muy severamente a pistola.

Al oir esto, no pude contenerme y con bastante asombro interrumpí el relato de mi amigo:

—Pero —le dije— eso podía considerase casi un asesinato. Todos sabemos que el diputado es un tirador excelente. En varias ocasiones en que yo fuera invitado a su hacienda, le he visto hacer exhibiciones impresionantes.

—Así es —me contestó con toda calma mi relator.— Las posibilidades de los contendores resultaron desiguales. Y si te ha llamado la atención que escogieran la pistola como arma de combate, más te asombrarás si te digo que el que arregló los detalles del duelo y fué elegido o se hizo elegir director de combate, fué uno de los padrinos de la víctima.

—¿Pero no era este amigo de su ahijado? ¿No sabía las cualidades de excelente tirador del adversario?

—Sí . . . y algo más. Era compadre de su ahijado.

—¿El que lo acompañó en su campaña política?

—El mismo . . .

—¿Y así actuó en esa forma?

—Ya te lo dije antes.

—¡ Inexplicable!

—Quizá . . . Pero, tal vez te ayude a explicarte todo si te digo también, que así como el director del combate en el duelo era padrino, amigo íntimo y compadre de su ahijado el ingeniero; este a su vez era amigo íntimo, completamente íntimo, ¿comprendes?, de su comadre, la mujer de su padrino, amigo íntimo y compadre. . .

. . . .

—Ahora, puedes deducir lo que quieras —agregó después de un momento ante mi silencioso desconcierto.— Puedes pensar, con imaginación maquiavélica que acaso el compadre del ingeniero, enterado de la deslealtad de su amigo, planeó fría y deliberamente, con cálculo, desde hacía tiempo, el duelo. Y eso quizá después de haber seguido a su modo, durante todo ese tiempo, el consejo de aquel viejo adagio que dice: "lo que no ha de ser bien castigado, debe ser bien

callado", al que posiblemente agregó de su caletre una frase final: "hasta la primera oportunidad". Arregló las cosas de tal modo y en tal forma que el final no podía ser sino uno:

Que el hacendado alojara la primera bala de su pistola en el corazón de su adversario.

———:-:———

SUICIDIO

SUICIDIO

Circunstancias especiales que no son del caso relatar, me llevaron a aquel alegre y pintoresco pueblecillo, sombreado de tupidos árboles y rodeado de verdes praderas y chacras y huertos exuberantes. Asentado en el fondo de una estrecha quebrada, a orillas del renombrado Vilcanota, el río sagrado de los Incas y al pie de empinadas montañas, cuyas más altas cumbres aparecían con frecuencia cubiertas de nieve; era un modelo del clásico pueblo serrano, de vida suave, típicas costumbres, agradable clima y hermoso paisaje.

En una esquina de su única plaza, encontré el infaltable hotelucho, esta vez disfrazado con el nombre de "pensión". Excúsome el describirla y acaso no quisiera recordarla. ¡Tan paupérrima era! Pero, no había más remedio que tomar alojamiento en ella. Mi llegada en un maltrecho y destartalado omnibus, no alcanzó a coincidir con su estricto horario de comidas. Ya la hora del almuerzo había pasado. Con todo, la dueña de la pensión afrontó la situación. En tanto se afanaba por improvisar un menú que me reconfortara, me propuse dar un paseo por el pueblo. Lo necesitaba después del incómodo y fatigoso viaje.

Luego de haber recorrido el cuadrilátero de la plaza, modernizada con una pretenciosa vereda de cemento y unos cuantos bancos de madera, caminé con cierto abandono a lo largo de las modestas callejuelas, observando la sencilla y apacible vida y pensando en la suave felicidad de sus moradores, acaso sin problemas apremiantes ni agudas ambiciones.

Ya de vuelta, aguijoneado por el discreto apetito que me había abierto la caminata y el calorcillo del medio día,

ya bastante avanzado; al cruzar nuevamente la plaza hacia la pensión, un hombre sentado en uno de los modestos bancos de madera que había al borde de sus veredas y que tomando el sol parecía descansar indiferente y plácidamente, llamó mi atención. No había duda. Era alguien que yo conocía, pero que no podía precisar de inmediato. Cuando más cerca a él, descubrí bien su rostro y sus facciones, el recuerdo surgió pleno y claro. Me causó bastante asombro. No pensé en ningún momento, encontrar entonces y mucho menos en aquellas circunstancias realmente sorpresivas, a mi antiguo compañero Mauricio Gómez. Era el mismo, sin lugar a dudas. ¡Mi viejo amigo Mauricio Gómez!

Pero, ¿qué lo había llevado allí, tan ocultamente, después de largos años de ausencia en los que ninguna noticia de él y su vida llegaran hasta mí? ¿Qué desconocidos y tortuosos caminos había recorrido, para que después de tanto tiempo apareciera ante mí, así, sorpresiva y silenciosamente, en tan apartado lugar, ignorado, casi olvidado?

En un momento, con velocidad y nitidez asombrosas, como en un gran telón, surgieron en mi mente todos los detalles de la fuerte amistad, una verdadera intimidad, que nos había vinculado en nuestra ya muy distante adolescencia. Su personalidad, que ahora después de muchos y muy largos años, puedo calificar de poco común, casi extraordinaria, apareció con una admirable claridad, con las características más saltantes, despojado de sombras inútiles. Su incontenible vitalidad, una inquietud sin límites, sus sueños que bien pude calificar entonces de fantásticos, su amplio amor a la vida, el entusiasmo que ponía en todas las cosas que hacía, aún en las más insignificantes; se delinearon en el pasado con una claridad que no dejó de llamarme la atención y hasta me causó cierta extrañeza. Su sed de aventuras, de países y cielos lejanos, ciudades desconocidas, se perfiló fuertemente, tal vez como la nota más saltante y definida de aquella individualidad movediza, ansiosa de vida, que era mi amigo

Mauricio, a quien me unieran profundos vínculos de camaradería en distantes tiempos. Epocas que tuvieron un dulce y buen sabor, esa suave inocencia tal vez de la niñez y lo que es mejor, una sana y verdadera alegría.

Pero... ¿qué hizo que en el fondo del alma de mi amigo Mauricio Gómez anidara un ave viajera, con un incontenible anhelo de distancias, de rutas sin fin, de nuevos horizontes? ¿Qué impulso intraducible lo lanzó al azar, como frágil hoja al viento, sin rumbo, por los caminos del mundo?

Cierto día me sorprendió con algo insólito, desconcertante. Por los años transcurridos desde entonces, puedo decir que fué hace muchísimo tiempo. Pero por la claridad con que su recuerdo surgía en mi espíritu en aquellos momentos, bien podría decir que sucedió ayer. Debió haber sido muy fuerte la impresión que me produjera lo que entonces pasó, para que del fondo lejano de los años apareciera con tal claridad aquel suceso, que entonces, estoy seguro, no pude calificar. Sólo sufrí su impacto, dentro de la sinceridad y sencillez de mis afectos juveniles y la amistad que me ligaba a Mauricio. Ahora, lo menos que puedo decir es que fué tan sorpresivo, que no traté de encontrarle explicación ni pretendí interpretarlo. Fué así... simplemente.

Aquel día, lejanísimo en el calendario, pero muy cercano en mi memoria, lo recuerdo muy bien. Mientras caminábamos al azar, por las calles de nuestra ciudad, repentinamente mi amigo Mauricio Gómez me tomó del brazo y ante mi natural sorpresa me dijo:

—Manuel... quiero invitarte una copa.

—¿Una copa? —pregunté medio asombrado.—

—Sí hombre, una copa —repitió con un tono que ahora puedo juzgar de raro.— Y bien fuerte —agregó.—

Entonces, estoy seguro, tal cosa la consideraba entre las muchas que me estaban vedadas hacer. Pero luego de repetirme la invitación, sin darme tiempo para mayores reflexiones o explicaciones, me arrastró hasta un bar cercano. Nos senta-

mos ante una mesa y mi amigo pidió al mozo "whisky". Esto excedía en mucho a todo lo que me hubiera atrevido a hacer entonces. Pero, un impulso impreciso me empujó a dejarme llevar por la firme decisión de mi amigo, aparte de una sonrisa franca y, lo recuerdo muy bien, un desconocido fulgor que aparecía en el fondo de sus pupilas. Me dejé conducir por lo novedoso de la situación y me puse a tono con ella. Cuando el mozo dejó sobre la mesa las copas, tuve una impresión extraña. Algo creció en mí y difícilmente podría explicar por qué, entonces, me sentí actor de un hecho trascendental, casi importante. Mauricio pareció que se reconcentraba un momento. Ignoro si procedía a conciencia y quería rodear la escena de cierta dramaticidad teatral o si lo hacía intuitivamente. De todos modos, creo que su actitud era sincera y franca. Podría afirmar que hasta hubo algo de emoción. Levantó la copa y con cierto temblor en la voz me dijo:

—Esta es una copa de despedida.—

No podría expresar bien la impresión que me causó. No hubo, al parecer, asombro ni extrañeza. Ya estaba a tono con el momento y seguía su ritmo. Acaso sólo sentí una leve angustia. Con todo, pregunté:

—¿De despedida? ¿Y por qué?

—Mañana me voy.

—¿A dónde?

—No sé...

—Estás bromeando —dije sonriendo.—

—No —afirmó casi con energía— Mañana me voy. Acá tengo el boleto para el tren —y al decir esto lo extrajo de uno de sus bolsillos y me lo alcanzó. Decía: Cuzco — Mollendo.—

—¿Y cómo dices que no sabes adónde vás?

—En Mollendo pienso tomar el primer barco que pase, sin preguntar el rumbo que lleva —fué su desconcertante respuesta.

No contesté. El diálogo que ahora lo juzgo casi absurdo, entonces parece que no tuvo nada de extraño. Era la fiel interpretación de la verdad. Luego Mauricio brindó:

—¡ Salud!

Levanté mi copa y contesté:

—¡ Salud!

Bebimos y quedamos silenciosos. ¿Qué pensamientos acudieron o nuestra mente en aquellos momentos? No podría precisarlos y mucho menos podría reconstruir el proceso que pudo haber seguido mi amigo y desconozco las circunstancias por las que llegara a tal decisión. De lo único que estoy casi seguro, puedo decir, es que en aquel momento mi amigo Mauricio soñaba con el mañana. Con el tren devorando distancias, con el horizonte del mundo abierto a sus ansias, a ese incontenible afán de viajero que tenía. Mientras que yo puedo afirmar que entonces sólo estuve contemplando, dentro de una vaga sensación, un símbolo representativo de la inquietud humana. Acaso una versión moderna de aquellos lejanos aventureros que surcaban los mares hacia el misterio. De aquellos bravos castellanos que a fuerza de coraje y audacia penetraron hasta el corazón de un poderoso y viejo Imperio. . .

———:-:———

Muchos y largos años transcurrieron. Junto a esto, mi juventud y el proceso de las diferentes etapas de mi vida, hicieron que mi amigo Mauricio Gómez pasara, al parecer, a un definitivo olvido. No podría afirmar si pasado el primer año de su ausencia alguna vez lo recordara, ni tampoco podría negar si en algún momento me acordé de él. De lo único que estoy seguro es que nunca más supe nada de mi compañero Mauricio. Ninguna noticia llegó hasta mí. Ni mala ni buena. Desapareció completamente de mi panorama.

Y hete aquí que, cuando menos lo pensaba, surge ante mí como por arte de encantamiento y lo encuentro en tan singulares circunstancias, tomando el tibio sol del medio día, plácidamente sentado en un banco de plaza pueblerina y con todas las apariencias de un burgués rentista cualquiera retirado de los negocios, o un modesto empleado jubilado.

Me acerqué a donde estaba y me paré delante de él, sin decir una palabra. Al darse cuenta de mi presencia, levantó la cabeza. Un rostro frío, envejecido, inexpresivo- me observó un momento con mirada vaga. Parecía lejos de allí. Me figuré por inexplicable reacción su mente vagando por distantes lugares, acaso evocando episodios olvidados, tornando a recorrer caminos desconocidos. Había tanto de extraño en él, que dudé un momento y pensé en alejarme. Pero, de pronto, sus pupilas casi se iluminaron. Su rostro se animó y una sonrisa que no sé por qué me pareció un poco triste, casi dolorosa, cambió su gesto y le comunicó una singular expresión. Luego, me habló suavemente:

—Ah!, tú... Siempre he pensado que por más tiempo que pasara, donde sea que te encontrara y como fuera que te viera, te reconocería...

—¿Cómo estás Mauricio? —le dije.—

No me contestó. Un lento movimiento de su cabeza y sus ojos que se cerraron un momento, fueron su muda respuesta. En seguida, me indicó el espacio de banco vacío a su lado y con cierto esfuerzo me dijo:

—Siéntate...

Un profundo é intenso impulso hizo que no vacilara. Me senté junto a mi amigo. Me encontraba bajo una desconocida impresión, tal vez penosa y amarga, no sabría explicarlo bien por qué. No podía evitar el pensar en la crueldad del tiempo y tal vez de la vida. ¿Qué habían hecho para que aquel amigo mío de la adolescencia, lleno de vitalidad, pletórico de energías, con un entusiasmo y una alegría de vivir asombrosos, con una ilimitada ansia de aventuras y mundo; se hubiera convertido en este ser de aire cansado y triste, de rostro pálido, inexpresivo, que parecía vencido o fracasado? Me daba la impresión de estar contemplando algo que ya no era, irreal, una especie de fantasma...

Luego de un momento en que pareció reconcentrarse, el rostro de Mauricio volvió a animarse. Brillaron nuevamente sus pupilas y me habló:

—Recuerdo como si fuera ayer. Eramos muy amigos, inseparables... verdad? Pero un día me marché y nunca más supimos el uno del otro. Pasó mucho tiempo. Y ahora nos encontramos y sentimos como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si nada hubiera sucedido. Es una impresión extraña. Parece como si hubiéramos abierto un libro en la misma página en que lo cerramos, no sabríamos decir cuándo... Es que nada supimos el uno del otro. Nuestras vidas se deslizaron distantes una de otra, tan diferentes que jamás hasta hoy tuvimos posibilidad de encontrarnos. Y ahora, por uno de esos azares indescifrables, sin haberlo pensado, estamos nuevamente juntos ... ¿No es interesante?

—Sí... ya lo creo —contestó— ¿Pero, Mauricio, dime, qué ha sido de tu vida?

Después de un momento me contestó:

—¿Mi vida? ¡Oh! ¡mi vida! Qué cosa más extraordinaria. Qué fascinante y tan larga aventura...

Y se quedó con la mirada perdida en el espacio, ausente, como si no estuviera allí. Me pareció que su espíritu y su mente se desplazaban de su cuerpo y recorrían mundos lejanos, otras épocas, otro panorama. Hubo un momento, al verlo tan silencioso y abstraído, en que me pareció que acaso había olvidado mi presencia. Comprendí que no vivía el momento. Lo torné a la realidad al insistir, no sabría explicar bien por qué impulso:

—¿No puedes decirme qué ha sido de tí Mauricio?

Noté que hacía un esfuerzo para prestarme atención. Su rostro nuevamente se animó, volvieron a brillar sus pupilas y su boca casi sonrió. Me miró profundamente y comenzó a hablar con voz suave, agradable. Sus palabras adquirieron un profundo tono evocativo, como quien relata una antigua leyenda o una vieja historia. Tenían un sabor lejanísimo, de co-

sas guardadas, casi olvidadas, que se exhuman con cierta fruición. Por momentos se animaba y ponía alguna vehemencia en lo que decía. Como esas postreras lumbraradas que surgen al soplo de una suave brisa o al remover el rescoldo de una hoguera. A través de sus palabras, que escuchaba con un inusitado interés, del que acaso me sentí asombrado, fuí comprendiendo que todas sus ansias de viajero y toda la sed de aventuras que lo dominaran y caracterizaran su personalidad, habían sido colmadas y satisfechas. Le oí nombrar lejanísimos países, ciudades misteriosas y exóticas regiones, lugares de leyenda, en medio de diversos y pintorescos episodios. Momentos intensos o fugaces, a veces dramáticos, o lances peligrosos junto a suaves y románticos amores o fuertes y violentas pasiones, fueron descritos entrelazados en su evocación. Mauricio me fué mostrando cuán ampliamente había vivido. A todos los vientos, en forma sugestiva, ocupado en los más diversos oficios y menesteres, entre alternativas de fortuna, alegrías y tristezas, éxitos o fracasos. Siempre buscando nuevos horizontes, cambiando de lugar y ambiente, en una inquietud permanente, con los ojos puestos más allá a todo momento.

Sin embargo, parece que después de algunos años de su constante viajar y cambiar, de una movediza existencia, logró estabilidad en su vida, ocupado en un oficio y trabajo poco comunes. Posiblemente como una afirmación casi simbólica de su honda inquietud y de su incontenible tendencia a viajar, ya que así podría satisfacer siempre en alguna forma su permanente anhelo de movimiento; había aprendido a conducir locomotoras y obtenido un empleo de maquinista en cierta empresa de ferrocarriles, en un lugar que no mencionó.

A partir de este momento, las palabras de Mauricio adquirieron un tono impreciso. Cierta emoción en la voz me hicieron pensar que lo que me relataba tenía para él una importancia y un significado tales, que yo no podría calcular ni interpretar. Además, comenzó a mostrar alguna incoherencia

en sus frases y tal vez vaguedad en sus ideas, que por cierto trataré de que desaparezcan, aunque procuraré reflejar lo mejor que pueda, traduciendo diré en algunos momentos su pensamiento, al reconstruir el relato que me hizo. Tuve la debida explicación de esto, ya al final de su larga narración, con el desenlace al que llegó, de un intenso dramatismo, que sobrepasó cualquier cálculo que pude haber hecho al respecto.

Cuando, al parecer después de intensos esfuerzos y un proceso progresivo de aprendizaje y trabajo, consiguió Mauricio que la Empresa le diera aquel codiciado puesto de maquinista, no pudo explicarme bien lo que sintió. Pero pude colegir que satisfacía tales anhelos y tenía significados de tal naturaleza para la esencia de su personalidad, para su índole íntima, que bien pudo haber sentido que aquello colmaba todas sus aspiraciones. Por esto absorbió su vida por completo, en tal forma que todo lo demás desapareció de su panorama. Dedicado a su trabajo y a su máquina, comenzaron a transcurrir para él días agradables, sugestivos, llenos de sabor y emoción. Llegó a sentirse plenamente feliz.

No supo decir hace cuánto tiempo fué, ni cuánto tiempo duró. Lo único que puedo asegurar es que, en ese momento en que me hacía su relato, surgía en sus recuerdos como si hubiera sucedido el día anterior, con una nitidez de la que seguramente él mismo podía estar asombrado.

Su servicio como maquinista, consistía en dos recorridos diarios entre una ciudad y un pintoresco y alegre pueblecillo, escondido entre las sierras cercanas, que hacía de balneario o lugar de recreo. Partía de la ciudad por la mañana, conduciendo un convoy con dos o tres vagones de pasajeros. En su mayoría gente campesina que el día anterior viniera a la ciudad trayendo mercancías, frutos y flores. Los demás eran excursionistas bullangueros y entusiastas que salían a pasar un día de campo, huyendo del tráfago ciudadano. Todos, conforme se avanzaba, se iban desperdigando por los paraderos y estaciones intermedias y los que llegaban al final

ya eran unos pocos. El regreso por la tarde era al contrario. Recogiendo otros campesinos y los mismos excursionistas de por la mañana. Estos ya menos animosos y generalmente cansados, con los rostros quemados por el sol y portando ramos de flores y canastillos de frutas.

Parece que en esta forma transcurrió un largo lapso. Mi amigo aquietó su vida entre las naturales obligaciones de atención y cuidado de su máquina y el viaje cotidiano; el bullicio y apuro de las partidas y el alivio de las llegadas; el lento ascender, con un jadeo acompasado de la locomotora hacia la sierra y el veloz rodar de bajada rumbo a la ciudad a la vuelta. Todo mezclado con el traqueteo de las ruedas y su chirriar en las curvas, crepitar de petróleo ardiendo, escape silbante de chorros de vapor, estridentes pitadas, rechinar de frenos y campanadas acompasadas al llegar o partir de las estaciones. Su trabajo absorbió totalmente su vida, en tal forma y se dedicó a él con tal ahinco, que pronto se dió cuenta que se había convertido en una pieza más de un inmenso mecanismo. Formaba parte de un gran engranaje, manejado por hilos invisibles, que a veces le daban la impresión de marionetas o títeres. Y algo más. En un momento dado y con cierto asombro, comenzó a darse cuenta de algo insólito. No solamente formaba parte de un enorme y complejo mecanismo, que debía funcionar inexorablemente día tras día, sino que sentía algo así como una compenetración con la máquina que manejaba, con la que iba identificándose. Poco a poco fué descubriendo y constatando en ésta manifestaciones que le daban la impresión que parecía estar animada de cierta personalidad y conciencia. La máquina tenía dentro de sí una especie de espíritu sutil que armonizaba y se comprendía con él. Era evidente. Fué llegando a la convicción de que se había establecido un entendimiento íntimo, que sólo él podía comprender, con su máquina. Respondía perfectamente a todos sus pensamientos, al través de las palancas, llaves y otros instrumentos que manejaba. Obediente, partía, aceleraba o

disminuía la velocidad y se detenía cuando él lo deseaba y lo mandaba. Y él, por su parte, comprendía un lenguaje especial, sabía interpretar muy bien todas las manifestaciones de su máquina. El crepitar violento de las candentes entrañas, el silbar de los chorros de vapor al escapar por las válvulas, el resoplar de sus cilindros que parecían potentes pulmones, el traqueteo de sus ruedas, el chirriar de sus frenos, eran para él expresiones del espíritu que animaba su locomotora. Aceptó Mauricio, de buen grado este novedoso aspecto que apareció en su trabajo cotidiano y hasta parece que le agradó. Ya no se sentía sólo al través de los invariables kilómetros que todos los días recorría, y a veces hasta hablaba en voz alta a su máquina a la que consideraba su compañera. Casi la acariciaba cuando la limpiaba con grandes trozos de waipe o aceitaba sus rodajes y chumaceras y regulaba la afinación de sus frenos y válvulas, vigilando la presión del aire y el vapor en sus medidores y manómetros. Esta compenetración y entendimiento al que llegó fué tan íntimo y sutil, que podía percibir perfectamente los cambios que se producían en lo que Mauricio llamaba el ánimo de su máquina. Interpretaba y sabía muy bien a qué obedecían estos cambios y las más pequeñas manifestaciones que notara. Habían días en que la notaba animosa, alegre, optimista y dócil, así como otros en que la encontraba huraña, rebelde, quizás amarga. En los días alegres soltaba las palancas a fondo y la máquina se deslizaba a gran velocidad por sobre la larga enrieladura, entonando una canción singular en el acompasado ir y venir de sus pistones, el escape del vapor de los cilindros por las válvulas, el traquetear y chirriar de las ruedas, canción que él acompañaba silbando pleno de entusiasmo. Mientras que los otros días, cuya causa jamás pudo encontrar, se desplazaban lentamente, con cierto jadeo fatigoso, sin ánimo ni entusiasmo, con una especie de pesadumbre.

El tiempo transcurrido no tuvo valor en los recuerdos de mi amigo. Se diluyó en su relato. Parece que de pronto,

repentinamente, un día con cierto asombro se dió cuenta de que algo anormal le sucedía a su máquina. La notó continuamente taciturna, sin equilibrio ni serenidad y no volvieron a aparecer los días alegres y optimistas. Sus vidas, de este modo daban la impresión de haberse hundido en un panorama gris y monótono, sin alicientes.

Después de algún tiempo de observación y análisis, de cambio de pensamientos, Mauricio creyó haber descubierto lo que le acontecía a su máquina. Lo concretó en dos palabras: se aburría. La cosa al parecer, era sencilla, casi natural. El ir y venir diario por la misma ruta, a las mismas horas y en igual forma, habían terminado por dar a su vida un ritmo monótono, rutinario, difícil de soportar. El panorama no cambiaba, lo conocían en todos sus detalles, metro a metro y las escenas se sucedían desde la partida hasta la llegada siempre iguales, con una regularidad desesperante, sin emoción ni sorpresas. Los largos años de este permanente ir y venir por el mismo camino, tan conocido ya, sin nuevos horizontes, sometidos a un horarío invariable y limitado, no solamente llegaron a darle una definida sensación de aburrimiento, sino una impresión de esclavitud como si estuvieran encerrados en una prisión. ¡Eso es! Su máquina se sentía prisionera de las paralelas de acero y esclava del hombre. . .

Y entonces, como consecuencia de tal estado, comenzaron a surgir en ella definidos anhelos de liberación é independencia, de otros horizontes, nuevos panoramas y distintas rutas. Su espíritu trató de rebelarse contra ese vivir sin cambiantes, siempre igual, monótono y desesperante.

En esta situación, parece que cierto día Mauricio tuvo presentimientos sombríos. La crisis que al decir de él venía sufriendo su máquina, tenía que resolverse y aquel día tuvo una definida sensación de que algo extraordinario se preparaba o iba a suceder. Por la mañana, al preparar su máquina para iniciar el trabajo cotidiano, había notado en ésta un estado de ánimo tenso, casi violento. El vapor al escapar por

sus válvulas silbaba estridente y el fuego que hervía el agua de sus calderas crepitaba casi con furia. Cuando iniciaron el primer viaje, rumbo a las sierras, demostró en su marcha una energía reconcentrada y contenida y una actitud hosca y huraña, de rebeldía, de tal naturaleza que le parecieron el presagio de algo funesto é irremediable. Y así fué...

Lo que sucedió a la vuelta, narrado por mi amigo, me pareció que en un supremo aliento o esfuerzo, en forma confusa, incoherente, con palabras extrañas y frases cortas, algunas de ellas sin sentido; resulta para mí casi indescriptible. Es tan insólito.

Apenas había soltado Mauricio las palancas de mando y abierto las llaves que pondrían en movimiento su máquina, esta se lanzó en una carrera incontenible. Nada habría sido capaz de detenerla. Mi amigo perdió el control sobre ella y asombrado, impotente, en medio de una ansiedad y angustia sin límites, tuvo que asistir al drama, del que resultaba también principal actor. Cuando a vertiginosa velocidad llegaron a una curva cerrada, al borde de un abismo, la máquina saltó de los rieles y arrastrando el convoy hasta el fondo de la quebrada, se destrozó. Se había suicidado !!!...

Y la voz de mi amigo Mauricio se apagó. No dijo más. Se hundió dentro de sí mismo y ni siquiera volvió a mirarme. Hasta cerró los ojos. Podría creerse que estaba ausente y volví a tener esa desagradable sensación de parecer encontrarme junto a un ser que ya no era, que había dejado de ser. Algo así como un fantasma, un ser irreal.

———:-:———

Mientras tanto, había transcurrido toda la tarde. Podría decir que me sentía muy lejos de la realidad. Casi la había olvidado transportado a un mundo extraordinario, al través del desconcertante relato de mi amigo. Traté de reaccionar. Comencé a recordar vagamente el objeto de mi viaje,

mi pensión y mi almuerzo, como quien emerge de un sueño, mientras me sentía dominado con algo así como por una incómoda angustia, observando a Mauricio.

A poco, acudió una chiquilla alegre, llena de vitalidad, que acercándose a mi amigo lo tomó de una mano y le dijo:
—Tío, ya vamos a la casa. Te va a hacer daño el frío de la tarde.

Mi amigo Mauricio obedeció silencioso. Se levantó y se marchó con paso lento, arrastrado, sin tornar siquiera a mirarme, como si yo no existiera, como si nunca hubiera estado allí y como si no hubiéramos cruzado jamás una palabra; mientras la chiquilla, sonriendo, antes de marcharse, me hacía una extraña mueca de entendimiento y se llevaba, en forma azás expresiva, el dedo índice de la mano hacia la sien. No cabía duda. Mauricio estaba loco! . . .

———:-:———

EL CAPITAN

EL CAPITAN

Mollendo hasta hace pocos años era un puerto activo y concurrido. Lugar de tránsito inevitable para el Sur peruano y Bolivia, estaba siempre colmado de viajeros. La aviación y la carretera panamericana han desplazado estos del mar y el puerto hoy ha perdido su animación. Por aquel entonces existía un pintoresco hotel, el clásico hotel provinciano, que fuera edificado por la empresa constructora del ferrocarril al interior. Era un incómodo edificio todo de madera que acogía los pasajeros de tránsito y en los meses de calor se llenaba de veraneantes que venían de Arequipa, Puno y Cuzco a pasar la temporada entre descanso y baños de mar.

En uno de esos veranos conocí en aquel hotel un personaje de muy difícil descripción y de aún más difícil olvido. Era de esos que calificamos de interesantes y recordamos siempre con una sonrisa. No tengo más remedio que llamarlo con el tan conocido apelativo de "viejo lobo de mar". Y a fé que así era, daba esa impresión. Según decían capitán de mar retirado, ignoro que azares o circunstancias lo vararon en aquel hotel. Afirmaba estar esperando un hipotético contrato que lo devolviera a los mares al mando de un barco, que tal vez nunca llegaría. Lo cierto es que era figura central todos los días en el bar antes de las comidas, donde se le encontraba sentado a una mesa con una copa o vaso delante y dispuesto a relatar a un siempre atento auditorio, los lances y episodios vividos en su al parecer aventurera y escabrosa existencia; aunque la mayor parte de ellos se podía juzgar extraídos de su activa imaginación y su fecunda inventiva. Alegre, simpático, buen conversador, entretenía a sus oyentes con menudas historietas y relatos muchas veces raya-

nos en lo fantástico é inverosímil, pero admirablemente hilvanados y a los que con magníficas descripciones daba un fuerte toque de realismo.

De los muchos que le oí a la hora del aperitivo, recuerdo uno que tenía cierto sabor amargo y extraño y que al decir de él, le habían contado en un lejano lugar, una lóbrega noche de travesía sobre un mar borrascoso y entre una espesa masa de niebla. Decía así:

—Amaba el mar con ese intenso amor a lo conocido, a lo de siempre, a lo suyo. Su vida entera había transcurrido, suave, sencilla, junto al mar. De niño, chapoteaba en la playa de arena y aprendió pronto a esquivar las olas. Se divertía persiguiendo las aves de pasitos menudos y vuelos cortos o cazando pequeños crustáceos a los que unas burbujas de aire delataba bajo la arena cuando la resaca se alejaba. Ya adolescente logró vencer las olas y pronto pudo alejarse a grandes brazadas hasta los botes anclados en la caleta. Volvía ayudado por una tabla sobre la cresta de los tumbos. Nunca se apartó del mar aunque a veces su pensamiento lo llevaba hacia un misterioso más allá, detrás de la línea del horizonte o por encima de las lomas grises a cuyo abrigo estaban desparramadas las modestas casuchas de madera o caña y barro que formaban el poblado. Cuando cierto día sintió una inquietud extraña al ver a María Jesús, su vecina y compañera de juegos infantiles, que se había convertido en una robusta moza; empezó a alejarse de todos y a hacer paseos solitarios. Le agradaba escalar una loma cercana y contemplar el mar largas horas: opaco en las mañanas de neblina, azul o verde, brillante bajo el intenso sol veraniego o pesado y gris en las tardes invernales. Para entonces ya le eran familiares todas las tareas de pescador y ayudaba a varar los botes, reparar las redes y remendar las velas o preparar la carnada. Algunas veces su padre lo había llevado consigo en sus cotidianas salidas mar afuera. Juntos extendían las redes para después recogerlas cargadas de plateados y palpitantes

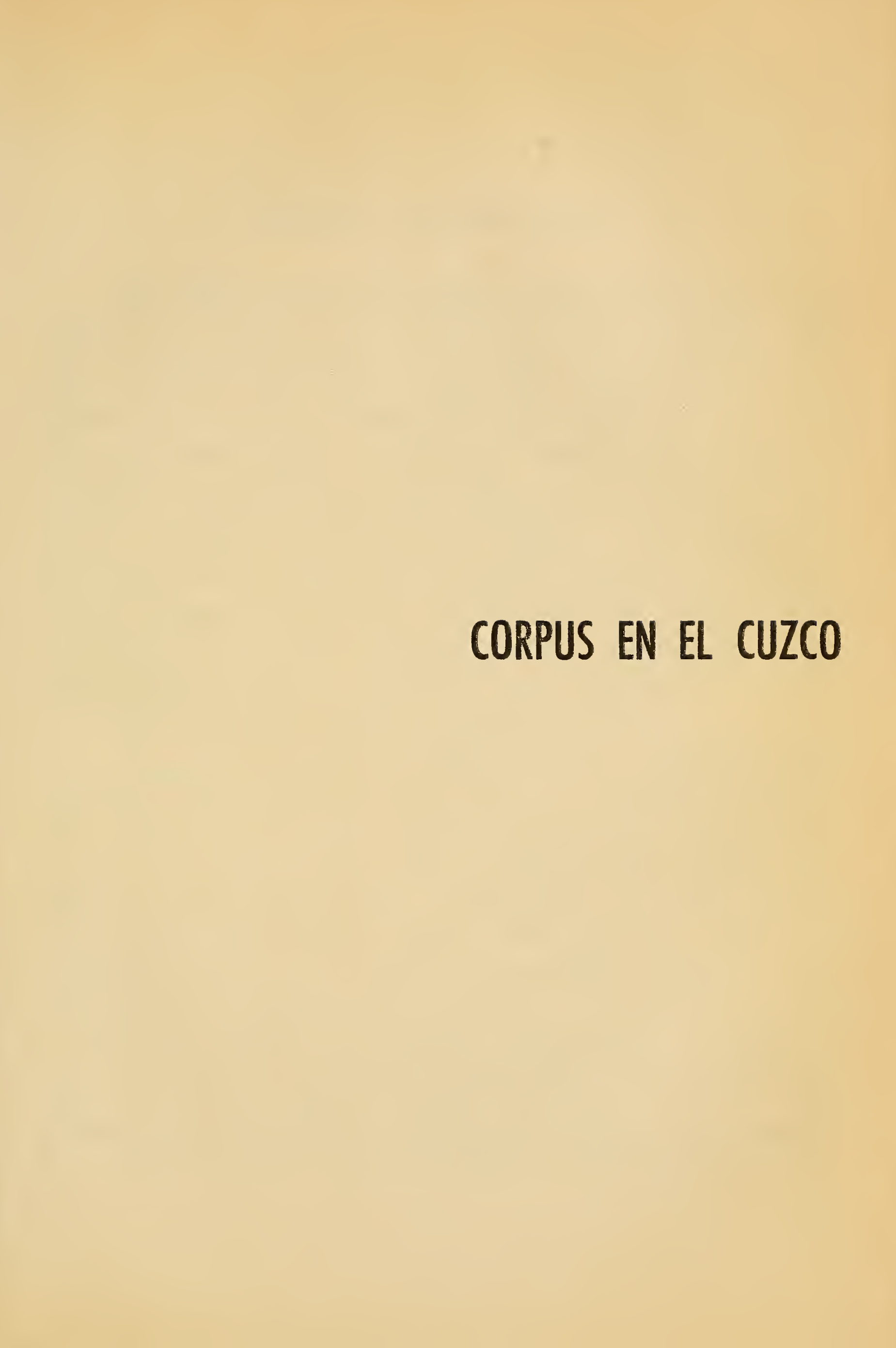
peces. Un día invitó a María Jesús a subir a la loma. Regresaron al atardecer tomados de la mano, con una alegre canción en el corazón. Siguieron saliendo juntos y pronto las miradas de los vecinos sonreían y las bocas hicieron comentarios. Después, una tarde se quedaron más de lo acostumbrado. Un impulso incontenible los juntó sobre la arena, bajo el dombo estrellado del cielo. Volvieron abrazados, ya entrada la noche, con un fulgor en la mirada y rebosante el alma de felicidad. El destino estaba hecho. María Jesús fué a vivir con él. Y pasaron los años. Fueron naciendo los hijos. Uno... dos... tres... Crecieron sanos, robustos. La vida era dulce y buena en pleno goce de su sencillez y tal vez de su monotonía. Todos los días, al anochecer se hacía a la mar en compañía de su padre, para volver con el alba, cargado el bote de hermosos peces. Cierta vez, encontraron el mar muy picado. El bote se zarandeaba y una fuerte correntada lo jalaba hacia afuera. No pudieron gobernarlo. A media noche, una espesa niebla los rodeó de lobreguez. Prudentes, recogieron las redes y esperaron la claridad del día para poder orientarse. Al amanecer, parecía que la niebla había aumentado. Densa, húmeda, pegajosa, los rodeaba de una impresionante y silenciosa oscuridad, en la que sólo se oían los chapoteos del bote a la deriva. Pasaron dos días, iguales, tensos. No sabían qué hacer ni hacia dónde dirigir la embarcación en algunos momentos que amainaba la marejada. No estaban preparados para una emergencia como esa y no hacían sino esperar y esperar, con cierta resignación fatalista, confiados en que al despejarse la niebla sabrían encontrar la ruta para volver al hogar. A la tercera noche, ya al filo del amanecer, sintieron el fragor de las olas contra las rompientes en la costa. Echaron mano a los remos tratando de controlar la embarcación, pero pronto esta fué lanzada contra las rocas. Devuelta por la resaca fué nuevamente arrojada por otra ola. Con el golpe se abrió. Se echaron al agua. El padre, ya maduro, no pudo resistir mucho. Golpeado brutalmente contra las peñas, desa-

pareció entre torbellinos de espuma. El seguía luchando. Maltrecho, sangrante, agarrándose desesperadamente a las salientes y hendeduras, pudo ponerse a salvo, extenuado y mal herido, casi sin conciencia. Al amanecer se había disipado la niebla y se encontró al pie de un alto farallón en una pequeña isla. Cuando salió el sol, calculó que la tierra firme debía hallarse al lado contrario de donde se encontraba. Con gran esfuerzo escaló el acantilado. Llegó a lo alto. No habían signos de vida, todo era seco y desolado. Cerca aparecían algunos escollos contra los que se estrellaban los tumbos entre torbellinos de agua espumosa. Casi desfalleciente fué recorriendo todos los contornos. No encontró señal ninguna de ser viviente. No tenía idea dónde se encontraba, ya que conocía todos los lugares cercanos a la caleta en que se hallaba su hogar. Este al que había llegado, era un lugar extraño, abandonado, que parecía alejado de todas las rutas de navegación. Ni un barco, ni una vela a la vista. Cuando llegó al otro lado, al atardecer, no pudo divisar la línea de la costa, ni ninguna señal de que esta se encontrara cerca. La inmensidad del mar lo rodeaba por todas partes. Se sintió solo y por primera vez un estremecimiento de temor le invadió. Pensó en su hogar, en sus hijos, en María Jesús, cálida y amorosa. La angustia le mordió el corazón. Un grito de protesta parecía querer surgir del fondo de su ser. Su mente trató de hilvanar una oración que sus labios temblorosos no podían musitar. Un vientecillo frío, ululante, comenzó a batir el islote. Instintivamente pensó en bajar hacia el mar, en busca de algún lugar abrigado. Divisó una hondonada que parecía conducir hacia una pequeña playa de arena. Ya anochecía. Mientras caminaba lentamente, casi arrastrándose, desfalleciente, el corazón le dió un vuelco. Estaba seguro de haber visto brillar una luz, ahí cerca en la pequeña playa. Tomó impulso y utilizó sus últimas fuerzas. Comenzó a bajar por los acantilados, a gatas, desesperadamente, golpeándose, a riesgo de rodar, mientras llegaba la noche y lo envolvía todo en sombras. Por

fín alcanzó la hondonada. Se tendió extenuado, casi sin aliento. Esperó un momento. Reunió fuerza y se levantó. Tambaleante, como un ebrio se dirigió hacia el lugar donde había visto la luz. Ahora, no era una luz, sino una pequeña fogata junto a la que aparecían dos figuras humanas en cuclillas. La alegría de sentirse a salvo le dió nuevas energías que lo impulsaron en un supremo esfuerzo y pronto estuvo junto a la fogata. Las olas, estrellándose violentamente contra los acantilados, encerraban todo dentro de un continuo fragor. Se acercó aún más, anhelante, y se desplomó. Hundió las manos y el rostro en la arena y comenzó a hablar, acezante. Les contó, en frases entrecortadas, su vida, su vida buena y sencilla. Nombró a su padre, noble y trabajador, su madre hacendosa y comprensiva, su mujer, cálida y amorosa, sus hijos alegres y robustos. Después, les refirió su tragedia, absurda, injusta... Por fin calló. Entonces, una voz se dejó oir lenta y monótona, sin apuro ni emoción, como quien relata una remota y ya muy conocida historia. Ellos también habían llegado allá, al otro lado del islote una noche de espesa niebla. El mar había estrellado su embarcación contra las rompientes después de tres días de angustia al garete, sin rumbo. Luchando desesperadamente contra las olas y la resaca, lograron aferrarse a las peñas y treparon por el acantilado. Extenuados, exploraron el islote con la esperanza de hallar seres vivientes. Todo era desolación y aridez. Ya al anochecer, reuniendo sus últimas fuerzas buscaron un lugar abrigado para guarecerse y hallaron la pequeña playa donde se encontraban. Allí se tendieron sobre la arena, agotados, para esperar el nuevo día... Poco después, algo se movía alrededor de ellos. Saliendo de la escollera, debajo de las piedras, de entre las quiebras de las peñas, una multitud de grandes crustáceos, con las agudas pinzas en alto, amenazantes, iban acercándose silenciosamente. Eran los únicos habitantes del islote. Todo otro rastro de vida había desaparecido. Eran innumerables y los rodearon por todas partes. Ya junto a ellos

los atacaron feroces. Trataron de defenderse o huir. Fué imposible. Estaban extenuados, sin fuerzas. Aún lucharon desesperadamente, pero todo fué inútil. Hasta que pronto llegó el final... Se estremeció. ¿Qué acababan de escuchar sus oídos, mientras allí yacía sobre la arena aterido, sin fuerzas para moverse? En un postrer aliento de energía, preguntó: ¿Cómo?, ¿El final?, ¿Qué quiere decir? Aún pudo oir la respuesta como un rumor distante, mientras su conciencia parecía escapar. Sí, el final... No vé que estamos muertos. ¡¡...Multitud de grandes crustáceos, saliendo de las escolleras, debajo de las piedras, de entre las quiebras de las peñas, iban acercándose silenciosamente, con las agudas pinzas en alto, amenazantes...

———:-:———



CORPUS EN EL CUZCO

CORPUS EN EL CUZCO

Hay algo indefinible, hondo é impresionante en la celebración del Corpus en la milenaria Ciudad Imperial. Algo que el espectador percibe y siente pero que difícilmente logra aprehender para poder expresarlo traduciéndolo en palabras. Concurren a la Festividad tantos factores, muchos de ellos que bien podemos calificar de imponderables, adquiere caracteres tan variados y multicolores, reune tal fuerza de expresión y muestra matices tan sugestivos del alma popular, de esa asombrosa conjunción de valores, de esa especie de yuxtaposición de caracteres, mentalidad y cultura tan diferentes que originó el Coloniaje; que el lograr una versión exacta y completa de la forma como se realiza la celebración y una interpretación precisa y detallada de su significado, es ardua y difícil labor. ¡Hay tantas maneras de verla!.

El Corpus Cuzqueño lo apreciamos y lo vamos a evocar en este relato, conforme se realizaba en los primeros lustros de nuestro siglo. Posiblemente, poco ha cambiado a la fecha, pero estamos seguros que algunos detalles que ahora faltan y otros agregados que hoy tiene, pueden haber contribuído a darle un sabor algo diferente y lo muestran con otros matices, sin que esto haya hecho cambiar, desde luego, su valer y su significado. Lo esencial, estamos convencidos, subsiste y muy especialmente el espíritu que lo anima y el ambiente en que se desarrolla, siendo su principal característica el hecho de ser una fiesta auténticamente popular, de fuerte tonalidad y con un valioso y gran contenido folklórico. Esto se debe, creemos, en gran parte, y muchas razones hay para admitirlo, a que la forma en que se realiza la Festividad en la an-

tigua Capital del Tahuantinsuyo, es acaso única; pues la procesión del Cuerpo de Cristo, instituída por el ritual Católico, se lleva a cabo con la concurrencia de una gran variedad de imágenes de Santos, Santas, Patrones y Vírgenes, traídas exclusivamente para esa ocasión de los diferentes templos y parroquias de la Ciudad y algunas de los pueblos vecinos, cosa que no se estila en otras partes.

La celebración fué establecida por el Virrey Toledo el año 1572, con extensas y curiosas ordenanzas, muchas de ellas que jamás llegaron a aplicarse. Al decir de algunos estudiosos, parece que se estatuyó en la intención o con el fin de reemplazar a la antigua y famosa Fiesta del Inti-Raimi incaico. Y desde entonces, perdura hasta hoy, con algunas pequeñas variantes, aunque con menos brillo y esplendor.

La época es propicia. La belleza de la Sierra muestra sus mejores galas. Las lluvias se han alejado y el dombo azulado del cielo aparece nítido, diáfano, sin una nube. Los días son claros, luminosos. Un Sol brillante, esplendoroso inunda todo el panorama con una algazara de luz, de naciente a poniente. Parece que el espíritu de las gentes se aligera y se muestra alegre y optimista, entusiasta. La suave paz provinciana, envuelve dulcemente la Ciudad.

El aspecto de la celebración que intentamos describir, decididamente objetivo, se desarrolla en tres etapas: "La Entrada", que se realiza la víspera de la Fiesta; "La Procesión", que se efectúa el día de la Fiesta misma y por último "La Octava", que como su nombre expresa se verifica ocho días después.

———:-:———

La Entrada, podemos decir que es el preludio de la Fiesta. Desde muy temprano, las campanas de los templos ponen una nota alegre y de animación en el ambiente. Ese día, sus tonos metálicos seculares, desparraman en el aire,

insistentes, parece que más nítidos y vibrantes, sus sones inmemoriales. Las campanas cuzqueñas son parte y muy principal de lo que podríamos llamar —usando términos no muy exactamente apropiados, a falta de otros que mejor expresen nuestra idea— el alma y la personalidad de la Ciudad. Sus voces tienen un sabor único, una melodía inconfundible. Los cuzqueños, estoy seguro, llevan grabada en el espíritu cada una de ellas, y tengo la certeza de que, así transcurrieran siglos, las reconocerían sin vacilar al oírlas, dondequiera que estuvieran. No solamente cuando repican bullangueras y alborozadas, sino también cuando tristes y plañideras doblan a muerto. Es tal su fuerza de expresión y el tono, y son característico de todas ellas!

El día de La Entrada, las Imágenes que tomarán parte en la Procesión del día siguiente, son trasladadas a la Catedral, con sus mejores galas y sus más lujosos atavíos, debidamente instaladas en bien adornadas andas, muchas de ellas verdaderas obras de Arte, forradas de valiosas planchas de fina plata repujada. Llegarán precedidas de sus Párrocos y Sacristanes portando las Cruces Altas, Mayordomos con estandartes y otras insignias, acompañadas de bandas populares de cachimbos o música indígena de bombos, tambores, tinyas, pitos y flautas, el tañer ronco de pututos y el estridente vibrar de clarines y trompetas, en medio de variada cantidad de fieles, en gran parte indígenas ataviados con multicolores y llamativas vestimentas. Y serán colocadas ceremoniosamente, conforme vayan llegando, a los costados de las puertas principales del templo en el Atrio de la Catedral. Esta las recibe con regocijados repiques de campanas, en los que se destaca el sonoro batir de la "María Angola".

La Entrada comienza con la llegada de las Efigies de San Sebastián y San Jerónimo, traídas desde los pueblos vecinos del mismo nombre a una y dos leguas respectivamente de la ciudad. Entre ambos pueblos es tradicional la rivalidad inmemorial que ha existido por hacer llegar primero a su

Santo, cosa que al decir de las lenguas, dió lugar en épocas pasadas a verdaderos encuentros campales, con la correspondiente secuela de heridos y contusos, entre episodios y tretas azás pintorescos. Parece que nunca, por más que hicieron, San Jerónimo que debe pasar obligadamente por el pueblo de San Sebastián, logró llegar antes: ¡Hay noticias de que se han puesto de acuerdo y ahora llegan juntos!. El hecho es que, después de sabrosas peripecias y un largo recorrido entre singulares usos y costumbres, son los primeros en llegar, muy de mañana. Luego, poco después, desde su templo ubicado allá en lo alto, al pie del legendario Saksayhuamán, junto a las ruinas de Colcampata, Palacio Real del Inca Manco Capac, baja San Cristóbal, en contienda con San Blas por ganar callejuelas tortuosas y estrechas. Y así van llegando e instalándose en el Atrio de la Catedral, muchas otras Imágenes: San Antonio, Santa Ana y Santa Bárbara, San Pedro, todos rodeados de su especial séquito, música popular y gran cantidad de devotos.

Al acercarse el mediodía, conforme fué transcurriendo la mañana, la ciudad ha ido adquiriendo un intenso tono de fiesta. Las campanas echadas al vuelo, las comparsas de músicos y la gran cantidad de pueblo é indígenas acompañando a las Efigies de su Parroquia o a las de su devoción, animan el ambiente. La Plaza de Armas, presenta un sugestivo aspecto. Bajo un espléndido y tibio Sol, aparece casi totalmente ocupada por una multicolor concurrencia. La población entera se ha lanzado a la calle a presenciar "La Entrada".

Esta culmina con la llegada de la Virgen de Belén, la muy famosa "mamacha Belén", que es trasladada desde su lejano templo, por torcidas y mal empedradas callejas, entre sucesos y peripecias casi tradicionales causados por el gran peso de su anda, que necesita muchos y recios cargadores. Va ganando las calles centrales, espectacularmente, precedida del Patrón Santiago y de San José. El Patrón, blandiendo en alto flamígera espada en la diestra, jinete en brioso corcel

blanco, encabritado y atropellando un pobre moro lastimosamente derribado de espaldas. Y el Santo, patrón de los casados, llevando dulcemente tomado de la mano al Niño Jesús. Su anda es transportada exclusivamente por mozos célibes en edad matrimonial. Mientras se acercan a la plaza, las campanas de La Catedral, La Merced, La Compañía y los demás templos cercanos dan la bienvenida con regocijados y entusiastas repiques.

Es un momento intenso y hay una emocionada expectativa entretanto cruza la plaza y llega, a La Catedral la hermosa y tradicional Imagen de la Virgen de Belén, rodeada de una abigarrada multitud de devotos entre música acompasada y ruidosas salvas de cohetes.

Por fin se produce La Entrada a La Catedral. Todas las demás Imágenes son levantadas y conducidas también al interior del templo. Allí las reciben solemnemente. Las voces del coro de "cinsis" elevan al Cielo, acompañadas por los sonoros é impresionantes acordes del órgano, cánticos de prez y alabanza, y la liturgia católica desarrolla un especial ceremonial delante del soberbio Altar Mayor forrado de valiosas planchas de fina y reluciente plata. Las andas, mientras tanto, son instaladas bajo los arcos a los costados de la majestuosa nave central, en un orden suponemos jerárquico inmemorial. Cada una de las Imágenes tiene su lugar conocido.

Entretanto, la vida en la ciudad ha cobrado una extraordinaria y gran animación. Hay notas pintorescas únicas, toques exclusivos de Corpus y una definida y grata sensación de fiesta por todas partes. Alrededor de la Plaza de Armas, al filo de los portales, se han instalado diversidad de puestos de venta. Variadas frutas: doradas naranjas y tentadoras chirimoyas y granadillas de Lares y La Convención, manzanas de Calca y Ollanta, limas y pacaes de Paruro, cañas dulces de Huadquiña y las clásicas é infaltables achiras ¡Oh!, los enormes y extraños montones de achiras!. Mesitas con inmensos y provocativos vasos de chicha blanca, amarilla o

morada. Y las consabidas canastas, desconcertantes y peculiarmente olorosas del "chiri-ucho" o "altar-ucho", compuesto de una gran variedad de alimentos cocidos, de cuya descripción alivio al paciente lector, por lo complicada. También se trabaja dura y activamente. Se colocan y preparan las armazones de los altares que se erigirán en distintos lugares del cuadrilátero de la plaza para el descanso y en homenaje a la procesión del día siguiente. Por otra parte, también se plantan los pilares de palos de las "salas", especie de castillos de fuegos artificiales, que se quemarán después de la procesión en honor de las Imágenes, muy en especial de la más venerada de ellas, la Virgen de Belén.

———:-:———

La Procesión, está por encima de todo elogio y ponderación. Es algo grandioso, inolvidable. Una polícroma sinfonía, con tal belleza, que admite todos los adjetivos, por superlativos que estos sean.

Desde muy temprano, las calles se muestran excepcionalmente animadas. Una fuerte sensación de fiesta se percibe por todas partes, flota casi, diremos, en el ambiente y satura las cosas y los seres. Los campanarios, desparraman continuamente sus sones broncíneos a todos los vientos, jubilosos y entusiastas. Una gran multitud, heterogénea, inquieta, movediza, va llenando la amplia extensión de la plaza. Se dan los últimos toques a los pomposos y pintorescos altares que se han levantado a su alrededor y se colocan las puertas de las "salas" de fuegos artificiales que lucen multicolores banderitas, muñecos y adornos de papel. La Catedral rebosa de una reverente concurrencia que asiste a la celebración de la solemne Misa de Fiesta, cantada. El coro de "cinsis" eleva hasta el Altísimo, cantos litúrgicos de gloria y alabanza, acompañados por los sonoros acordes del órgano, que retumban en forma impresionante bajo las inmensas bóvedas del gran Templo;

mientras Su Ilustrísima el Obispo, oficia el lento ceremonial entre nubes de incienso, batir de turíbulos, aspergues y reverencias, asistido por los Canónigos, Acólitos, Sacristanes y Monaguillos. Vestidos, unos con regios atavíos y ornamentos dorados, capas de coro, y los otros con clásicos sobrepellices rojos; en tanto con voces nasales y profundas, van entonando en latín las oraciones de ritual.

Hay un momento tenso, de espera y expectación, cuando termina la solemne y larga Misa de Fiesta. Mientras la multitud sale y busca acomodo por la plaza, las andas con las Imágenes son levantadas dentro del templo y se inicia La Procesión. Los balcones y ventanas al rededor de la plaza, lucen mantones y cortinados lujosos, de vivos colores y están atestados de un público ansioso. No sólo de contemplar el sugestivo espectáculo, sino también de expresar y rendir el homenaje de su intensa fé.

A golpe de diez de la mañana, lentamente, una tras otra, van saliendo las Imágenes, precedidas de sus Cruces Altas, sus Párrocos y Sacristanes, con clásicas vestiduras, y los Mayordomos y devotos acompañados de los músicos. Algunas, escoltadas por los Envarados indígenas, portando insignias de mando y distintivos de autoridad, las gruesas varas de valiosa madera, enchapada con plata.

San Jerónimo el doctor, escritor y director espiritual de Santas Romanas y Monasterios en Belén, vestido de rojo y con un gran sombrero alón del mismo color, portando un libro y una pluma de plata, símbolos de su sabiduría; San Sebastián, Capitán de la Guardia del Emperador Dioclesiano —imagen de gran valor artístico— asaeteado por sus propios soldados, aparece con varias saetas de plata clavadas en el cuerpo, atado a un árbol reverdecido con frescas ramas sobre las que chillan tres o cuatro loros; San Blas, el Obispo Filósofo y médico de hombres y fieras, rodeado de monaguillos; San Antonio el Patrón de los Cenobitas, vencedor de Satán y de todas las tentaciones, juvenil y atractivo; San Pedro

el Príncipe de los Apóstoles, humilde pescador de Bethsaída, con las simbólicas llaves en una mano, nos recuerda aquellas graves palabras del Rabí de Galilea: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Entregarete las llaves del Reino de los Cielos; a aquellos a quienes tú abrieras las puertas se les franquearán y se cerrarán a los que tú se las cerrases"; el Apóstol Santiago, Patrón de España, nos hace evocar la derrota de Abderramén, el Rey de los Sarracenos, cuando este reclamaba el tributo anual de cien doncellas; San Cristóbal, el gigante, macizo, hercúleo, cuya anda y actitud tratan de recordar su paso por el río cargando al Niño - Dios en prueba de fé; San José, el esposo de María madre del Salvador, noble descendiente de la casa de David, deslucido y sin fortuna, oscuro carpintero de Nazareth; Santa Ana y Santa Bárbara, humildes siervas del Señor, en modestas andas; Las Lindas de la Catedral, La Inmaculada y La Candelaria, ricamente aderezadas en regias andas forradas de plata, con parasoles sostenido por ángeles; y por último la muy renombrada Virgen de Belén —Imagen que dicen fué obsequio de Carlos V al Cuzco— con lujosa vestimenta y rico manto bordado de oro y plata, joyas valiosísimas y regia corona con hermosa pedrería y perlas de fino oriente.

Cierra la procesión, el Santísimo Sacramento, portado bajo palio por la más alta Dignidad del Coro de Canónigos de La Catedral, con acompañamiento de autoridades civiles y eclesiásticas, congregaciones religiosas, notables y devotos. Cuenta la tradición que, en mejores y lejanas épocas, la histórica e invalorable Custodia, era conducida en un especial carruaje, todo forrado en plata el que era halado o empujado por lo más granado de la juventud masculina. Posteriormente, en época más reciente, era llevado en igual forma, en una especie de templete obsequiado por un Obispo apellidado Serrada. Recorre el cuadrilátero de la plaza, solemnemente, haciendo breves descansos en los vistosos altares que se han preparado, profusamente adornados con espejos y cuadros,

plumas, flores, candelabros y jarrones, tapices y cortinados. En ellos se realiza un pequeño ceremonial y en este momento se acallan los repiques de los campanarios y silencian las bandas de músicos y los instrumentos. Sólo, en medio de una silenciosa solemnidad, se oye el clásico esquilón de La Catedral, mientras la multitud ora reverentemente arrodillada. Estos momentos, junto con el intenso fervor religioso que embarga a la muchedumbre, los imponentes repiques de La Catedral, que dominan el ambiente y en los que vibra potente y sonora la voz de la María Angola, el ronco tañer de los pututos, los aires marciales de las bandas populares el golpear seco de los bombos, el redoblar de las tinyas y tambores, el ulular de los clarines y de las trompetas y el lento desfilar de las Imágenes, dentro de un admirable marco, a pleno sol, bajo un cielo límpido y profundamente azul, hacen que la procesión adquiera un elevado tono y nos muestren el espectáculo más emocionante, pintoresco, bullicioso y movido, pleno de un sabor incomparable y de una extraña suntuosidad, que es posible contemplar.

El Santísimo vuelve al templo, luego de su recorrido por la plaza, mientras las Imágenes de las Vírgenes, muy en especial la de Belén, de la que podemos decir que es la más popular y tiene más devotos, son encerradas, como un homenaje, por cortos momentos, en las "salas" de fuegos artificiales que se han erigido en su honor.

Hay un breve compás de espera, un respiro de alivio y expectación mientras todas las andas con las Imágenes se alinean en el Atrio de la Catedral, y se prepara todo para el acto final: la quema de los castillos.

Esta se produce violenta y estruendosamente. Vuelan por el aire dando vueltas, las "palomas" de artificio, perforan el espacio los "buscapiques" y estallan en lo alto, sonoros, los cohetones. Giran vertiginosos sobre las "salas", los muñecos de papel, se despliegan banderas y emblemas con letreros alusivos, se deshacen las banderitas de colores y una densa

humareda se levanta y un acre olor invade el ambiente, mientras las bandas tocan alegres dianas, suenan roncos y vigorosos los pututos, vibran los clarines y repican alborozadas las campanas, para solaz y contento de una enfervorizada multitud.

Luego, ingresan nuevamente al Templo todas las Imágenes, mientras la abigarrada concurrencia comienza a disolverse bulliciosa y lentamente, se arremolina y se dispone a hacer un copioso consumo de frutas, viandas y chicha, para satisfacer su justo é imperativo apetito.

———:-:———

Ocho días permanecen las Imágenes en la Catedral, donde se realizan adecuadas ceremonias de ritual. En la ciudad, se mantiene un ritmo de fiesta, visible en la constante afluencia de indígenas, en el frecuente desfilar de músicos y en la persistencia de los puestos de venta de frutas, chichas y el clásico "altar-uchu". Los llamativos altares de la plaza, permanecen armados durante este tiempo y son continuamente visitados. Junto a ellos, en el día se improvisan espectáculos y diversiones populares, títeres o algo por el estilo, y por las noches se realizan entusiastas jaranas a golpe de charango, guitarra y cajón, con abundantes libaciones y sus inevitables consecuencias. El alma popular se solaza y divierte y muestra entonces, muchas, y acaso las más agudas y valiosas, de sus múltiples facetas. Aparecen fuertes brochazos é interesantes pinceladas de ese largo, lento y a veces doloroso proceso de encaje, acomodo, mezcla y lucha que originó la Conquista y el Coloniaje. Ese desconcertante, continuo y profundo mestizaje, que así como ha sido origen de crueles y amargos episodios, también a veces adquiere un sabor amable y tonalidades de una indescriptible belleza.

La Octava, es el día de la despedida de las Imágenes. Por la tarde, alrededor de las cuatro, salen nuevamente, con

toda solemnidad, en procesión de la Catedral, con su mismo acompañamiento, aunque no adquiere el tono y los caracteres del día de la Fiesta. Luego de hacer un nuevo recorrido del cuadrilátero de la plaza, con las correspondientes paradas en los altares, se produce la dispersión. Todas las Imágenes se apartan y buscan su camino para volver a sus Templos y Parroquias. Algunas, las de los más alejados y las de los pueblos vecinos, van en pos de alojamiento, para pasar la noche, a algún templo cercano, de donde al día siguiente, muy de mañana, volverán al suyo. Las campanas de la Catedral y de las Iglesias vecinas, las despiden con sus clásicos repiques, en los que nos parece notar la dulce melancolía del adiós.

Como derivación o secuela de la Festividad, aún se realizan en las diferentes Parroquias, en sucesivos domingos, Corpus locales. Algunos adquieren, en pequeño, dentro de la misma modalidad, tonos parecidos al de la Fiesta que hemos descrito. Son famosos los Corpus de Belén, San Cristóbal y San Jerónimo.

——:-:——

MAMACHA BELEN

MAMACHA BELEN

Fuerte expresión del alma popular y definida muestra de la profunda raigambre dejada por la Colonia en la Ciudad Imperial; aguda faceta de su fisonomía y honda manifestación de su emotividad es, sin duda, todo ese conjunto de hechos y circustancias, un especial estado de ánimo y hasta diríamos una actitud espiritual, que podemos abarcar con nuestro epígrafe.

Mamacha Belén es de un inestimable significado en ese intenso é íntimo proceso de mestizaje, encaje y equilibrio que viene realizándose, hacia la conformación del hombre americano del futuro, en la antigua Capital del Tahuantinsuyo y sus zonas de influencia, la cual ha ido aportando, en todo momento, valores que contribuyen a mantener su continuidad histórica.

El término "mamacha", evidentemente de origen auténtico indígena, quechua para ser más exactos, aplicado exclusivamente a las Imágenes religiosas femeninas, podemos traducirlo o interpretarlo como un derivado afectivo y respetuoso de la palabra "mamá" (madre o matrona).

El término se ha hecho extensivo pero es usado muy en especial hasta adquirir casi un carácter simbólico, en el caso de la Efigie de la Virgen de los Remedios conocida con el nombre de "Virgen de Belén", que se guarda y venera en el Templo hoy del mismo nombre, situado en lo alto de una pequeña colina al Oeste de la Ciudad. Anteriormente este Templo era llamado el de "Los Reyes Magos", a cuya advocación fué eregido, según lo atestiguan antiguas crónicas y

lo confirma un alto relieve en piedra existente en su fachada principal.

La viva y fanática veneración que se guarda a la renombrada "Mamacha", muy en particular por la población chola y mestiza, sobre todo en el barrio de su mismo nombre, y la pompa y esplendor con que se ha rodeado a su culto, especialmente en épocas pasadas, arranca de sucesos extraordinarios, lindantes con lo sobrenatural o milagroso, como ha sucedido casi siempre en casos análogos o parecidos. Aunque se afirma que la Imagen de que hablamos fué un obsequio de Carlos V al Cuzco, junto con la muy famosa también conocida por el "Señor de los Temblores" cuenta la tradición, perennizada por el pincel de imaginativo y anónimo artista, en un cuadro existente en el trascoro de la Iglesia Catedral (hoy Basílica), en el lado de la Epístola; que la venerada y popular Efigie apareció, en forma inexplicable, en un cajón a la orilla del mar en las playas del Callao, con un mensaje escrito que decía: "Llevadme al Cuzco". Como consecuencia de tan sorprendente sucedido, la Imagen fué trasladada con gran pompa a la Ciudad Imperial en donde, refiere también la tradición, aunque sin documento alguno que lo acredite o pueda dar fe de su veracidad, que al no poder ponerse de acuerdo las autoridades civiles y eclesiásticas, sobre el lugar que debía ser colocada y guardada, resolvieron sortearla o jugarla a las barajas entre los Curas párrocos de la Ciudad.

Gesto digno, dicho sea de paso, de la sabrosa estirpe anecdótica legada por la fama y tendencias, entre otros, del discutido Conquistador Mancio Serra de Leguízamo, quien no sólo dió motivo, pábulo y origen para aquel famoso refrán "juega el Sol antes que amanezca", sino que al ser elegido de los primeros Alcaldes de la ciudad, hizo ver claro "cuánto ayuda la ociosidad al vicio y cuán de provecho sea la ocupación a la virtud". Todo esto muy aparte por cierto de la bien ganada fama con que entró a la inmortalidad tan singular

personaje, gracias a aquel documento de incalculable valor que es el preámbulo de su segundo testamento; fama que irá creciendo en la misma forma en que se vaya afirmando la definitiva emancipación espiritual de América.

Retomando el hilo de nuestro tema, tocóle la Imagen, —en suerte lo suponemos, salvo alguna fullera maniobra, y perdón por la irreverencia, muy usuales, juzgan algunos, en lances de naipe y dados por entonces— al Templo de los Reyes Magos, ubicado en un barrio alejado lindante con el campo, en amplia plazoleta al final de una larga, tortuosa y mal empedrada calle, Templo que a partir de entonces parece que cambió de nombre por el que hoy tiene.

El culto a Mamacha Belén, prendió y arraigó profundamente en el alma popular. Crónicas y tradiciones le han dado casi un sabor legendario y al través de los largos años del Coloniaje y la República, ha logrado adquirir una fisonomía muy propia y particular, dentro de usos y costumbres inmemoriales típicos y originales, que han llegado hasta nuestros días con un invalorable contenido folklórico. Mamacha Belén y lo relacionado con ella, son todo un símbolo en la vida espiritual del pueblo cuzqueño y ha servido no sólo de desahogo y motivo de su intensa fe religiosa, sino hasta de pauta de conducta y modelo de prendas y adornos para sus feligreses. Además, una gran parte de la tradición anecdótica callejera popular, está formada por episodios pintorescos y sucedidos interpretados por creencias y supersticiones inconmovibles, relacionados con la expresión del rostro, el peso de la valiosa anda o su paso por las calles, cuando una vez al año acude a la Catedral para tomar parte en la famosa y tradicional fiesta del Corpus. Acompañada de las efigies de San José y el Patrón Santiago, ricamente ataviada con manto bordado en oro y plata, regia corona de oro macizo cuajada de fina pedrería, magnífica y profusamente enjoyada con soberbios pendientes de esmeraldas, broches y anillos de rubíes y diamantes, brazaletes y collares de perlas del más pu-

ro oriente, todo ello obsequiado por sus devotos, é instalada bajo un parasol sostenido por un angelote, en artística anda forrada con láminas de plata repujada. Rodeada de una compacta multitud de fieles, al son de la música de bandas populares y entre sonoras salvas de cohetones, atraviesa la ciudad, desde su lejano Templo, con gran aparato. A su paso se engalanan las ventanas y balcones y sus devotos y admiradores brindan a la Mamacha canastillas con flores y papel picado y cánticos de homenaje y alabanza, hasta que, espectacularmente, hace su entrada a la Catedral entre repiques entusiastas y alborozados.

Uno de esos episodios callejeros a los que se ha atribuído el carácter de milagroso, está descrito en el cuadro pictórico al que hacíamos referencia al comenzar esta breve reseña. Es la del acaudalado caballero Zelenque, libertino e incrédulo, amigo de juergas y buen vivir, de quien aseguran que logró salvar su alma de los infiernos al acudir y poner el hombro para sostener el anda de Mamacha Belén, cuando en algún momento corría peligro de caer en uno de sus pasos por las calles, hazaña que si es verdad, como queda dicho, afirman que contribuyó en forma decisiva a la salvación del alma del noble pecador, por otra parte es fama también, que no pudo impedir que su fortuna cayera en poder de la memorable Orden de los Jesuitas —expulsada de los reinos de España por "causas reservadas al Real Animo"— mediante la sagaz y oportuna intervención de una misteriosa legión de demonios, según se deduce de la leyenda llegada hasta nuestros días, gracias a otra pintura existente en el Templo de la Compañía. Historieta, toda esta, por otro lado, diestra y galanamente hilvanada por la reputada escritora cuzqueña doña Clorinda Matto de Turner, en una de sus conocidas tradiciones.

La principal festividad con que se rinde homenaje a Mamacha Belén es la llamada "Corpus de Belén" que se realiza el domingo siguiente a su regreso después de haber asis-

tido a la celebración del Corpus Christi en la Catedral. El Corpus de Belén ha sido y posiblemente siga siendo una de las clásicas fiestas populares cuzqueñas, con un gran colorido y del más típico sabor.

En la época que sirve de referencia a la presente composición, que podemos remontarla a unos seis o siete lustros atrás, el paraje en que está ubicado el Templo de Belén, era completamente descampado y solitario. La plazoleta desierta y descuidada, rodeada por muros carcomidos de adobe, paredones de viviendas destruídas y pircas de piedra y barro, estaba cubierta de una tupida capa de hierba que le daba aspecto de pradera. Alrededor del Templo, aparte de unos pequeños edificios a un costado, aparecían las chacras de cultivo. Después, el lugar adquirió ya una fisonomía urbana. Se ha construído un hospital cerca y se han hecho edificaciones junto a la plazoleta que ha quedado regularizada. Posiblemente esto ha modificado bastante no sólo la apariencia del lugar; sino también la forma en que se celebra el Corpus, las costumbres que se observaban y el aspecto general que ofrecía. Pero, el espíritu que lo anima, estamos seguros, es inconmovible.

Aquel día, hacen seis o siete lustros repito, una gran parte de la población, en traje dominguero, acudía a la fiesta desde muy temprano, bajo un esplendente y alegre sol. Acampaban, se instalaban y agrupaban entre las chacras vecinas, alrededor de los típicos y rústicos hornillos de piedra y terrones que, entusiasta y activamente construían para las "huatias" y asados que se consumirían abundantemente rociados con chicha y aguardiente, en las meriendas y comilonas. Después de las ceremonias de ritual en el Templo, culminaba la fiesta con la procesión. La Mamacha es sacada en hombros en su anda y recorre el cuadrilátero de la plazoleta, que para ese momento presenta un atrayente golpe de vista. Bajo un brillante sol y un límpido cielo profundamente azul, se encuentra rebosante de una polícroma y espectante multi-

tud. Se han erigido llamativos y multicolores altares y "Salas" o castillos de fuegos artificiales y se han instalado vendimias de frutas, chichas y viandas. La Mamacha en su pesada y valiosa anda, es conducida con gran pompa y solemnidad, esta vez también acompañada de las Efigies de San José y el Apóstol Santiago, presidida de sus sacristanes portando Cruces Altas y ciriales y los Mayordomos entrantes y salientes luciendo típicos y costosos atavíos al compás de la música de una numerosa banda de cachimbos y entre una compacta masa de devotos. La flor y nata del mestizaje y el cholerío del barrio en especial y de toda la ciudad, está presente y es dueña de la fiesta. No falta una buena cantidad de indígenas que, con sus típicas vestimentas, sus insignias de mando y sus clásicos instrumentos musicales, el pito, el bombo y el pututo, le dan un mayor colorido. La Procesión concluye con la quema estruendosa de los castillos, en los que se usan ingeniosas combinaciones, muñecos y letreros alusivos, ante una inquieta y asombrada concurrencia y entre entusiastas y alegres dianas de las bandas populares.

Después que la Mamacha ha vuelto a su Templo, la celebración continúa en todo el barrio, ya con un definido sentido humano, franca, jocunda, plena de vida. En el interior de las viviendas, en las huertas, en los incontables grupos desparramados por las chacras y canchones y en la plazoleta alrededor de los altares y junto a los puestos de venta, el alma popular da escape y rienda suelta a su emotividad. Se come y bebe copiosamente y se canta y baila entusiastamente alegres marineras y movidos huainos, al son de guitarras y charangos, arpa y cajón. La jarana arde en las almas y en las venas. El pueblo robusto y pleno de salud, rebosante de energías, vibra en sus fibras más hondas, olvida durezas y sinsabores, se solaza y divierte y vive gozosa y libremente. Es feliz.

———:-:———



TAITACHA TEMBLORES

TAITACHA TEMBLORES

Cuando Carlos V, Rey de España envió de obsequio al Cuzco aquella Efigie magra y bruna de Cristo Crucificado, que se conoce y venera como el Taitacha Temblores, no sólo estaba dando una muestra de aprecio y rindiendo un homenaje a la antigua, noble y legendaria Capital de los Incas, sino que tal gesto fué el primer toque que habría de servir, con el correr de los años, para delinear uno de los más fuertes é interesantes aspectos de la personalidad de tan ponderada Ciudad y significaría también uno de los más certeros y eficaces medios para que la Iglesia Católica arraigara profundamente en el alma indígena y la Colonia encontrara un real y efectivo punto espiritual de contacto con lo que quedaba del fabuloso Tahuantinsuyo. Nada hay que acerque más a los hombres que el sentimiento religioso y nada los junta e iguala más que el temor y el dolor. Y eso significa en la vieja Ciudad Imperial Taitacha Temblores y el fervor con que se le venera: una profunda fé común nacida en el temor y en el dolor, pues este nombre arranca precisamente de una de esas circunstancias en que el ser humano se sobrecoge y se empequeñece en tal forma, se siente tan insignificante y abandonado, que su único refugio, el final posible asidero para su desconcierto y su impotencia, es levantar los ojos y el alma hacia un símbolo que pueda recoger su clamor y brindarle una esperanza, hacia algo en que su fe religiosa cree.

Era el 31 de marzo del año 1650. Vivía el Cuzco su simple ritmo cotidiano y la tranquila vida provinciana se deslizaba apacible y feliz. De pronto, luego de un sordo y prolongado ruido, la tierra se estremeció y la ciudad fué violen-

tamente sacudida. Las gentes se lanzaron a la calle y postradas de rodillas imploraron misericordia. La tierra tembló nuevamente, convulsa. Se agrietaron los muros, se derrumbaron algunas paredes y muchos techos se desplomaron. La tierra seguía temblando una y otra vez, a cortos o largos intervalos, como poseída por un frenético y maligno espíritu. La población entera presa de pánico se fué reconcentrando en la plaza principal, mientras las campanas de los templos desparramaban insistentes y plañideras rogativas.

Cuando llegó la noche, la plaza mayor estaba rebosante de una aterrorizada multitud que, de hinojos oraba fervorosamente y clamaba desesperada, mientras los temblores se sucedían uno tras otro sin mostrar trazas de alejarse. El temor y el sufrimiento habían hecho presa de la multitud y habían juntado a los hombres, sin distinción de clases ni condición. Españoles, mestizos é indígenas, nobles y plebeyos, pobres y ricos, amos y servidores, olvidaron diferencias y distancias y se sintieron unidos en una común angustia, en un mismo temor y en igual dolor. En tanto la tierra continuaba estremeciéndose como en espasmos de agonía, entre el desesperado clamor de la muchedumbre.

Por la mañana, después de una larga y oscura noche de angustia indecible, la multitud había llegado al paroxismo del miedo y el dolor. Entonces, todos los ojos, esas almas acongojadas, se volvieron hacia el símbolo más elevado del sufrimiento y del sacrificio: Cristo. Y los corazones henchidos de profunda fe religiosa palpitaron plenos de esperanza. Y recordaron que allí, cerca, en una capilla de la Iglesia Catedral, se encontraba la ya famosa Imagen obsequio del Emperador Carlos V a la Ciudad. Las puertas del templo fueron abiertas y la Efigie fué sacada en hombros, mientras la tierra, incansable, seguía temblando. Y se le condujo, fervorosa y solemnemente en procesión, entre plegarias y cánticos, en medio de una aterrorizada multitud que se postraba de hinojos, se arre-

pentía de culpas y pecados y clamaba piedad a gritos, desesperada, ululante, a cada nueva sacudida o remezón.

Los temblores fueron disminuyendo de intensidad y alejándose, hasta que cesaron por completo.

Y desde entonces, aquella Imagen magra y bruna de Cristo Crucificado fué llamada "El Señor de los Temblores" y popularmente conocida como "Taitacha Temblores", por la población chola é indígena de toda la región. Y su fama creció, su culto se extendió y quedó definitivamente incrustado en el alma de todos, sin distinción de clases ni de condición. Se convirtió en el refugio y desahogo de los sufrimientos de toda la comarca y a El acudieron todos los que buscaban algún consuelo, una esperanza o un alivio para sus dolores y pesadumbres y a veces hasta una solución para sus problemas. Se compenetró con todo el pueblo, con la masa, tomó parte simbólica activa en su vida, en sus disputas y conflictos y su culto llegó a adquirir caracteres verdaderamente multitudinarios. Taitacha Temblores fué elevado a la categoría y dimensión de líder o héroe y sirvió hasta de medio para orientar o conducir la vida civil de la población. Así nos lo muestra muy enjundiosamente, Narciso Aréstigue, el destacado novelista cuzqueño, en su novela "El Padre Horán", en el episodio de aquel tumulto en que ese extraño y original personaje "El gran Soflama" se dirige al "Pueblo soberano" y le explica que sus "mefíticos alientos", eran causantes de que la Efigie parecía que sudara. Y así ha sido hasta nuestros días, en que muchas veces todo el sufrimiento del pueblo, sus esperanzas o sus desengaños, su rebeldía, han tratado de mostrarse o han sido agitados como expresión de sus convicciones políticas, en los clásicos tumultos y apedreamientos del lunes santo, después de la procesión del Taitacha Temblores; desfogues y manifestaciones que hemos visto contener y reprimir algunas veces a sablazos, con cargas de piquetes de caballería.

El culto al Taitacha —vocablo este de neto origen quechua, digámoslo de paso, que es aplicado casi exclusivamente

al Señor de los Temblores por la población chola é indígena de la región, aunque se ha hecho extensivo a todas las imágenes religiosas masculinas, es un derivado de afecto respetuoso de la palabra "taita" (padre)— se ha mantenido hondo é inconmovible al través de largas generaciones, y por su capilla, en la nave de la Epístola en la Catedral, en que se guarda, desfilan ante El, todo el año y a toda hora, gentes de la más variada condición, desde la más encumbrada dama y el más cumplido caballero, hasta el más humilde indígena, y en sus candeleros y ciriales siempre arden multitud de pequeñas flamas, titilando levemente como el alma angustiada de sus devotos.

Aparte del homenaje y veneración permanente y constante que le rinden todos, silenciosamente y de las ceremonias y actos de ritual religioso; Taitacha Temblores, es sacado y conducido por la Ciudad, en procesión, una vez al año, al atardecer del lunes santo, como recuerdo y en conmemoración de aquel luctuoso día del mes de Marzo de 1650.

Esta procesión reune tales características, es una suma o resultante de tantos y tan variados factores y tiene tan hondos y múltiples significados, que aparte de lo que hemos expresado, o sea que es una especie de recordación de aquel memorable terremoto y que también es una demostración de la total fe religiosa de un pueblo, en medio de una solemnidad litúrgica y una suntuosidad emotiva muy difíciles de describir; sólo queremos apuntar que a c a s o también es más que todo, una fuerte expresión del temor y el dolor, de ese oculto y desconcertante miedo, podríamos decir original, que el hombre tiene agazapado en los repliegues más profundos del alma, ante el misterio de lo desconocido, ante el despiadado fatalismo de cosas que no comprende y que al nacer trae consigo, quizá como recuerdo de etapas pasadas de dura lucha y de dolorosas experiencias. Tal vez como reacción ante la incógnita de la vida misma y ante el posible dolor que cree

que acecha o espera tras cualquier recodo del camino o viene escondido en el transcurrir de algún momento.

Aquel día, hay en la ciudad una honda sensación de tristeza y parece flotar un sutil hálito de pesadumbre. Las campanas de los Templos, desparraman continuamente plañideras rogativas, podemos creer que preparando los ánimos para la procesión. Desde temprano, una gran multitud estacionada en el atrio y en la plaza, espera la salida del Taitacha. Van llegando entretando, comisiones de las parroquias, con cruces altas y ciriales, portados por sacristanes.

Alrededor de las cinco de la tarde, el Taitacha es sacado en hombros de la Catedral, en artística anda forrada de planchas de plata, en medio de una gran concurrencia. Instituciones, autoridades, congregaciones religiosas, lo más representativo de la ciudad y una gran masa de pueblo. La Imagen lleva una túnica bordada en oro y pedrería y la corona de espinas y los clavos son de oro con esmeraldas. Bajo los últimos y oblícuos rayos de un sol poniente, la procesión se inicia lenta, muy lentamente, en medio de un hondo recogimiento y al compás de una quejumbrosa marcha fúnebre. A la salida, muchachos encaramados en el pórtico, atados a las columnas, han derramado al Taitacha profusamente "ñukcho", una florecilla silvestre de un vivo color rojo que al quedar prendida en la corona de espinas, sobre los hombros y el cabello de la Imagen y encima del anda, agudizan el recuerdo de la tragedia del Gólgota. Hace un largo recorrido por la ciudad, entre una compacta y creciente multitud, que se va agregando continuamente por todo el trayecto. Hay una gran concurrencia de indígenas, venidos desde lejanísimos lugares, expresamente para la procesión. Con típicas y variadas vestimentas y organizados al mando de jefes o dirigentes, que blanden látigos de cuero para imponer el orden, le dan un especial realce y una rara suntuosidad.

Cuando el Taitacha vuelve a la plaza de armas, ya entrada la noche, la muchedumbre es inmensa. Silenciosa y con-

trita, ocupa toda su amplia extensión y se acomoda y aguarda "La Bendición". Los balcones de los edificios y los portales están totalmente ocupados y hay una inquieta expectación, en tanto el anda sube al atrio. La luz eléctrica ha sido apagada y mientras la luna llena emerge por detrás de los picachos del Pachatusan, dando a la escena un toque de fantasía, el Taitacha imparte la bendición. El acto, que reune todas las características de un verdadero ceremonial, es impresionante en grado máximo y hay un momento en que llega a adquirir un tono casi dramático. Los cargadores del anda, maniobran con tal destreza, ya en el atrio, que la Efigie Crucificada avanza y se inclina y hace una especie de reverencia. Luego retrocede y vuelve a avanzar y se inclina nuevamente. Hace por tres veces lo mismo, primero de frente y luego a derecha é izquierda. La muchedumbre, toda sin distinción de clase ni condición, sollozante, emocionada hasta el llanto, recibe la bendición en medio de un profundo fervor y entre el tañer casi lúgubre de las campanadas de rogativa de los templos. Los sollozos aumentan y crecen de tono a cada nueva inclinación del Taitacha y al final no es sino un inmenso y desesperado clamor que vibra y llena el ambiente. Parece que el dolor de todas sus vidas, el dolor contenido y acumulado de todos sus antepasados se estuviera vertiendo en aquellos momentos. Culmina y llega a su tono más elevado cuando las puertas de la Catedral se abren y el Taitacha desaparece en la oscuridad de sus naves, como tragado por las fauces de un gigantesco saurio. Entonces, ese clamor se convierte en un imponente y prolongado alarido, que cesa justamente en el preciso instante en que las puertas del templo vuelven a cerrarse, a los pocos segundos. Y hace pensar y evocar, acaso en extraño contraste y por inexplicable reacción, en el vocerío de júbilo con que en aquella misma plaza, en ya muy remotos tiempos, eran recibidos los primeros rayos del Sol, en el "Inti-Raimi", por otra y muy distinta muchedumbre, cuando fuera el mentado "Haucaypata" de los Incas; al

mismo tiempo que también en los gritos pavorosos, ululantes, con que igualmente otra diferente multitud, clamaba misericordia a cada remezón, en el terremoto de aquel lejano día de 1650.

———:-:———

IMP. EDITORA ATLANTIDA S. A.
JIRON RUFINO TORRICO 755
LIMA - PERU


PERMA-BOUND
PAT NO 3 161,423

OFFSET ATLANTIDA